



OCEANUM



OCEANUM

Revista literaria independiente

Año 7, nº 5

Mayo de 2024

Editada en Gijón (Asturias) por

Miguel A. Pérez García

revista@revistaoceanum.com

Dirección:

Miguel A. Pérez

Miguel@revistaoceanum.com

Comité editorial:

Pravia Arango

Javier Dámaso

Corrección de textos:

Andrea Melamud

correcciondetextos@andreamelamud.com

Página web:

www.revistaoceanum.com

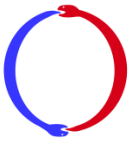
Sara@revistaoceanum.com

ISSN 2605-4094

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de los contenidos de la presente publicación sin los permisos expresos de la revista y de los autores correspondientes.

Las opiniones vertidas en cada artículo como ejercicio de la libertad de expresión son propias de su autor y en modo alguno identifican a la revista *Oceanum*, al Comité editorial o a los demás autores.

Suscripción a la revista: suscripcion@revistaoceanum.com

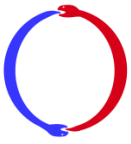


irada al cielo por si las nubes se confabulan para tornarse lluvia. Abril siempre es amenazante. Es imprevisible, sorpresivo, caprichoso. Los puestos amontonan libros, los clientes hacen cola para las firmas y los autores de campanillas van liquidando compromisos de la agenda en una carrera contra el reloj. No hay más tiempo que el que proporciona un solo día, así que cualquier contratiempo puede lastrar la jornada. Es Sant Jordi, la mayor locura del universo del libro.

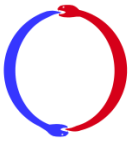
Todo el mundo interroga al cielo. Mira que si en plena [y pertinaz] sequía, con los pantanos secos y sin alegrías en la ducha, le da por llover... Además, tal y como llueve en Barcelona..., con esa exageración mediterránea que más de una vez ha dado al traste con las ventas. Cuando no hay mucho tiempo disponible, cada minuto cuenta. Sant Jordi siempre tiene prisa.

Hubo suerte. Termina el día sin contratiempos. Mañana los pantanos seguirán resecos, volverán las calles a sus quehaceres diarios, a su rutina, volverá la rambla a sus turistas y los libros viajarán a sus estantes o retornarán a sus cajas si no ha habido esa poca fortuna. Ahora es el momento de hacer cuentas. Año de récord. La fiesta del libro y la rosa ha sido un éxito.

Se apagan los ecos del pistoletazo de salida. Ahora vendrán todas las ferias de libros en todos los pueblos y en todas las ciudades, siempre más relajadas, dilatadas en el tiempo y concentradas en el espacio. Estarán los mismos actores u otros semejantes, aunque será de otra manera, sin que se transforme la fisonomía de una población para un único día. Sin devorar las calles. Son otros modelos, también de éxito, tal vez gracias a la efervescencia de la primavera o al optimismo que irradia el verano, el tiempo para recargar las baterías, el momento para el relajo y el solaz. También para la lectura. Los humanos somos animales climáticos y nuestros humores nos gobiernan al ritmo del grado Celsius, de cirros, cúmulos, estratos y del cielo azul. ¿Qué sería de un mundo sin estaciones? Menos mal que el eje de la Tierra está inclinado más de veinte grados. Con un eje vertical e inquebrantable los días serían aburridos e insoportablemente iguales. Quizá no existiría la literatura.



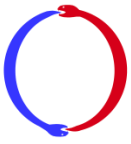
6	La galera			
	<i>Muerte en tres texturas.</i>			
	Entrevista a Cristian Schleu	Ginés J. Vera	6	
	Amistades, lealtad y enamoramientos de la infancia. La Uca-uca y el Mochuelo, personajes de <i>El camino</i>	Diego Fernández Fernández	10	
17	Dentro de una botella			
	Maryse Condé, <i>La deseada</i>	Pravia Arango	17	
20	Estelas en la mar			
	Con el poeta Ginés Liébana	Encarnación Sánchez	20	
	Verso va, verso viene: ¿La poesía (nos) entretiene?	Pilar Úcar	23	
27	¡Avante toda!			
	La lista del becario	Miguel A. Pérez	27	
33	Marinas			
	El Greco: manierismo jurídico	Diego García Paz	33	
37	Anaquido kalimat			
	Saadia Bahadda	عناقيد كلمات السعدية باحدة	Encarnación Sánchez	37
	Crítica literaria al cuento “Las inquietudes de Allan Poe” de Saadia Bahadda	Víctor Hugo Pérez Gallo	40	
42	L'imperceptible écume			
	Jean Jacques Brouard	Miguel Ángel Real	42	
49	Outros mares			
	Rushnyk	Augusto Guedes	49	
51	Espuma de mar			
	Premios y concursos literarios		52	
	Con un toque literario	Goyo	57	
	Noticias breves		59	



61	Gran Sol		
	Extracto de <i>Andanzas y visiones españolas</i>	Miguel de Unamuno	61
74	Papeles corsarios		
	Cuentos didácticos	Pravia Arango	74
90	Nuevos horizontes		
	Emaús	Oswaldo Beker	91
	El concurso de calabazas	Ginés J. Vera	95
	Poemas dedicados a María Paz Moreno Paéz y a Isabel Tejadas Balsas	Encarnación Sánchez	99
	La gaviota	Goyo	104
	La enciclopedia	Miguel Quintana	107
132	Créditos de fotografía e ilustración		

A portrait of Cristian Schleu, a man with short, wavy brown hair and a light beard, wearing a dark green crew-neck sweater. He is looking directly at the camera with a slight smile. The background is a plain, light gray wall.

Muerte en tres texturas
Entrevista a Cristian Schleu



Ginés J. Vera

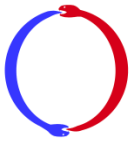
Este mes de mayo, comparto la interesante entrevista que me concedió Cristian Schleu al hilo de su primera novela *Muerte en tres texturas* (NdeNovela). Descubrir la biografía de Schleu es ya, a mi juicio, casi una invitación a leer su propuesta narrativa. Hijo de enfermera alemana y músico catalán, nació en Barcelona, en 1976. En 1997 se matriculó en Geología en la Universidad de Barcelona, pero dejó los estudios para trabajar como redactor creativo en Publicis Casadevall Pedreño. Tras pasar por dos agencias más, en 2010 dejó el mundo de la publicidad para dar un nuevo giro profesional. Estudió cocina en la Escuela de Hostelería Hofmann y durante siete años abrió dos restaurantes como cocinero, además de trabajar, varios meses, en la cocina del restaurante La Pubilla, en Barcelona. Abandonó los fogones en 2017 para regresar al sector de la publi-

cidad como director creativo en McCann Barcelona. Ha sido profesor de narrativa aplicada a publicidad y, actualmente, es creador de contenidos y redactor publicitario *freelance*.

La brigada de Scotland Yard recurre a Philippe (y a su ayudante Tsu) para que arrojen alguna luz en el complicado caso de asesinatos que plantea en *Muerte en tres texturas*. La habilidad del chef y la de su ayudante no son precisamente sus conocimientos en criminalística o ciencia forense, sino más bien los de la observación, el instinto y la intuición. Háblenos de estos ingredientes a la hora de maridarlos en las facetas de la trama: la gastronómica y la detectivesca.

Philippe y Tsu son dos cocineros con mucho bagaje a sus espaldas. Uno es precoz, muy acorde a los tiempos cronometrados que vivimos hoy en día; y el otro no. Vienen de escuelas muy diferentes y tienen métodos distintos a la hora de abordar la cocina, por eso se complementan tan bien. La trama y los crímenes tienen una componente tan gastronómica que dos excelentes cocineros como ellos arrojarán mucha más luz que las linternas de ultravioleta de policías y forenses. Scotland Yard no necesita tanto microscopio, sino una visión mucho más macro del panorama culinario y de la restauración en Londres.

Mientras leía su novela, dado que desarrolla la trama en Londres, me vino a la mente un asesino en serie tristemente célebre no solo por sus crímenes, sino porque nunca fue identificado ni condenado. Hay un guiño en *Muerte en tres texturas*, pues leemos, al principio de un capítulo, que Philippe le dice a Tsu que en ese barrio hacen rutas guiadas por los escenarios de ese asesino. Háblenos de la elección de Londres como decorado, pues podía haber sido, por ejemplo, Barcelona, ciudad que Ud. conoce bien.



Sí, bueno, donde realmente está el guiño a las novelas de Doyle es en la elección de los personajes: el chef Philippe y su ayudante Tsu, una analogía a los investigadores de esa saga literaria de misterio. Y parte de la respuesta de por qué Londres es justamente esta: se trata de una ciudad que es un referente de la literatura de intriga y misterio. Esto en cuanto a la parte más *noir*. En cuanto a la parte gastronómica, Londres representa, a nivel de restauración, lo que es una cocina por dentro: una amalgama de culturas de origen muy diverso.



Las redes sociales son algo más que un aperitivo en el menú que nos propone. Me atrevería a decir que son un segundo plato, en especial, con la cuenta de Instagram @BloodyMary. Eso, sin olvidarnos en el geridón del papel de cierto *influencer* y su rol en el encaje de las piezas del rompecabezas argumental. ¿Es así?

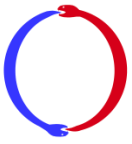
Las redes sociales juegan un importante papel en la novela. Son fin y son medio. Sirven como

instrumento en la investigación, pero también generan la eterna controversia de si el fin justifica los medios, de si todo vale ahora en redes sociales y de cuánto de nuestra alma estamos dispuestos a vender al diablo por un *like*, si es que la vendemos. Los crímenes se pueden dar con diferentes puestas en escena, y todos somos carne de algoritmo fácil.

En otro de los pasajes de su novela, la pareja protagonista accede a las instalaciones de Scotland Yard. En el imaginario colectivo de cualquier lector nos las imaginamos fruto de otras lecturas y, por qué no decirlo, de alguna película o serie televisiva. Me sirve para preguntarle acerca de los detalles que ha introducido en su novela y por el concepto de verosimilitud. Imagino que no se dio un paseo *real* por esas instalaciones, en su labor documental, o quizás sí; lo mismo algún lector sí pudiera dejarle algún comentario en su perfil social acerca de cómo es realmente el edificio.

Es bueno remarcar la diferencia entre verosimilitud y veracidad. En esta novela hay partes ficcionadas que, aunque no se correspondan con la realidad, creo que suenan verosímiles o coherentes, como son las oficinas de Scotland Yard. He pasado por delante de ese edificio en varias ocasiones y aquella fachada siempre me ha sugerido la idea que plasmo en el libro sobre su interior. Por otro lado, las partes de no ficción, como los pasajes gastronómicos y de criminalística, son fruto de la experiencia y de la documentación. Son estas partes las que, y sobre todo en un *gastro-thriller*, deben incorporar esas dosis de veracidad o realismo. Si la trama de este libro fuese sobre interiorismo o arquitectura y me preguntaras lo mismo sobre el interior de las oficinas, respondería diferente.

Las exigencias de la alta cocina también saltan al mantel narrativo en su novela. Ese estrés, ese nivel de competencia, en este caso, por la consecución de una nueva estrella Michelin. Sin dejar por ello de traer a la mesa el tema de la



amistad, el de la importancia de la familia, por lo que lo invito a que nos hable de esos otros temas que emplatada en *Muerte en tres texturas*.

Nuestro protagonista, aunque se escude en el trabajo, cuando cuelga la chaquetilla deja de ser chef para ser padre de familia, hijo de una mujer con Alzheimer, viudo de una esposa que fue un referente para todos y también un hombre con un histórico a cuestas en cuanto a amistades y amor. Creo que estos subtemas enriquecen la historia en todos los sentidos y dan profundidad a los personajes, haciéndolos más reales y menos ficticios. En cuanto a Tsu, el ayudante japonés..., este no cuelga nunca la chaquetilla, este es cocinero 24/7, y aquí se aborda otro tema: la obsesión por el trabajo. De manera indirecta, y en ambos casos, esta obsesión por el trabajo se deriva de dos conceptos tan parejos como diferentes: la soledad y la soledad. En el caso del chef, se siente solo aun y estar acompañado. En el caso del japonés, es más una falta de opciones que lo obligan a preferir estar solo.

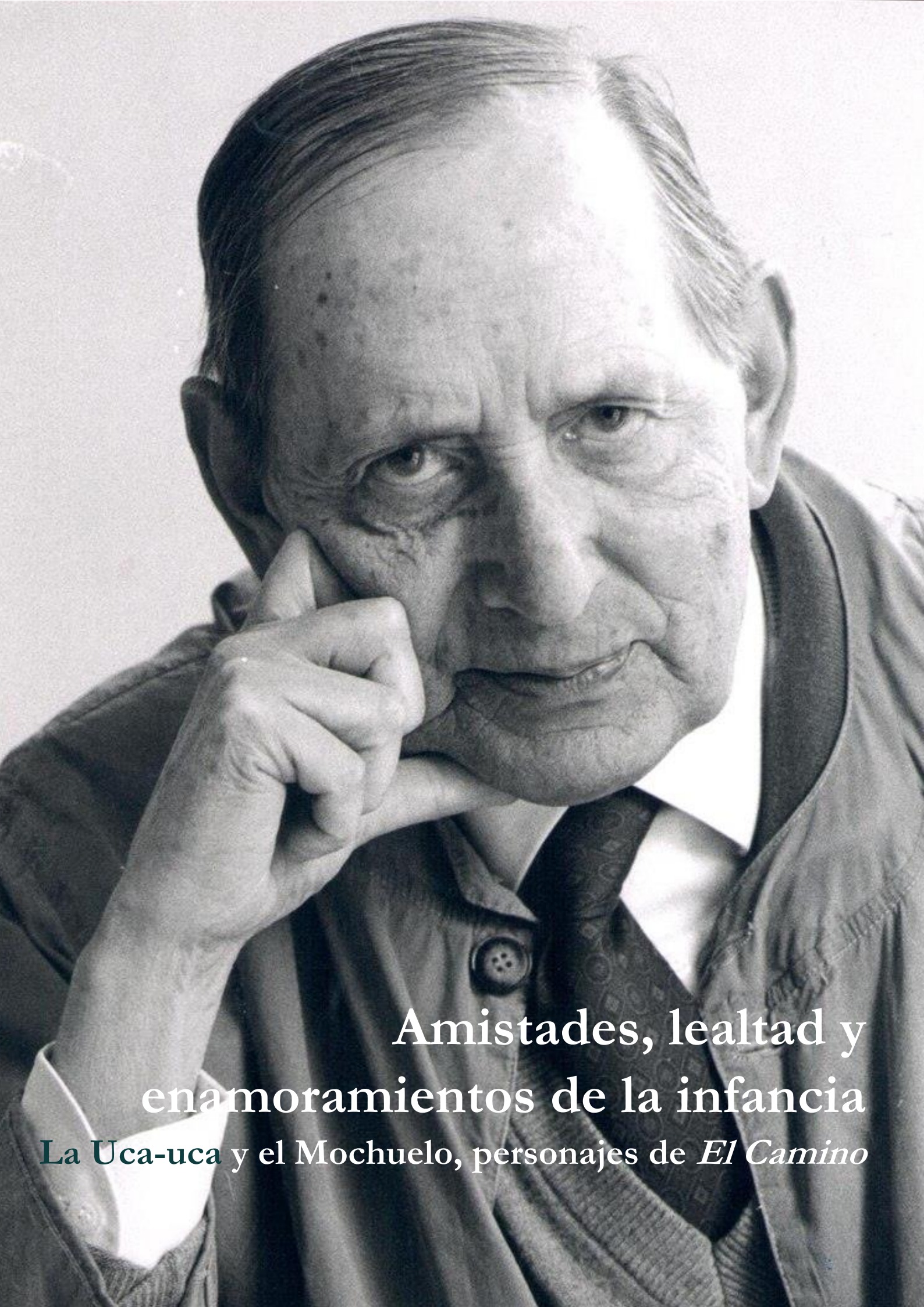
Muerte en tres texturas es su primera novela, ha incursionado en el oficio en uno de los géneros, a mi modo de ver, más exigentes: la novela negra. Desde esos inicios narrativos, le preguntaría por cuáles han sido los mayores retos para articular el argumento, la trama y la construcción de personajes redondos en este *gastrothriller*.

Los mayores retos han sido crear subtramas, ya sean derivadas a partir del conflicto inicial, o que no tuviesen nada que ver con él. No dejar expectativas abiertas y cerrarlas también ha tenido su miga, como también no romper ese pacto ficcional que se da en toda novela con el lector a través de crear ambientes y contenido que sonara coherente en todo momento. La construcción de los personajes ha sido muy orgánica. Partía de unos cimientos bastante definidos, pero no solidificados; creo que los personajes son como el carbono; tienen unos átomos de base, pero conforme los vas sometiendo

a más presión, se van puliendo y transformando. Evolucionan gracias a la tensión del conflicto principal y cambian, poco a poco, teniendo esos clarososcuros que los hacen tan humanos.

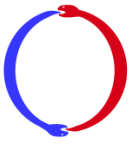
Por casualidades de la vida, tuve una breve experiencia personal en el mundo de la cocina profesional. Conozco humildemente el estrés y esa rotación del personal en el sector de la hostelería en España. Lo traigo a colación de cierto pasaje donde Philippe reflexiona acerca de las tres entrevistas de trabajo que realiza antes de contratar a un nuevo integrante de su equipo. Ese sistema y pagar nóminas más altas, con personal más cualificado, parece que solventó un grave problema actualmente en el sector. Le lanzo el guante por si quiere comentárnoslo en los postres de esta entrevista.

La restauración y la hostelería son trabajos muy vocacionales. Esta vocación se debe pagar acorde a los sueldos del sector. Desgraciadamente, hace años (ahora lo desconozco) muchos empresarios encontraban cero ayudas y muchas dificultades a su emprendeduría. Para salir adelante, algunos pensaban que contratar personal no profesional, pagando salarios más bajos y asegurando por menos horas era la solución. Pero eso no era más que un parche. Un riesgo enorme que podía suponer un flaco favor al negocio, no ya a medio plazo, sino a corto también. Este era el contexto de lo que existía en algunos negocios. Hace ocho años que dejé la restauración, pero al menos antes, para emprender un negocio, y dadas las pocas facilidades que encontrabas y la cantidad de obstáculos, debías tener un buen respaldo económico. Si no, era un riesgo muy elevado.



Amistades, lealtad y
enamoramientos de la infancia

La Uca-uca y el Mochuelo, personajes de *El Camino*



Diego Fernández Fernández

Cada maestrillo tiene su librillo Introducción

Es muy frecuente que todas aquellas personas a las que nos gusta leer y escribir responsabilicemos del origen de tales entretenimientos a algún profesor que en nuestra infancia o preadolescencia nos metió el gusanillo del placer por la lectura o bien nos animó a que la escritura no fuese solamente un requisito del currículum escolar.

En mi caso, la culpable de que me siente a escribir de vez en cuando lleva por nombre Án-

geles Prado Monterroso, *doña* Ángeles. Mi profesora de Lengua y Literatura Españolas en 8º de EGB.

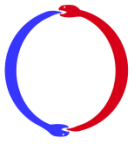
Un par de cursos antes, *doña* Ángeles ya me había comenzado a dar clase de inglés y ya venía yo con el regusto por las lecturas obligatorias y por aquellas tareas en las que se nos mandaba escribir redacciones o cuentos. Pero fue en mi último año de colegio, en sus clases de literatura cuando realmente esos deberes pasaron a convertirse en auténticos placeres.

Como si se tratase de una radionovela, a menudo nos leía con su voz de mezzosoprano fragmentos de algunas obras de los autores que estábamos estudiando. Me acuerdo de sus lecturas del *Réquiem por un campesino español* de Ramón J. Sender, *La casa de Bernarda Alba* de Federico García Lorca, *Los pazos de Ulloa* de Emilia Pardo Bazán y también *El Camino* de Miguel Delibes.

Este último libro nos entraba además como lectura de evaluación y fue al entregarme mi examen corregido cuando me dijo: “No quiero hacerte tonto, pero qué bien escribes”. En su tono de voz y en sus ojos azulados había una mezcla de ilusión, orgullo y cariño, pero también una acertada advertencia.

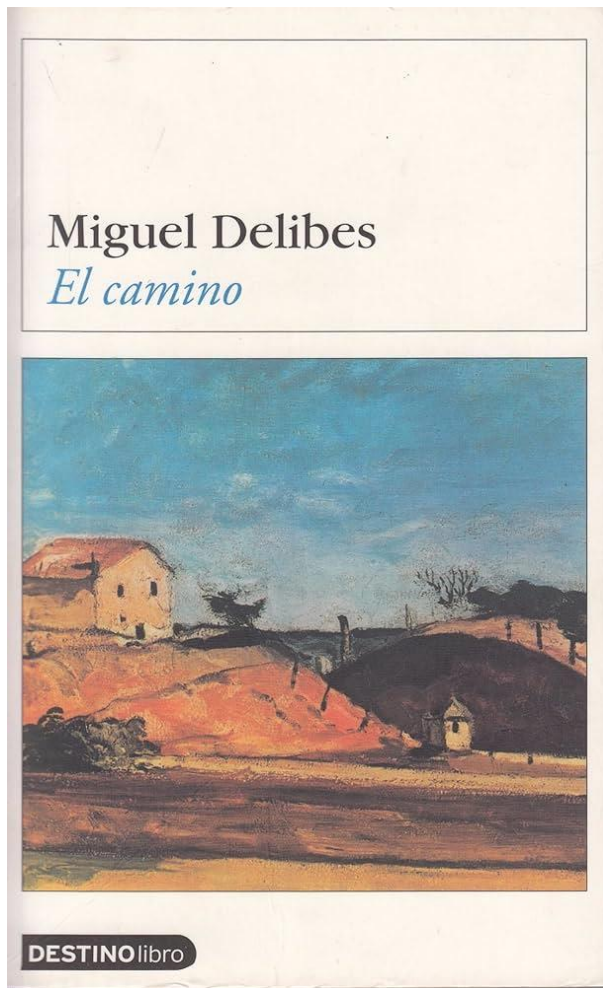
Muchos años más tarde, jubilada ella y yo con alguna que otra cana en la barba, nos encontramos en la calle. Hacía mucho tiempo que no me veía, pero estaba al tanto de mi actividad profesional y me dijo que siempre había tenido la certeza de que yo terminaría trabajando en algo relacionado, de una manera o de otra, con la escritura.

No estaba yo, por aquel entonces, pasando por un buen momento a nivel personal y no pude o no quise exhibirme en la conversación que tuvimos. Aun así, volví a percibir en sus palabras y en su mirada la misma ilusión, el mismo orgullo y el mismo cariño que décadas atrás, cuando era alumno suyo.



Era pues un deber por mi parte dedicarle unas líneas a esa profesora que me enseñó a conjugar el verbo *to be* y que, corrigiendo un examen mío, se emocionó imaginándose que tenía en uno de sus pupitres a un pequeño escritor.

Dedicatorias aparte, la intención de este artículo es la de trazar un pequeño perfil de dos de los protagonistas de *El Camino*, la novela de Miguel Delibes a la que yo llegué guiado por la voz de *doña Ángeles*.



Un año después y 975 pesetas ahorradas

A la hora de preparar el examen de 8º de EGB, había utilizado un libro cogido en préstamo en la biblioteca. La lectura de esta novela de Delibes dejó una huella muy profunda en el acervo

literario que, a mis doce años, estaba empezando a construir, por lo que tomé la decisión de comprar el libro para tenerlo en casa y poder leerlo siempre que me apeteciese.

Encontré en *Cousas*, la librería-papelería que abastecía a la mayor parte del alumnado de mi colegio, un ejemplar de *El Camino* publicado por Ediciones Destino (no podría haber una mayor concentración de metáforas) y que tenía en la primera página su precio escrito a lápiz.

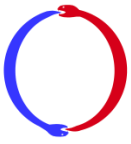
No disponía yo de ingresos fijos en aquella época (tampoco los tengo ahora) de manera que juntar las novecientas setenta y cinco pesetas que costaba el librito supuso meses y meses de ir guardando como una urraca monedas de cinco duros, de las que tenían un agujero en el medio, para llegar así a darle cumplimiento a mi capricho.

Cada vez que tenía que ir a la librería a comprar cualquier cosa más necesaria en el devenir del curso académico, me acercaba a la estantería del fondo para comprobar que *El Camino* seguía estando allí y que su precio no había sufrido ninguna alteración.

Ya estaba finalizando 1º de BUP (mi primer año de instituto) cuando conseguí reunir el importe exacto. Fui todo ufano a la librería, con un monedero verde fosforito repleto de monedas de veinticinco. Como un autómatas me dirigí a la estantería a por el libro y lo dejé abierto encima del mostrador con el precio a la vista, al lado del montón de calderilla, y le dije a Manolo: “*Se quieres cóntao, pero vai xusto*”¹. La respuesta que me dio el dueño de la librería: “*Créochu ben*”², ponía en evidencia que me había visto más de una ocasión junto a la estantería del fondo, admirando mi objeto de deseo.

¹ “Si quieres cuéntalo, pero está justo”.

² “Te lo creo”.



Podría parecer que este empeño mío con el libro de Miguel Delibes no era sino fruto de una sugestión pueril. La fascinación de un niño al que le gusta leer y que se topa con una novela protagonizada por un joven de su misma edad.

No me atreveré a negar que en origen fuera así. Sin embargo, el paso del tiempo y la constante suma de títulos a mi cuenta de lecturas no impiden que cada vez que retorno a *El Camino* me refuerce en la idea de que este libro tenía que formar parte, sí o sí, de mi biblioteca.

En esta idea me abala la opinión de un buen número de especialistas en crítica literaria. Ya que esta novela de Miguel Delibes, la tercera que publicó tras su exitoso inicio con *La sombra del ciprés es alargada* y el tropiezo de *Aún es de día*, está considerada como una de sus obras maestras y aquella con la que el escritor vallisoletano encontró su estilo propio, que le granjeó numerosos reconocimientos a lo largo de su trayectoria como escritor.

El Camino es un texto reflexivo, con pinceladas de filosofía teológica, el atlas de un pequeño pueblo cántabro, las virtudes y miserias de sus gentes contempladas por los ojos de unos chiquillos.



Un niño con ojos de gato y mote de pájaro

Decir que Daniel el Mochuelo es el protagonista de la novela no es faltar a la verdad, pero sí reducir considerablemente el conjunto argumental del libro.

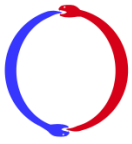
Cierto es que *El Camino* se inicia y finaliza en las horas previas a que este niño de once años abandone su pueblo natal para irse a estudiar Bachillerato a la ciudad. Sin embargo, su papel es más completo que el de un protagonista al uso que acapare en sí mismo toda la acción. El Mochuelo es, para quien lea la novela, una especie de cicerone, un lazarillo, incluso podríamos decir que es un médium a través del que se nos van contando diferentes anécdotas de las gentes del valle, tanto de aquellas que están vivas como las ya desaparecidas.

Sus ojos verdes y redondos de gato, junto con el modo de mirar del chiquillo, atento y concienzudo pero también con algo de temeroso, indujeron a que en su primer día de colegio los otros niños le pusieran el apodo de Mochuelo, sobrenombre que lo acompañará hasta su partida del valle.

El responsable directo de que a Daniel se le adjudicase este alias fue uno de sus mejores amigos, Germán, a su vez apodado el Tiñoso. Ellos dos junto a Roque el Moñigo conforman un trío de amigos inseparables, leales entre sí hasta las últimas consecuencias.

Esta amistad sin fisuras se sustenta en unas reglas, generalmente impuestas por Roque, que ejerce como líder del grupo y que los otros dos aceptan sin cuestionarlas. En general, cada uno de ellos acata el lugar que le corresponde dentro de la pandilla.

Su amistad no está exenta de riesgos, y en ocasiones Roque los somete a constantes pruebas de valor; pero al mismo tiempo, como niños



que son, también les reporta momentos para reflexionar sobre el mundo de los adultos y sacar sus propias conclusiones.



A lo largo del libro, Daniel el Mochuelo además de reforzarse en la amistad de Roque, al que defiende frente a todas las personas que ven en él a un zascandil, y de Germán, un buen amigo hasta en las situaciones más difíciles, tiene también tiempo para enamorarse.

La hija de Gerardo el Indiano, un vecino del pueblo emigrado a México, diez años mayor que el Mochuelo, es el objetivo de su primer amor. De nombre Mica, diminutivo de Micaela, aparece descrita en el libro como una joven de gran hermosura y modales refinados.



Desde el día en que la vio de cerca, Daniel no pudo dejar de pensar en ella cada noche al acostarse. Su fascinación por la muchacha es tal que llega a vincular los cambios climatológicos del valle a la presencia de la Mica en él, y a no reparar en la diferencia de edad existente entre los dos, solamente ve como insalvable la desigualdad de la clase social a la que pertenecen.

Para desgracia del Mochuelo, conforme avanza la acción y sus sentimientos por la Mica se hacen más intensos, en uno de sus regresos al pueblo la joven se deja ver con un muchacho que rápidamente es identificado por el vecindario como su novio. Este hecho le reporta a Daniel tristeza, desesperación, deseos de morir y la sensación de que algo se desgajaba en su interior.

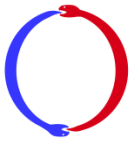
Las pecas de una niña huérfana

Hay que esperar hasta el capítulo XI para encontrarnos al personaje de la Uca-uca, pero a partir de ahí ya no nos desprenderemos de ella hasta el final del libro.

La Uca-uca es una niña de ocho años. hija de Quino el manco, y huérfana de madre. Esta chiquilla de ojos azules, cabellos dorados y con la carita llena de pecas es querida por todos en el pueblo. Todos, a excepción de Daniel.

El Mochuelo siente una fuerte antipatía hacia la niña porque esta recibe numerosas atenciones y mimos por parte de la madre de Daniel, que focaliza en ella a la hija que ya nunca tendrá tras quedarse estéril como consecuencia de un aborto.

Es muy seguro que a Daniel lo que más le moleste de la Uca-uca sea la devoción que esta siente hacia él, siguiéndolo a todas partes, buscando su amistad y confesándole sin rubor que le gusta mirarlo.



Para más inri, la niña se da cuenta del amor platónico que el Mochuelo siente hacia la Mica, siendo este el único secreto que él no había compartido con sus amigos. Incluso llega a preguntarle si la hija del Indiano le gusta más que ella, a lo que Daniel, sin compasión alguna, le contesta diciéndole que la Mica es la chica más guapa del valle, mientras que ella es fea y tiene pecas en la cara, provocando así el llanto desconsolado de la pequeña.



Tengo que confesar que la primera vez que leí *El Camino* sentí al principio la misma antipatía por la Uca-uca que Daniel, pero conforme avanzaba en la lectura, al igual que el muchacho, mis sentimientos por la niña fueron cambiando.

Hoy en día, la Uca-uca es mi personaje favorito de la novela (seguro que en ello influye el tener una sobrina con pequitas en la cara), aunque también es porque desde mi visión adulta me es mucho más fácil percibir en la niña una gran nobleza.

Lo mismo le ocurre a Daniel, que se va dando cuenta de lo mucho que le gusta charlar con la Uca-uca y que entre los dos existen muchas co-

sas en común. Ambos aceptan decisiones tomadas por los adultos que les afectan de un modo directo y sin haber sido consultados al respecto. Daniel se hace consciente de que sus sentimientos hacia la niña van más allá. En el episodio en que esta permanece perdida durante buena parte del día mientras todo el pueblo la busca, el Mochuelo se va llenando de ansiedad, con ganas de gritar y con un miedo atroz a que le pudiese haber pasado algo malo.

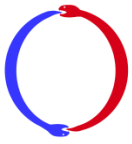
La lealtad que la Uca-uca le tiene al Mochuelo se hace especialmente visible en uno de los pasajes más duros y tristes de la novela, cuando la niña le coge la mano, transmitiéndole “el calor de una mano amiga”, la amistad que pese a los desprecios anteriores ella siempre le había ofrecido.

Este vínculo emocional entre Daniel, el Mochuelo y la Uca-uca se mantiene hasta el mismo final del libro, cuando al despedirse ambos se declaran su amor de una forma infantil y sincera a más no poder. Ella le pregunta si la recordará cuando esté en la ciudad y él le exige que no se deje quitar las pecas.



Destino no es solo un sello editorial. Conclusiones

Daniel el Mochuelo no está conforme con la decisión tomada por su padre de enviarlo a la ciu-

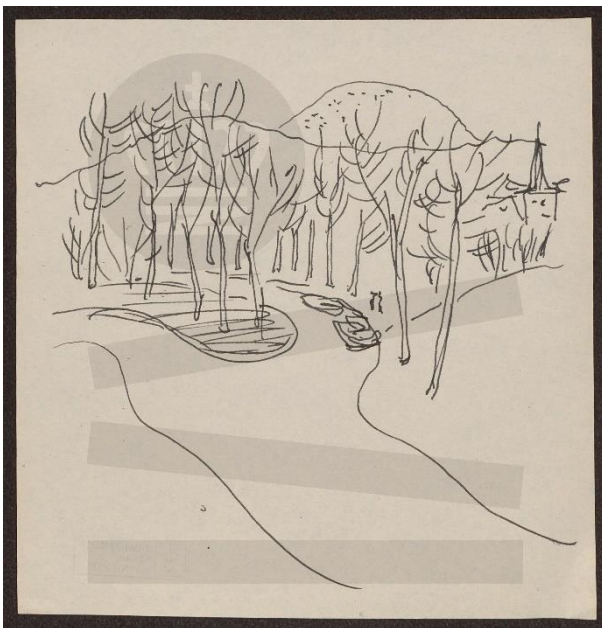


dad para estudiar Bachillerato, y así queda patente en el libro desde la primera hasta la última página.

Él se resigna y acata, con lo que en su casa le disponen sin emitir queja alguna, pero en sus reflexiones deja bastante claro su disconformidad al respecto, e incluso está convencido de que su padre lo que pretende, a fin de cuentas, es ser, a través del hijo, aquello que por sí mismo no pudo conseguir.

Cuántas veces por cumplir objetivos frustrados, o con la mejor de las intenciones, los padres marcan un destino para sus hijos que los condiciona ampliamente.

El Mochuelo siente que su verdadero camino se encuentra en el valle, el lugar que lo vio nacer y al cual se siente ligado de una forma “absorbente y dolorosa”. Tanto es así que, en las horas de vigilia previas a la partida, en su mente, a través de la evocación de recuerdos, se va reconstruyendo la historia del valle de un modo nostálgico y al mismo tiempo cargado de realidad.



Durante su última noche en el valle, Daniel vuelve la vista atrás y recorre el camino que lo condujo hasta el momento presente, hasta ese

desvío que se ve en la obligación de coger para cumplir así la decisión tomada por su padre, y que para él supone la alteración del futuro que le correspondería de acuerdo al lugar y a las circunstancias en las que había venido al mundo.

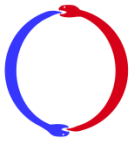
No creo yo, al contrario que el Mochuelo, que tengamos un destino marcado ya desde nuestro nacimiento. La vida no dispone para nosotros un único camino, siempre vamos a llegar a encrucijadas y a veces nos es necesario coger por el ramal más disperso para alejarnos del terreno por donde veníamos transitando, y poder así asumir nuevos desafíos. Reinventarnos, como se suele decir.

Pero claro, las reflexiones de Daniel son las propias de un niño de once años cuya visión del mundo es todavía muy reducida y al que le queda mucho por caminar. No se le debe tener en cuenta esa perspectiva tan centrípeta.

Por otro lado, quien escribe estas líneas es alguien que ya tiene sobrepasada la treintena y que ha tenido tiempo suficiente para deambular por caminos diferentes, algunas veces con mejor fortuna que otras, en ocasiones con autonomía en los pasos dados y otras dejándolos en manos del albur, casi siempre obteniendo como rédito un aprendizaje y dejando tras de sí alguna que otra cosa escrita, para satisfacción de *doña Ángeles*.

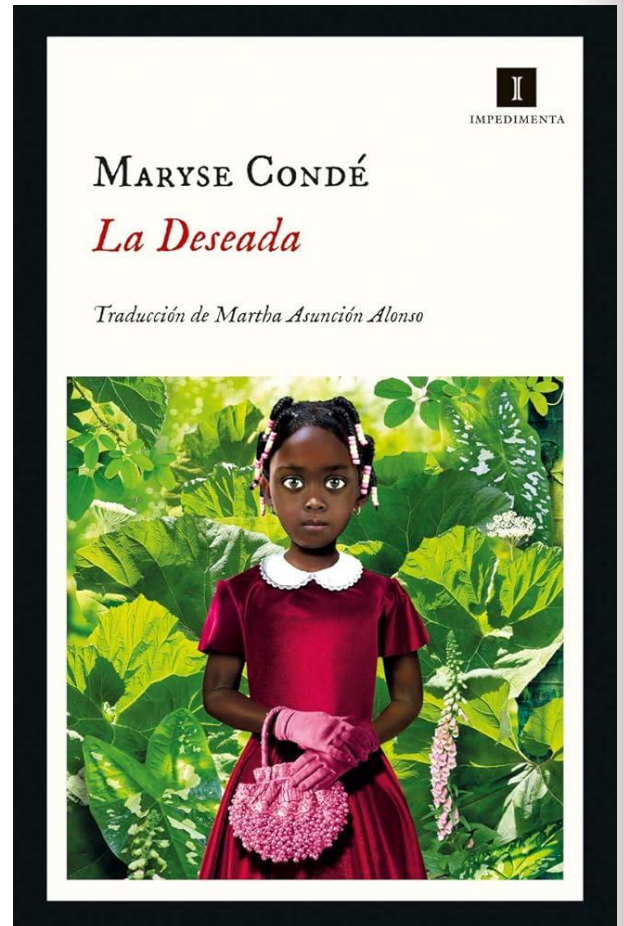
Maryse Condé, *La Deseada*





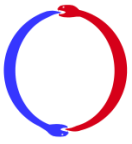
Pravia Arango

Hemos visto cómo la literatura debía ser un artefacto perfecto, con todo superexplicado como en una novela de detective clásico. Ahora vemos que, en la ficción literaria moderna, las grietas, abocetar, difuminar en escala de grises es un plus cuando el borrón y la mancha son fruto de una labor intelectual consciente y no muestra de impericia de novato.

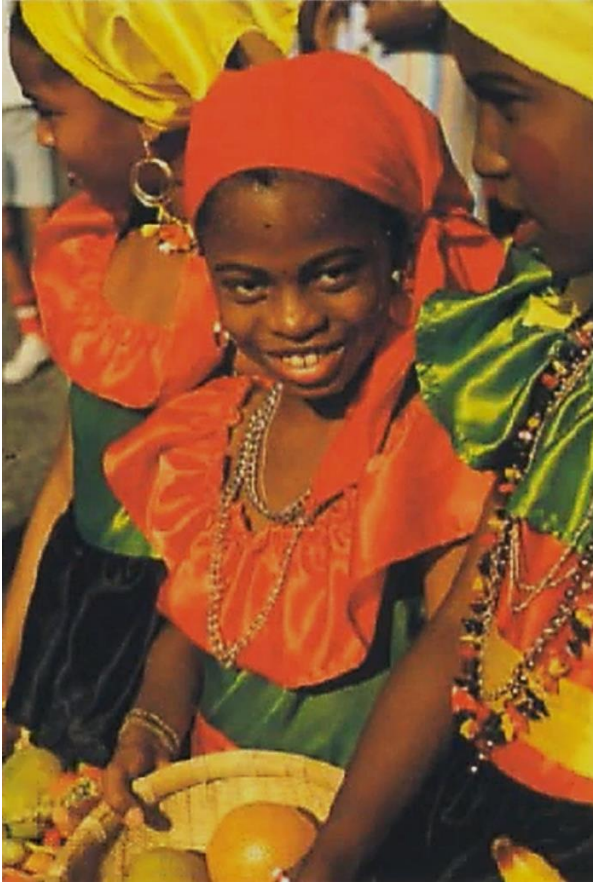


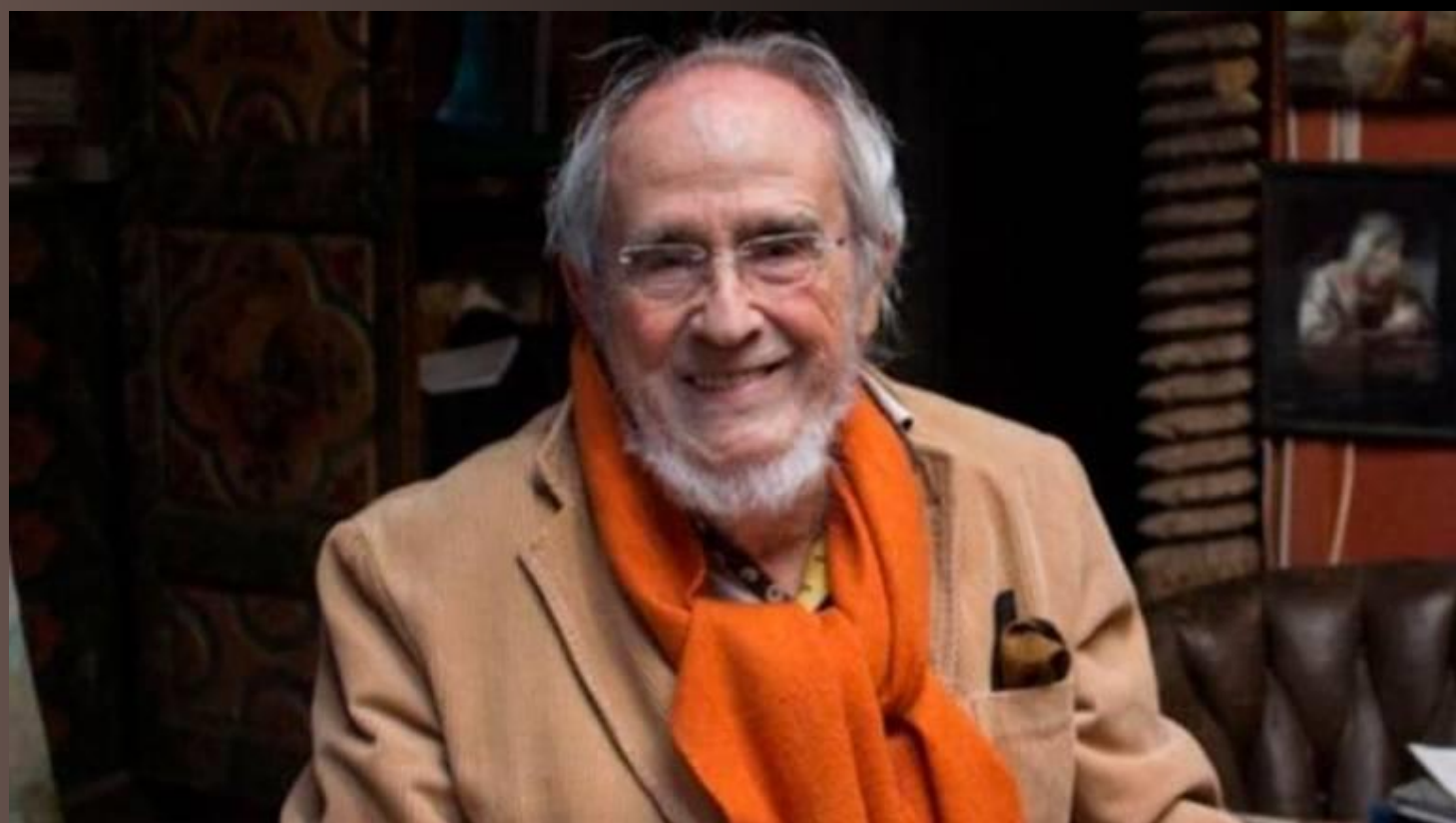
Y la señora Condé mezcla muy bien. Los hilos de colores que traman su tejido literario sacan a la luz un tapiz estupendo. Es como volver a la infancia donde lo imaginado es real; la mentira, verdad; lo deseado, conseguido; la incertidumbre, palpable, y lo cierto, difuso. Es lo que consigue la escritora guadalupense. Maravillosamente, la verdad. Pero el refrán nos recuerda que *hecho un cesto, hecho un ciento*; por tanto, leída una de Maryse Condé..., mejor a otra cosa mariposa.

Maryse Condé gusta a todo el mundo o eso dicen. Tras leer *La Deseada*, recomiendo hacer una lectura de la escritora guadalupense. Una, la que sea, y ya. ¿Por qué no leer más? Porque *cogito ergo sum* que siempre va a contar la misma historia (seguro que me equivoco porque metepatas es mi segundo apellido). Bueno, y ¿por qué leer una? Porque usa una técnica muy interesante de mixtura de lo vivido, lo recordado, lo imaginado y, sobre todo, porque incorpora muy bien a la ficción las zonas de incertidumbre que nos rodean y angustian en la realidad cotidiana.

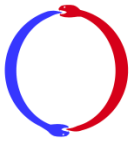


Los sitúo con un vídeo. Presten mucha atención al segundo tema musical, puede que les dé pistas.





Con el poeta **Ginés Liébana**



Encarnación Sánchez Arenas

(*Regalo es nacer ebrio*) (2001), *El Andaluna (Linaje del Sur)* (2003), *Travesía de la humedad* (2003), *La equis mística* (2005), *La lira manantiálica* (2008), *Cantos al amorsillega (Claves para consonar la compasión y el grito en la zanja de los columbarios flamencos)* (2009), *Cautivo placer acorazado* (2011), *Notificado de una carestía* (2012), *Hospitalito a mano derecha* (2014), *La lira manantiálica* (2014), *A la poesía, por su vecindad con el bostezo, le sobran las palabras* (2015), *Amores pasajeros al tren* (2019), *100 páginas para 100 años* (2021), *Si me pides romero (Poesías escogidas)* (2021), *La Caspa* (2023).

En *Sostenida bajada continua* (1996) lo que más interesa son los destellos líricos con los que expresa su amor:

De tanto vivir con los ojos pegados a tu ventana
voy desnudo por dentro.


Quiero saber cómo te va sin mí
y si te has olvidado de mi cara.

* * *

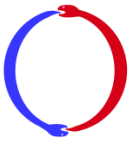
¿Qué puedo hacer
si las cosas que te digo no tienen palabras?
Prométeme que vas a oírme otra vez
que tu memoria se va a rozar conmigo
sin mirarme.

Muestra su riquísima intimidad, su universo interior de artista sensitivo, que oculta los aspectos más impúdicos de esa interioridad a través de la ironía y del hermetismo en sus versos, que me evocan muchos textos del genial Ramón Gómez de la Serna, y que se ubican literariamente dentro de la corriente postista, en la que destaca el también genial Carlos Edmundo de Ory, como indica Diego Martínez Torrón, dentro del Repositorio Institucional de la Universidad de Córdoba.

Las técnicas utilizadas en *Cantes al Amorsillega* son muy motivadoras: los valores visuales

 inés Liébana Velasco (Torredonjimeno, 2 de marzo de 1921-Madrid, 31 de diciembre de 2022) fue un pintor y escritor español, miembro del Grupo Cántico de Córdoba.

Entre sus poemarios tenemos: *Si la Marlene viniera* (1987), *Sostenida bajada continua* (1996), *Donde nunca se hace tarde (El viento pasa tarjeta)* (1996), *Can Can-Cántico* (1999), *El excelente inolvidable* (2000), *Brocamanto (Notificado de una carestía)* (2000), *Síntesis* (2000), *Manantiálica* (2000), *A ver si se atreve el viento (Sobredios de la travesura)* (2001), *La tarde es Paca* (2001), *La Ronda de la Copa*



del verso, la imaginación desbordada, la metáfora, los sintagmas nominales, las repeticiones sintácticas y la anáfora, la subordinación, todo ello hace que, como poeta, no se sienta condicionado en su proceso creativo, escribiendo poemas muy sugerentes. Destaca el uso audaz de la metáfora, como una actitud filosófica que supera los estrechos límites a los que la condenan los áridos catálogos de la retórica tradicional, así como el uso de personificaciones que adquieren en su contexto gran valor expresivo. Su intención no es otra que traducir en imágenes extrañas coplas de un perdido cancionero andaluz, como cita Bartolomé Delgado Cerrillo (2011).³

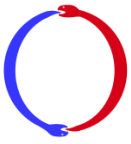


Texto publicado en el *Diario Jaén* el 29/3/2024

³ Leyendo el sur. A propósito del libro *Cantes al Amorsillega* de Ginés Liébana. Álabe.

Verso va, verso viene:
¿La poesía (nos) entretiene?





Pilar Úcar Ventura

En estos días de libros, ferias y firmas, casetas y expositores de publicaciones, homenajes, veladas literarias..., ha llegado la primavera, y con ella, el sarpullido de ventas libreras o librescas: de todo hay.

Los autores, las escritoras y todos los gremios alrededor del fenómeno “libro” se afanan en salir “a” los medios y anunciar al público la cita con las páginas que han pergeñado durante semanas para lucirlas con su mejor vestimenta ante los lectores. Pasear por las calles llenas de puestos atractivos, con portadas rutilantes y la cara sonriente del demiurgo que anhela estampar, cual amanuense, una dedicatoria, sentida y original a quien se acerca para casi palpar al creador: besos y abrazos, fotos... es real, no es un avatar ni ha obrado la inteligencia artificial

en el cuerpo y cara, voz y estilográfica de (pongan el nombre de quien deseen).

Novela, relatos, teatro y cuentos, recopilaciones, ensayos, cómic..., todo cabe entre las “vanidades” festivas de abril y mayo.

Me gustaría un libro de poesía...

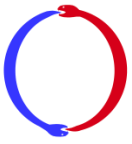
Y, ¿la poesía? Alguien busca y rebusca algún poemario, pregunta por cierto autor de campañillas o por un nombre novel que se ha dado a conocer en las redes.

Pero, cuesta, y mucho, entresacar del arcón escondido títulos líricos que llamen la atención.

Me dicen que, para adquirir cierto prestigio como escritor, hay que afanarse en la poesía, que la prosa es más de lo mismo, para la masa, puro entretenimiento y ventas sin criterio, de donde deduzco que leer rimas (y no me refiero a las de Bécquer, al que más adelante voy a aludir) supone un esfuerzo casi bíblico: “Leerás con el sudor de tu frente”. Y no, eso no vende. Si los funestos agoreros vaticinan una lectura sufriente, los que nos dedicamos a versar ya podemos enrocarnos con Diógenes en su barril y asomar la cabeza lo menos posible; parece pues, que la poesía no “cuela” ni cala, y si se exige además rascarse el bolsillo para gastar unos buenos cuartos en un librito (¿o librillo?) que poco pesa, endeble de consistencia física y disperso en su interior con tanto espacio en blanco impoluto, apaga y vámonos.

Hace mucho tiempo...

Echo la vista unas cuantas centurias atrás, y pienso en Florencia Pinar, una de las primeras poetas en lengua castellana de la que se conoce su identidad: tenía redaños para firmar y no escribir desde el anonimato en la corte de Isabel la Católica, para más señas.



Esa reina, que provoca tantas opiniones extremas, entre convenios gubernamentales, rezos en Toledo, enfados con su rey ausente, supo “entretenerse” con una poeta de primera categoría y consentir, más allá de un catolicismo inquisitorial, versos llenos de erotismo salidos de una pluma femenina. Una delicia leer esta poesía.

Y, por supuesto, no veo la necesidad de plantearnos la intención de dicha escritura, uno de los requisitos que se exige al género poético: ¿qué quiere decir este poema, estas estrofas?

Dan ganas de gritar, ¡¡nada!! Siempre buscando el fin, el objetivo, lo práctico y la enjundia de unas líneas que a veces concuerdan en consonante y otras en vocales. No pasa lo mismo con la novela, o no en tan gran medida.

A quienes son tenidos por poetas se los mira con la sospecha de un entomólogo, se les atisba fines oscuros en las entretelas personales, constituyen una *rara avis* dignos de examen y de calificación, por supuesto.

Jorge Manrique, siguiendo en aquellas centurias pretéritas, se lamentaba de la muerte de su padre, al que le dedica su particular homenaje como mejor sabe hacerlo: con coplas.

Y así podríamos conocer a la dama que secretamente, o no tanto, amaba Garcilaso; comparar la fauna y flora místicas de San Juan o no, o los arrobos lacerantes de su amiga Teresa, mientras otro “fray”, de León, daba consejos en versos a las mujeres que odiaba (solo en apariencia) Quevedo por su misoginia impenitente. ¿Éramos conscientes de todo lo que (nos) ocultaban esos renglones?; ¿hacíamos la exégesis de cada uno de los encabalgamientos que roturaban verso tras verso?

De haberlo hecho, habríamos repetido la purga de muchas bibliotecas y quemado en una pira

todos los sentimientos, pesares, emociones, anhelos... que destilaban libros clásicos y que han llegado a configurar la personalidad cultural de nuestro país.

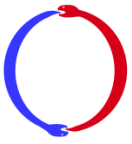
Y así hasta ahora: sin olvidar que la poesía eres tú y soy yo, como la pupila que se enreda en la retina del otro, o las lágrimas que se deslizan por esa cebolla cantada en nanas a un tierno infante al que se le escapa de su manita un globo, dos globos y hasta tres.

Ese poemario...

El lector, cuando sujeta un libro de poemas, piensa que tiene una bomba entre sus manos; un mecanismo que le va a estallar si lo manipula y si no acierta a dar con la clave para que funcione el proceso comunicativo —lírico—, en este caso, es decir, la satisfacción de comprender: descodificar el significado de un mensaje que casi viene encriptado.

Insisto en mis cursos de Literatura que las personas no somos las mismas cuando ponemos un pie al levantarnos ni cuando nos dejamos caer agotados después de una intensa jornada, y utilizo esta paráfrasis metafórica más o menos filosófica, para inculcar la idea de que la poesía nos dice mucho o no nos dice nada, que si nos dice algo, puede cambiar con el paso del tiempo, de nuestro tiempo, porque no éramos los mismos cuando en nuestros años mozos leíamos el soneto calderoniano dedicado a las flores que si lo hacemos ahora. Esa es la grandeza de la poesía, o así la entiendo yo: la confluencia de vida y personalidad, un acompañamiento según cómo, dónde y cuándo.

La poesía, leer poesía a veces inspira y otras ofende, gusta o desagrada, llega o repele... como la vida misma: acerca o distancia, tiende puentes y rompe fronteras, reclama y denuncia, provoca y apacigua... como la vida misma, sin duda.



Soy de la opinión que siempre el verso hecho poema supone un eslabón entre el lenguaje y el intelecto como ya lo anticipó Noam Chomsky en 1972 con su Gramática Generativa; dos coordenadas fundidas que permiten y favorecen las relaciones interpersonales, si bien es cierto que en el interlineado se adivina vivencias individuales que el lector desea resolver o quién sabe si reconocerse en esos mismos recovecos líricos.

La poesía permite la sociabilidad más allá de acertar o no, de coincidir o no con el poeta. Hablar de amor o de piratas y gitanos, de relojes y sillones, de constelaciones, de guerra y de Caín, del mar y la paloma... nos gustaba leerlos y hoy releerlos porque sí: por su sonoridad, por sus recuerdos, por ser y estar siempre al lado, tan fantasiosos y reales.

Leer poesía...

En la actualidad, hacemos mención de tópicos clásicos: la “*donna angelicata*”, el “*locus amoenus*”, el “*ubi sunt*”, el “*beatus ille*”, el “*collige, virgo, rosas*”... que siguen estando vigentes en poemarios deconstruidos, casi arrítmicos y atrompicados; pero conviene no obsesionarse con la fosforescencia lírica; propongo dejarnos mecer por la lectura poética con ganas y tiempo, más allá del cuarteto, la redondilla y el serventesio, las octavas reales, la silva y el hipérbaton o la sinécdoque..., versos sueltos, libres o blancos; parecen que los novísimos estaban desatados y el “malditismo” finisecular metió el dedo en la llaga. Calma...

Algo de eso queda. Quizá el color. Así lo entonaron Golpes Bajos que hicieron del “azul del mar” su bandera en los *malos tiempos para la lírica*.

No sé si existe un manual de instrucciones para leer poesía que ayude a intensificar, condensar, empatizar..., la poesía hay que leerla no una,

sino ene veces, en voz alta, en voz baja, en silencio, tranquilamente, sentados o de pie, en soledad y en compañía... Hay que cantarla, escenificarla. Intentarlo una y otra vez. De a poco. O de golpe. Cuando queramos: ¡qué importantes resultan la apetencia y la inclinación personales! Y la actitud y la disposición, por supuesto. Sin vergüenza ni complejos. En definitiva, leer poemas que enhebran líneas de trazo largo o escueto sin medida clásica de endecasílabos o heptasílabos, no debería ni distraer ni confundir al que decide ubicarse frente a la poesía.

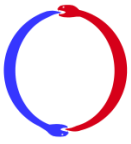
¿Qué habría pasado si los hermanos Grimm nos hubieran contado su *Cenicienta* en versos de arte menor...? ¿Y si Clarín hubiera compuesto una oda a Ana de Ozores y no los soliloquios que la atormentaban? ¿podemos imaginar a don Fermín de Pas, aquel magistral vetustense, sermoneándola en ripios?

Leer poesía es pulsión, una necesidad imperiosa, terapia del alma, sanación del cuerpo; no es un ejercicio pàrvulo ni el suplicio de Tàntalo, quizá tan solo una forma de ser y de estar en el mundo como nos enseñó Heidegger, llegar a pringarse en nuestra trayectoria personal, tomar conciencia de dónde estamos y de quiénes somos.

Y eso de la pupila azul, tan de Bécquer..., pues más bien aprendí que siempre es negra como el tizón. Que el color viene en el iris... ¡Licencias poéticas!

La lista del becario





Miguel A. Pérez

evolucionaba por el mundo de la probabilidad y se alejaba para siempre del determinismo. Renegó del azar —y se equivocó—, se rindió a la seguridad de lo causal, buscó la tierra bajo los pies y puso a ese dios en el absoluto cuando él mismo había creado una relatividad donde no podía existir ninguna referencia. Sin embargo, esas frases nos gustan, aunque tengan todos los ingredientes de un buen bulo: rotundidad, fuerza, simplificación, falta de pruebas y la seguridad que otorgaba la aureola de quien la había originado. Querido Albert, si dios existe, es puro azar.

Esa ansia por el orden es intrínseca al ser humano y, quizá el principal motivo por el que creamos dioses a nuestra imagen y semejanza, dioses que no dejan de ser más que una estructura sobre la que acomodar todo cuanto nos rodea, tanto lo material como lo intangible. El mundo de la literatura no está al margen de esa preferencia por el orden. ¿Tiene libros en su casa? Seguro que sí; de lo contrario, no estaría leyendo esta revista... ¿A que los tiene ordenados o, al menos, pretende tenerlos ordenados? Incluso, a costa de las perturbaciones producidas por el resto de la familia cuya idea de “orden” puede no coincidir con la suya propia. ¿Por qué compraste *El tambor de hojalata* si ya lo teníamos? Es que no lo encontré... Pues está aquí. Bueno, es de Re-Read y fueron solo dos euros. Eso no ocurre en las bibliotecas, templos del orden en los que los volúmenes ocupan lugares fijos e indexados para facilitar el acceso. En las bibliotecas se usan muchos criterios para ordenar los libros, todos ellos perfectamente justificables y justificados, lo que produce un funcionamiento óptimo que todos podemos comprobar cuando hacemos uso de ellas.

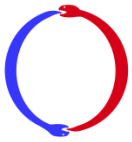
Si dentro de los criterios de ordenación incluimos la calidad como factor, miel sobre hojuelas. Imaginemos la biblioteca perfecta, con un reducido número de volúmenes de tan alta calidad, que su lectura sería obligada para cualquier humano y que el olvido de esta tarea condenará



los humanos nos gusta categorizar, ordenar, etiquetar..., en definitiva, conjugar todos esos verbos que nos permiten percibir la

realidad como una imagen estructurada y alejada de las tentaciones del caos. Preferimos la causalidad a la casualidad, el determinismo al azar, el orden al desorden y hasta consideramos que el juego, con su dosis de suerte y fortuna, es una pérdida de tiempo cuando no una enfermedad. Albert Einstein, cuyas teorías se confirman cada vez que se pregunta por ellas a la naturaleza a pesar de detractores y desinformados, fue muchos menos afortunado con sus aforismos que con su ciencia. “Dios no juega a los dados”, afirmó con rotundidad cuando vio cómo la mecánica cuántica que él había creado

¡AVANTE TODA!



a quien ose al abismo del desprecio y al infierno de la necesidad. Ahí nos sentimos como pez en el agua, ya que no solo satisfacemos nuestra ansia por el orden, sino que nos convertimos en jueces de lo que es mejor y de lo que es peor, es decir, adquirimos una posición de predominio que nos permite comparar la *Historia* de Heródoto con *En busca del tiempo perdido*, con *La vida es sueño* o con *El Rey Lear*. Y ya metidos en esa fiebre por extraer la esencia de la literatura y guardarla, como el mejor perfume, en un recipiente diminuto, habrá que elegir el contenido de tal recipiente. ¿Diez? Son muy pocos para recoger todas las letras vertidas... ¿Cincuenta? ¿Mejor cien? Cien es un buen número, redondo él, familiar en nuestra vida (centurias, la escala Celsius de temperatura, el porcentaje...), simple y fácil de recordar. Una buena elección, sin duda. La verdad es que yo hubiera preferido el 73: impar, primo, formado por dos dígitos también impares, un número que podría producir un título como este: “Los 73 mejores libros de la historia”. Y si alguien pregunta por qué ese número, la respuesta podría ser tan sencilla como: “Si me permito el lujo de elegir entre los libros de la historia y clasificar a Platón, a Aristóteles, a Virgilio, a Cervantes, a Calderón, a Proust, a Thomas Mann, a García Lorca o a Vargas Llosa, lo de poner un número u otro carece de importancia”.

100

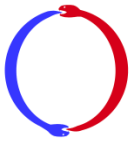
“Los cien mejores libros de la historia”. Lo dejamos así para no incluir más variables en la ecuación, ya que empezando por “Los cien mejores” hay algunos centenares de títulos de libros desde el ámbito de la música al militar pasando por el humor, la pintura, la geografía o las recetas de cocina. Esa ansia por ordenar que no conoce fronteras...

Pues si efectuamos una búsqueda en Internet con esas mismas palabras, aparecen decenas de páginas que ofrecen sus listas particulares; hasta la Wikipedia sucumbe a la tentación y ofrece su versión del asunto. Alguna de esas, que más que rozar el atrevimiento, cae directamente en la estulticia más absoluta, se permite hasta otorgar puntuación y luego, usar esa puntuación para ordenar. Ahí está *Cien años de soledad*, con 469 puntos, a la cabeza de una lista que continúa con la trilogía *El señor de los anillos* con 389 y *1984* casi empatado con este (382 puntos). Lejos queda *El Quijote* (posición número 11) o *Ficciones* de Borges (puesto 87). Ver para creer. Hasta se ha permitido colar a alguna amiga en la lista, aunque en los últimos lugares. No te cortes, hombre. Ya puestos...

Lo peor de todo es que esa lista solo es un ejemplo. Hay más y no son mejores, como consecuencia de querer ordenar lo que es imposible, de querer cuantificar lo que es cualitativo, de querer comparar lo que es incomparable y, lo peor de todo, querer erigirse en juez de la producción literaria de los cientos y cientos de genios que esta humanidad ha parido.

¿No podemos clasificar? Claro que sí. Cada uno es muy libre de hacer lo que quiera y, como recordaba Umberto Eco, dispone de la capacidad de publicarlo y del acceso a Internet casi universal, lo que sitúa a cualquier petimetre en las mismas condiciones que a una persona con formación, criterio e inteligencia. Una foto mona, un par de poses estudiadas y una frase de Paulo Coelho —real o inventada, que eso da igual— y ya está en el disparadero de la popularidad.

Si de popularidad hablamos, en el contexto de la literatura es posible conseguir una clasificación de obras que, al margen de cualquier calidad supuesta o real, genere un *ranking* en que la lista empiece por las obras más vendidas (o más compradas) y termine por las menos vendidas. Claro está que esto no puede aplicarse como criterio general a las obras previas a la



imprensa de Gutenberg, cuando el número de ejemplares por obra era muy reducido y solían quedar al recaudo de instituciones. Incluso después de la aparición de la imprenta no es fácil cuantificar y, a menudo, el número de ejemplares lleva asociado el beneficio de la duda. Tampoco es fácil comparar el número de ejemplares vendidos de obras con muchos años de historia detrás frente al número de obras más recientes.

O sea, que si queremos hacer una clasificación —al margen del interés que pueda tener—, el único criterio objetivo es el número de ejemplares y, además, tal listado se debe hacer con obras que compartan fecha de lanzamiento de forma aproximada. En definitiva, la lista de libros más vendidos.

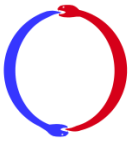
¿Es fiable una lista de libros más vendidos? No me refiero a si ese listado, de alguna manera, establece un orden de calidad. Sabemos que ese no es el criterio y, por tanto, solo hablamos de satisfacer la humana necesidad de ordenar y etiquetar. En lo que quiero incidir es en si esas listas son objetivas o, por el contrario, obedecen a un esfuerzo publicitario para situar en puestos destacados aquellas obras en las que una editorial o grupo editorial tiene mayor interés. Soy consciente de que plantear esto ahora, sin datos, es establecer una sospecha un tanto gratuita, la de la manipulación, pero habida cuenta de que diversas listas del mismo ámbito territorial y leídas en el mismo momento ofrecen resultados dispares, inclina a tener la mosca detrás de la oreja.

Para ello, he elegido una lista de “libros más vendidos de la semana” y he venido anotando los resultados, semana tras semana, desde el 16 de febrero del pasado año, 2023, hasta el 26 de abril del presente año, lo que supone más de catorce meses de seguimiento. La lista elegida ha sido la del diario *El mundo*, un medio madrileño presuntamente serio y que, según aseguran, se elabora por medio de los datos de ventas proporcionados por varias librerías en todo el

territorio de España. En este enlace puede consultarlos.

Lo primero que hay que señalar es que el formato ha variado a lo largo del tiempo de análisis: de tener tres listas diferentes (10 libros de ficción, 10 libros de no ficción y 5 libros de literatura infantil y juvenil) hasta el 3 de junio de 2023, se pasó a una lista única de diez obras en la que solo aparecen los de ficción y no ficción, formato que se mantiene hasta la actualidad. Lo segundo que hay que señalar es que ha habido varios periodos de tiempo en los que el orden no se mueve en absoluto, lo que solo implica que el becario encargado del asunto fue aprovechado para otros menesteres o que no disponían de él:

- Del 16 de febrero al 23 de marzo de 2023 se repitieron exactamente los mismos datos (el mismo orden en los 10 de ficción, en los 10 de no ficción y en los 5 de LIJ).
- A la siguiente semana (30/3/2023) cambiaron casi todos los títulos, como si la popularidad de las obras que brillaban en ese cielo palideciera de repente hasta caer en la más profunda de las oscuridades.
- Del 29/4/2023 hasta el 20/5/2023, en plena efervescencia literario-primaveral, con las brasas del Día del Libro y del Día de Sant Jordi aún ardiendo y el florecimiento de ferias por todo el territorio español, en esta lista no se movió nada.
- Más lógico es que en el apogeo del verano, cuando toda la actividad económica no vinculada al turismo se reduce y medio país está de vacaciones, haya poco movimiento. Así ocurrió desde el 22/7/2023 hasta el 1/9/2023, ahora con el nuevo formato de una lista única de diez obras. Todas ocupando sus lugares inamovibles...
- Menos lógico es que eso ocurra en plenas navidades de 2023/2024. Sin embargo, así sucedió desde el 9/12/2023 hasta el 12/1/2024. Incluso, se podría extender otras dos semanas más, pues *El mundo* no



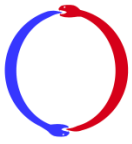
publicó lista alguna hasta la última semana del mes de enero. Esta época, suele ser una de las más importantes en ventas, empujada por la necesidad de hacer un “regalo culto” e incuestionable en la forma del ganador de algún premio astronómico en tapa dura y sobrecubierta que va a quedar monísima en la estantería del salón, al lado de ese recuerdo del viaje de bodas al Caribe. En esta época se debería esperar bastante movimiento, pero no.

Es probable que no haya malicia alguna en estos periodos vacíos y que no sean más que el fruto de las limitaciones propias de cualquier medio, que antepone lo urgente a lo necesario y, puestos a destinar recursos, estos deben dedicarse a lo que es más productivo, la política, que por algo mueve mucho dinero y, a la postre, de los resultados de las elecciones dependen muchas empresas que ven en el comercio con el sector público o en su fagocitación una oportunidad única de negocio. En relación con los intereses de aseguradoras, empresas de la sanidad y de la educación, bancos y energéticas, el sector del libro pinta muy poco, menos aún en un país que no destaca por su alto porcentaje de lectores. Así que, hasta aquí le concedemos a la lista el beneficio de la duda y hacemos valer el dicho anticonspiranoico que asegura que no debe explicarse por la maldad lo que puede ser explicado por la incompetencia o la estulticia.

Sin embargo, hay más aspectos curiosos que arrojan algunas dudas sobre la exactitud de los datos publicados. Por ejemplo, la obra *El principito* ocupó durante catorce semanas consecutivas —todas las que se analizaron con tres listas separadas— la misma posición en el listado de ventas de literatura infantil y juvenil, la cuarta, mientras el resto de las obras del listado se movían. También es sorprendente que tras publicar una lista única de diez obras (ficción más no ficción), siempre hubiese en ella siete de ficción y tres de no ficción, del mismo modo que el número uno de ventas nunca era una obra

de no ficción. Si a eso añadimos que las posiciones ocupadas por los libros de no ficción suelen ser la segunda, la séptima y la novena, el asunto empieza a sonar realmente mal. Demasiadas casualidades para defender la inocencia. Ante esta situación, a uno no le queda más remedio que pensar que hay alguna intención detrás de estos listados, máxime cuando, tras la celebración de las elecciones municipales y autonómicas de 2023 (en mayo) con una victoria de la derecha y de la ultraderecha, irrumpe con fuerza en el listado el panfleto titulado *El retorno de la derecha*, pergeñado por gente de la propia casa y con una intención premonitoria de lo que iba a ocurrir en las elecciones generales recién convocadas por entonces. Ahí se mantuvo, como paladín de la reserva espiritual de Occidente hasta la semana misma de la votación, cuando tan ansiado retorno se tornó en imposible. La siguiente entrega, agotadas ya las opciones de influir, quedó sustituido por *No me gusta mi cuello*. No ha sido ese el único caso. *La sociedad de la nieve*, obra de no ficción basada en la película homónima, *remake* prescindible e innecesario de *¡Viven!* (1994), basada esta en el libro homónimo de 1973 y basado este en una historia real que probablemente conoce, se presentó como la obra de no ficción más vendida, justo hasta que el correspondiente sobrecito de los Premios Oscar pinchó la burbuja imaginaria.

En resumidas cuentas, el listado de “libros más vendidos de la semana” que ofrece el diario *El mundo* muestra demasiados signos de falta de credibilidad y, como última prueba se puede comparar el listado de los libros más vendidos en Sant Jordi 2024 respecto de lo que decía el periódico en el mismo momento. Habida cuenta de los datos de la festividad del libro y la rosa son oficiales y que Barcelona es una ciudad grande con un mercado potencial enorme, sus datos bien pueden considerarse una referencia válida.



Ficción		
Listado de <i>El mundo</i> (26/4/2024)	Datos oficiales de Sant Jordi 2024	
1	<i>Un animal salvaje</i>	<i>La grieta del silencio</i>
2	<i>El niño</i>	<i>Tres enigmas para la Organización</i>
3	<i>En agosto nos vemos</i>	<i>Un animal salvaje</i>
4	<i>La ciudad y sus muros inciertos</i>	<i>En agosto nos vemos</i>
5	<i>La seducción</i>	<i>El niño</i>
6	<i>Tres enigmas para la Organización</i>	<i>Blackwater I. La riada</i>
7	<i>Baumgartner</i>	<i>Las hijas de la criada</i>
No ficción		
Listado de <i>El mundo</i> (26/4/2024)	Datos oficiales de Sant Jordi 2024	
1	<i>Recupera tu mente, reconquista tu vida</i>	<i>Recupera tu mente, reconquista tu vida</i>
2	<i>Ensayo general</i>	<i>Hábitos atómicos</i>
3	<i>Algo que sirva como luz</i>	<i>Cómo hacer que te ocurran cosas buenas</i>

Ay, ese afán humano por el orden... Con lo agradable y natural que es el caos.

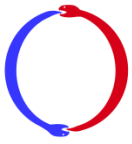
Como se puede comprobar, la coincidencia de títulos más vendidos llega solo al 50 % y solo uno de ellos está en el mismo lugar. Bien es cierto que los hábitos de compra de la marea humana que invade las calles barcelonesas por Sant Jordi puede tener un perfil comprador diferente a quien se acerca a una librería, del mismo modo que la presencia de escritores (y asimilados) más o menos famosos dispuestos a la firma puede influir en que suban determinados números en un momento concreto. Sin embargo, ese efecto de “recuerdo” que se produce sin duda en *Las hijas de la criada* —tradicionalmente la obra ganadora de ese premio suele tener muy buenos números en Sant Jordi—, no se muestra en los otros cuatro libros que nunca figuraron en el *top* de ventas del listado de *El mundo*.

En definitiva, a la vista de los datos no hay muchos indicios para considerar como fiable el listado de libros más vendidos que ofrece *El mundo*.

Además, ¿para qué hace falta? No tiene más interés que tratar de influir en la posible clientela. Espera, espera..., un momento...

El Greco: manierismo jurídico





Diego García Paz



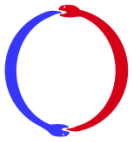
Doménico Theotokópulos (1541-1614), apodado *el Greco*, artista griego nacido en la isla de Creta, es uno de los más grandes pintores de la historia del arte occidental. Desde su tierra natal, emprendió una travesía vital que lo llevó a Venecia, Roma y finalmente a la ciudad de Toledo, lugar en el que se consagró, generando un estilo muy propio y especial, diferente entonces y aún hoy sorprendente.

El Greco estuvo muy influenciado por grandes pintores y artistas italianos, de Tiziano a Miguel Ángel, y además su intelecto iba más allá de la faceta pictórica, pues contaba con una gran cultura forjada desde Grecia y tamizada a través de las aportaciones de los pensadores latinos, siendo la filosofía, la arquitectura o la escultura algunos de los ámbitos en los que nuestro protagonista tuvo especial interés. Considero que

es esta característica polifacética la que ha conllevado a poder, no ya solo especular, sino incluso visualizar en su obra pictórica un mensaje de trascendencia, que va más allá de la realidad tangible o de las convenciones.

El Greco se alineó con una tesis que defendía más la plasmación de la imaginación que la representación de la realidad en el arte. Es de ver que su obra, y muy especialmente la que se corresponde con su época de Toledo, avanza progresivamente hacia una elevación que se refleja en la deformación de la realidad, pero con un fin concreto: transmitir un fundamento superior a los sentidos físicos que basa a la realidad sensible. No solo se trata de que el componente transcendental o metafísico sea patente en la obra del Greco por ser el propio carácter del artista lo que dotaba de esa naturaleza a sus cuadros; durante el periodo vital en Toledo la contrarreforma de la Iglesia frente al protestantismo adquirió apogeo, de tal modo que la pintura debía emanar una impresión de misticismo, de elevación sobre lo material, ante la negación de ciertos extremos dogmáticos que Lutero propugnaba. Ciertamente es que los tiempos favorecieron este tipo de pintura por esas razones, pero considero que el Greco, al margen de ese momento histórico, por su propio pensamiento, tenía la voluntad clara de dejar patente en la pintura que no solo existe aquello que se puede ver, sino también lo que se puede sentir o percibir.

Así es: aunque su estilo es personalísimo, si existe una corriente artística en la que puede tener encaje su producción toledana es el *manierismo*. A través de este estilo, el autor plasma lo simbólico, lo metafísico, rompe las formas de manera intencionada, buscando la elongación de las figuras (la denominada “serpentinata”: posturas físicas inverosímiles, giros y quiebres del cuerpo físico que lo aproximan al movimiento de una llama de fuego) la desproporción o el uso un tanto artificioso del color para acercarnos a la verdadera realidad, a lo trascendente. Es un movimiento intelectual, realmente



filosófico, en cierta forma considerado elitista al separarse del naturalismo, de lo popular. Estamos ante un estilo pictórico espiritualizado, y así debe entenderse para llegar a comprender la belleza y el trasfondo de la obra del Greco, pues el sentido de sus cuadros es tanto o más importante que su belleza exterior.

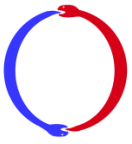
Al contemplar pinturas como *El entierro del Conde de Orgaz*, *La Trinidad* o *La Inmaculada Concepción*, pienso en la repercusión que para la ciencia jurídica tiene la conjunción plasmada en ellos de lo real y lo ideal.



Cualquier ordenamiento jurídico, tanto si se considera desde una perspectiva teórica como práctica, no puede ser entendido debidamente si no se analiza desde una óptica filosófica, hipotética, trascendente o metafísica, según cada lí-

nea de pensamiento. El examen teórico del derecho, si por algo se caracteriza, es por la permanente tensión o debate entre positivistas y iusmorralistas: entre aquellos que afirman que todo sistema normativo es autosuficiente, autorregulado y cerrado, frente a quienes postulan que la razón de ser del ordenamiento jurídico está en la plasmación de unos principios o valores superiores a lo material, que precisan de un armazón dentro de la realidad para ser efectivos. Incluso el positivismo clásico no se puede desprender de una conceptualización metanormativa del derecho, al considerar en la cúspide del sistema jerarquizado de normas a una “*norma hipotética fundamental*”. La creación de este concepto, puramente filosófico, en el marco de un pensamiento, insisto, empírico y por ello aparentemente ajeno a elucubraciones metafísicas, demuestra que incluso los positivistas han de acudir a una modalidad de manierismo, aquí aplicado al derecho, estilizando, elongando o si se quiere estirando las encorsetadas normas jurídicas —como ellos mismos las entienden— para justificar su propia existencia, lo cual no deja de ser una paradoja para los positivistas. No son capaces de desligarse, para explicar su realidad, del componente imaginativo, como el Greco hizo en sus obras.

Igualmente, en la aplicación práctica del derecho, es incuestionable que la tarea de interpretar la norma jurídica es una actividad no solo intelectual, sino incluso creativa. En todo caso, las normas jurídicas han de ser interpretadas y aplicadas al supuesto concreto entendiéndolas desde el paradigma de los derechos humanos y libertades fundamentales, que —consten en cada momento histórico reconocidos en lo positivo o no lo hagan— siempre estarán en el ámbito ontológico que les corresponde, mucho más elevado que el positivo, enmarcándose en el denominado derecho natural. Nos encontramos, así, ante otra modalidad de manierismo jurídico: la interpretación de la ley a la luz de los principios del derecho natural. Y se trata, en



muchas ocasiones, de una tarea ciertamente artística, pues la calidad de la norma positiva en la actualidad es precaria y las intenciones del legislador cuanto menos discutibles, por lo que los intérpretes de las normas y sus aplicadores tienen que estirar el texto de la ley, a modo de imagen del Greco, para conseguir dotarla de una cierta apariencia de justicia, siendo entonces cuando esa norma puede revelar su verdadero sentido. Por desgracia, estamos en unos tiempos en los que las leyes adolecen de tal falta de rigor y calidad y la formación humanística es tan endeble y manipulada que el manierismo jurídico, entendido como la realización de la justicia a través del estudio y aplicación correctas de las normas jurídicas, es una gesta heroica.

Está allí,
Theotocópulos cretense,
De sus visiones lúcido amanuense,
Todo infuso en azules, ocre, rojos: el alma ante los
[ojos.
Jorge Guillén

Hombre orgulloso y quizá más introvertido y taciturno que lunático, que es por lo que le tomaron algunos de sus contemporáneos, prefirió siempre ser considerado más como un “artista filósofo” que como cualquier otra cosa relacionada con la artesanía.

Eduardo Chamorro

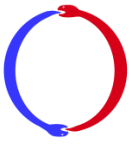
Pintando lo humano mejor que lo divino, y sujetando lo divino casi siempre a lo humano; más libre, más moderno, más actual cuanto más viejo, y siempre rebelde, hasta el último instante de su vida. Este fue el Greco.

Manuel Bartolomé Cossío

السعدية باحدة

Saadia Bahadda





Encarnación Sánchez Arenas

سيرة

السعدية باحدا مبدعة مغربية رائدة في مجال
القصة القصيرة جدا، لها مجموعتان
قصصيتان هما:

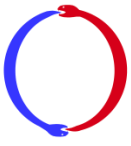
- وَقَّع امتداده ورحل

- مُدَّ النظر

Biografía:

Saadia Bahadda, escritora marroquí, pionera en el ámbito de los relatos breves. Ha publicado dos libros de relatos:

- *Firmo su prórroga y se marchó.*
- *Echa un vistazo.*



هَوَاجِسُ الْأَن بُو

تَقْبَعُ فِي مَخِيلَتِهِ صُورَةَ ضَبَابِيَّةٍ، وَتُسْكُنُ أَعْمَاقَهُ مُوسِيْقَا غَرِيبَةً،
كُلَّمَا إِزْدَادَتْ صَخَبًا، تَوَالَى شَرِيْطُ الصُّورِ...
قَطَارٌ نَائِرٌ، طَائِرَاتٌ حَرْبِيَّةٌ مَجْنُونَةٌ، جَنَّتْ، وَكَوَابِيسُ...
تُبْرِقُ أَمَامَهُ لَوْحَةٌ مُظْلِمَةٌ، تُرْعِبُهُ الْعَيْنَانِ النَّارِيَّتَانِ اللَّتَانِ تَسْتَوِطِنَانِ
قَلْبَهَا...
الآن، هُوَ عَلَى يَقِيْنٍ تَامٍ أَنَّ الْقِطَّ الْأَسْوَدَ يَتَرَبَّصُ بِهِ.

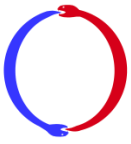
Las inquietudes de Allan Poe

Reside en su imaginario una imagen confusa y vive en su interior una música extraña, cuanto más fuerte, más continúa la película...

Un tren furioso, aviones de combate enloquecidos, cadáveres, pesadillas...

Delante de él brilla un cuadro oscuro, le aterrorizan los ojos ardientes que habitan en su corazón...

Ahora está completamente seguro de que el gato negro está al acecho.



Víctor Hugo Pérez Gallo

Crítica literaria al cuento “Las inquietudes de Allan Poe” de Saadia Bahadda



La autora demuestra su dominio de los recursos propios del relato gótico con los que Allan Poe construyó su universo literario. A través de apenas cuatro párrafos logra transmitir una sensación de desasosiego que mantiene en vilo al lector.

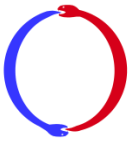
Desde el inicio plantea una atmósfera sombría a través de una “imagen confusa” y una “música extraña” que parece surgir de lo más profundo de la mente del protagonista. Esto recuerda los juegos mentales y terrores oníricos que Poe exploraba.

El lenguaje sucinto y frases cortas aportan un ritmo trepidante, como si esa “película” que “continúa” estuviera introduciendo al lector en las pesadillas del personaje. Los elementos descritos, propios de lo insólito y lo macabro, atrapan la imaginación.

La ambigüedad que rodea a este “cuadro oscuro” y esos “ojos ardientes” alimentan la inquietud. Al final, la confirmación del anunciado “gato negro” cierra el relato en un giro propio del maestro del terror.

Otros elementos propios del relato gótico que Saadia utiliza en su texto son:

- La sugerencia de locura o trastorno mental en el protagonista, al que ronda una “música extraña” y residir una “imagen confusa” en su imaginario.
- La presencia de imágenes angustiantes como “trenes furiosos”, “aviones de combate enloquecidos” y “cadáveres”, que evocan la amenaza y la muerte.
- El uso de un lenguaje ambiguo, por medio de frases breves y sugerentes, que dejan espacio a la interpretación y la inquietud.
- La oscuridad que envuelve el relato, tanto en el “cuadro oscuro” como en la ambigüedad de los sucesos narrados.
- La asociación del protagonista con un animal negro, el famoso gato de Poe, que aporta una carga de presagio fatal.
- El tono opresivo y angustioso que crea una atmósfera de terror psicológico más que de acción.
- El juego con la sugestión y lo insinuado por sobre los hechos concretos, dejando cabos abiertos para la inquietud.



De esta forma, la escritora Siadia demuestra haber sabido captar muy bien los recursos simbólicos del relato gótico estilo Poe.

Por otra parte, la autora marroquí Siadia utiliza los siguientes recursos estilísticos:

- Frases cortas y elipsis: se utilizan oraciones breves y truncadas que generan un ritmo tenso (ej.: “Un tren furioso, aviones de combate enloquecidos”).
- Epítetos: se incluyen adjetivos de valoración subjetiva que intensifican la carga emotiva (ej.: “furioso”, “enloquecidos”).
- Imágenes evocadoras: se evocan imágenes de alto contenido simbólico y sugestivo (ej.: “ojos ardientes”, “gato negro”).
- Ambigüedad lingüística: se emplea un lenguaje sugerente que deja espacio a múltiples interpretaciones.
- Lexemia culta: se incorporan palabras de matiz negativo provenientes del lenguaje poético y culto (ej.: “inquietudes”).
- Yuxtaposición: se yuxtaponen sintagmas contrapuestos que aumentan el dinamismo y contraste (ej.: “música extraña”, “película continua”).
- Metáforas: se recurre a metáforas que desplazan significados e involucran sentidos nuevos (ej.: “morada en su corazón”).

Estos recursos deliberadamente elegidos logran plantear esa atmósfera siniestra, ambigua y opresiva característica del relato de terror poeana.

Es un relato magnífico. Durante su lectura he hallado algunas relaciones entre “Las inquietudes de Allan Poe” de Siadia y algunos textos góticos clásicos.

He denotado, por supuesto, el uso de temas y símbolos recurrentes en Poe: la locura, la muerte, el gato negro. Hacen referencia directa

a su obra. La ambientación siniestra y opresiva basada en la sugerencia y la ambigüedad, propias del género. Me recuerda a Walpole y Lewis.

Fragmentariedad e incertidumbre narrativa que deja cabos sueltos, al estilo de *El inquilino de Wildfell Hall* de Brontë. Otro elemento es la imagería onírica y alusiones al subconsciente que evocan *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde* de Stevenson.

Hay que denotar el estilo elíptico, basado en frases cortas y sugerentes, que recuerda la narrativa fragmentada de Maturin en *Melmoth el errabundo*. Uso poético del lenguaje con descripciones crípticas y simbólicas, propio del relato moderno gótico.

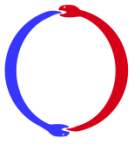
Combina recursos del relato breve con la atmósfera ominosa propia del cuento de terror, como hacía Poe.

De este modo, Siadia rinde homenaje al género gótico clásico al evocar sus principales temas, técnicas narrativas y estilo lírico en apenas unos pocos párrafos.

Con economía de recursos, Siadia logra capturar la esencia poeana creando un relato que deja al lector con un poso de desasosiego, tal como haría el célebre escritor estadounidense. Demuestra un notable dominio de los códigos del relato gótico.

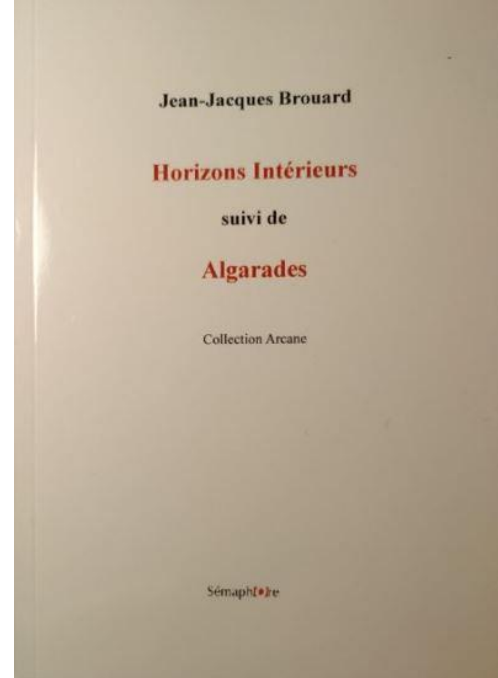


Jean Jacques Brouard

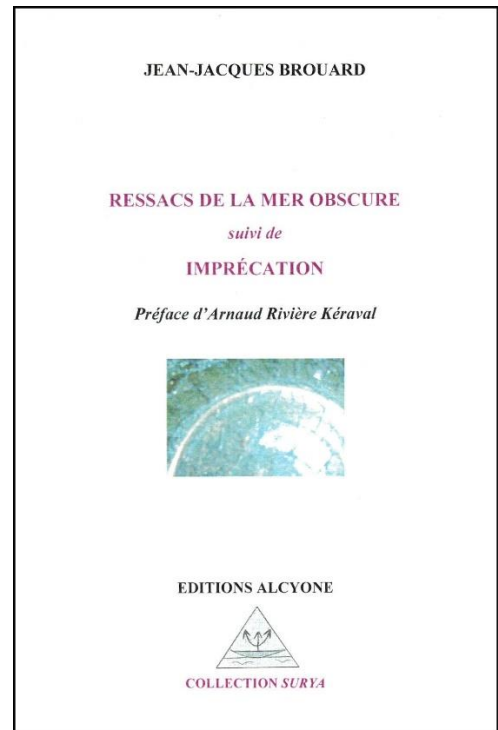


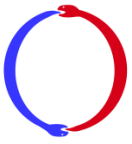
Texto y traducción de Miguel Ángel Real

por la revista mexicana *La Piraña*. Ha escrito también novelas y relatos, así como una obra de teatro, *La Horsaine*. Es codirector de la plataforma poética *oupoli.fr*.



Jean-Jacques Brouard nació en Bretaña en 1952. Después de haber sido camarero, trotamundos, farero y banquero, ha trabajado como profesor de francés, conferenciante y hombre de teatro. Artesano de la escritura, apasionado por la literatura, es autor de obras como *Horizons intérieurs* (Ed. Sémaphore, 2023), *Ressacs de la mer obscure*, (Ed. Alcyone, 2024) o *Voyage en Anthropie* (De próxima publicación en la editorial Tarmac). Su ensayo sobre Blaise Cendrars *Braises ardentes sous la cendre* será publicado en breve por la editorial Sémaphore. Sus textos pueden leerse en diferentes revistas (*La vie Multiple, Décharge, Francopolis, Instinct Nomade, Les cosaques des frontières...*). Algunos de sus poemas fueron traducidos al español y publicados





De Ressacs de la mer obscure, suivi de Imprécations, Ed. Alcyone, France, 2024

La poésie est extase au bord d'une mer originelle qui se perd dans les grands horizons où l'œil s'enivre d'infini. C'est le jeu des ombres noires sur les bas-reliefs du sable que le vent soulève vers les étoiles. La conscience de soi, l'ivresse d'être vif, de défier un amer dans le chaos de l'océan, d'entonner le chant des marins morts. Fascination des passés littoraux et des orgies forestières. Et tous ces oiseaux qui murmurent à la mer d'un Éden utopique, l'histoire d'un lointain sans hommes.

La poésie se lit dans le tulle vert-de gris du ciel tissé de feu. Et l'étreinte embrasée des sirènes lascives.

La poésie n'est pas gentille. Elle a des dents de feu et des griffes d'acier. Son haleine est gorgée de sens. Et elle rend les hommes beaux et insensés. Et le vent de son désir emporte tout sur son passage. La poésie est une déesse cruelle qui fouille le ventre de l'homme pour la semence du mythe.

La poesía es éxtasis al borde de un mar primigenio que se pierde en los grandes horizontes donde el ojo se embriaga de infinito. Es el juego de las sombras negras sobre los bajorrelieves de la arena que el viento levanta hacia las estrellas. La conciencia de sí mismo, la ebriedad de estar vivo, de desafiar un amargor en el caos del océano, de entonar la canción de los marinos muertos. Fascinación de los pasados litorales y de las orgías silvestres. Y todos esos pájaros que le susurran al mar un edén utópico, la historia de una tierra lejana sin hombres.

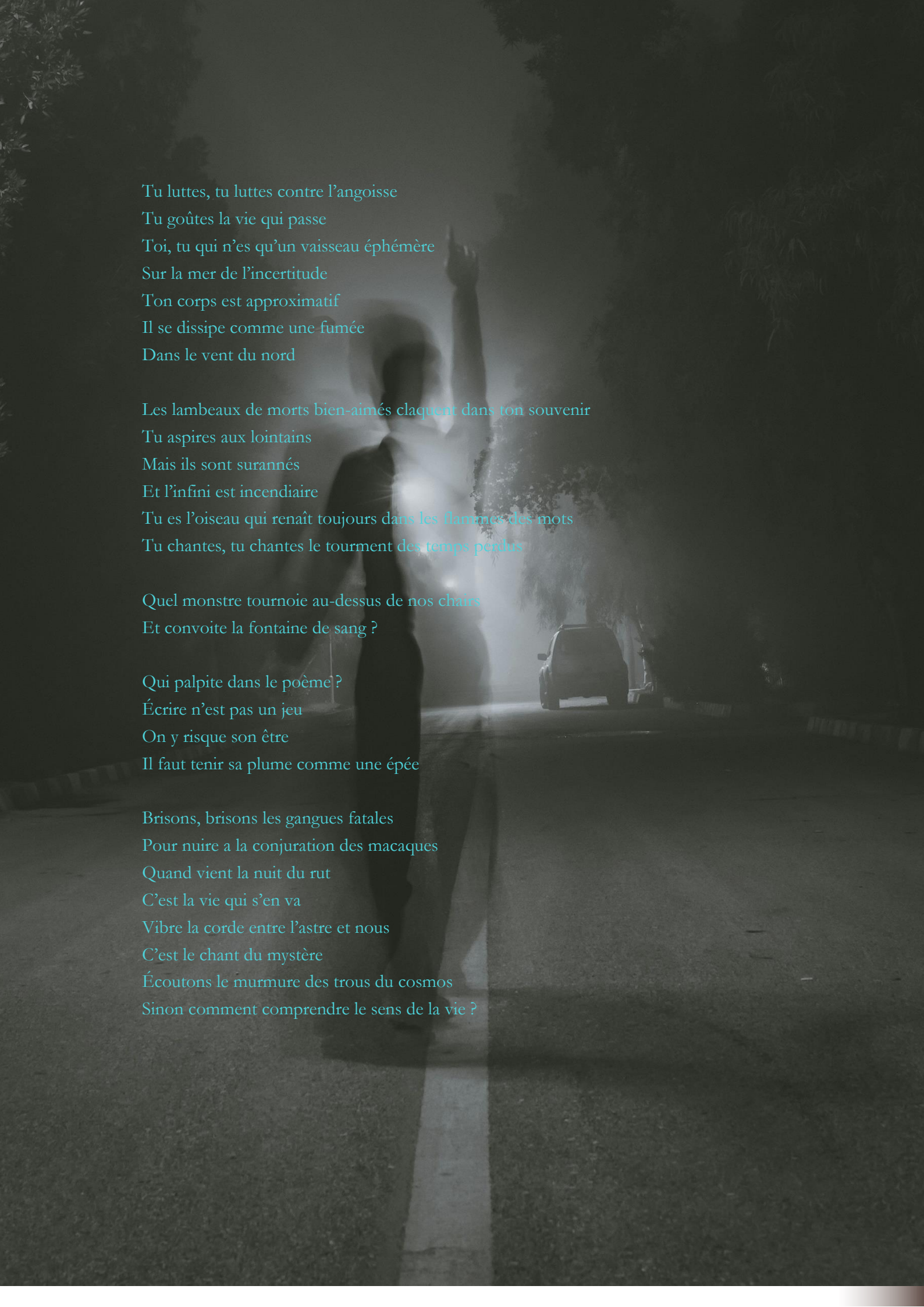
La poesía se lee en el tul gris verdoso del cielo tejido con fuego. Y en el abrazo ardiente de las sirenas lascivas.

La poesía no es amable. Tiene dientes de fuego y garras de acero. Su aliento está impregnado de significado. Y hace a los hombres bellos y necios. Y el viento de su deseo lo arrasa todo a su paso. La poesía es una diosa cruel que hurga en el vientre del hombre en busca de la simiente del mito.

De Ressacs de la mer obscure, suivi de Imprécations, Ed. Alcyone, France, 2024

Libérez-moi des vieux démons du passé
Des griffes de plomb tendues entre les toiles
Des mâchoires de serpent
Béantes sous les voûtes
Les fantômes de mon origine
Sont jetés sur l'échine de la bête
Qui me porte
Nous ne sommes que des enveloppes molles
Tissées d'apparences et d'illusions
Pour voir le reflet de notre être profond
La mer n'est qu'un miroir insuffisant
Nous attendons de belles extases du futur
Le plus abyssal
O carcasse rudimentaire !
La lune est ta mère
Le soleil ton roi
Ton sang est l'eau des terres...
Et l'œil posé
Sur toi
Comme un oiseau de lumière !

Libradme de los viejos demonios del pasado
Garras de plomo tendidas entre lienzos
Fauces de serpiente
Abiertas bajo las bóvedas
Los fantasmas de mi origen
Arrojados sobre la cerviz de la bestia
Que me lleva
No somos más que caparazones blandos
Tejidos con apariencias e ilusiones
Para ver el reflejo de nuestro ser profundo
El mar no es más que un espejo insuficiente
Esperamos bellos éxtasis del futuro
Más abismal
¡Oh carcasa rudimentaria!
La luna es tu madre
El sol tu rey
Tu sangre es el agua de las tierras...
Y el ojo que se posa
Sobre ti
Como un pájaro de luz



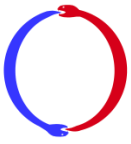
Tu luttas, tu luttas contre l'angoisse
Tu goûtes la vie qui passe
Toi, tu qui n'es qu'un vaisseau éphémère
Sur la mer de l'incertitude
Ton corps est approximatif
Il se dissipe comme une fumée
Dans le vent du nord

Les lambeaux de morts bien-aimés claquent dans ton souvenir
Tu aspiras aux lointains
Mais ils sont surannés
Et l'infini est incendiaire
Tu es l'oiseau qui renaît toujours dans les flammes des mots
Tu chantes, tu chantes le tourment des temps périlleux

Quel monstre tournoie au-dessus de nos chairs
Et convoite la fontaine de sang ?

Qui palpite dans le poème ?
Écrire n'est pas un jeu
On y risque son être
Il faut tenir sa plume comme une épée

Brisons, brisons les gangues fatales
Pour nuire à la conjuration des macaques
Quand vient la nuit du rut
C'est la vie qui s'en va
Vibre la corde entre l'astre et nous
C'est le chant du mystère
Écoutons le murmure des trous du cosmos
Sinon comment comprendre le sens de la vie ?



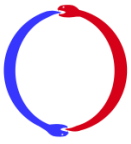
Luchas, luchas contra la angustia
Saboreas la vida que pasa
Tú, que no eres más que una nave fugaz
En el mar de la incertidumbre
Tu cuerpo es aproximativo
Se disipa como el humo
En el viento del norte

Los jirones de muertos amados resuenan en tu memoria
Anhelas lo lejano
Pero está caduco
Y el infinito es incendiario
Eres el pájaro que renace siempre en las llamas de las palabras
Cantas, cantas el tormento de los tiempos perdidos

¿Qué monstruo se cierne sobre nuestra carne
Y codicia la fuente de la sangre?

¿Quién palpita en el poema?
Escribir no es un juego
Arriesgas tu propio ser
Hay que empuñar la pluma como una espada

Rompamos, rompamos las gangas fatales
Para perturbar la conspiración de los macacos
Cuando llega la noche del cielo
Es la vida la que se va
Vibra la cuerda entre el astro y nosotros
Es el canto del misterio
Escuchemos el murmullo de los agujeros del cosmos
¿De qué otra forma podemos entender el sentido de la vida?



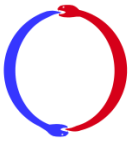
De Voyage en Anthropie (Ed. Tarmac, otoño 2024)

On ne se souvient jamais ni de ce qu'on vous a obligé à faire, ni du chemin qu'il a fallu parcourir pour arriver en Anthropie. Un beau matin, on se réveille et on y est, sans avoir vraiment voulu y être. C'est comme ça. Inutile de discuter. Aucun retour en arrière n'est possible. Il vous faut rester en Anthropie malgré les peines, les chagrins, les irritations, les piqûres de moustiques, les spasmes, les bruits et les mauvaises odeurs. Certes, tout n'est pas noir en Anthropie: il y a l'amour, l'amitié, les plaisirs de la table, les sourires, la beauté, les caresses du vent, l'éclat des regards, les jeux de l'esprit. Mais le prix à payer pour ces rares morceaux de choix est bien lourd: la haine, la guerre, la torture, la solitude, l'ennui, la peur, le crime et l'indifférence. Tout ce qui est insupportable et qu'il faut cependant supporter. Il le faut, bon gré mal gré, il le faut. Vous me direz, l'Anthropie n'est pas un univers complètement clos. On peut en sortir, il existe une porte, oui. Il en existe une, mais elle donne sur l'informe et qui donc a vraiment envie de se fondre au Néant ?

Uno no recuerda nunca ni lo que fue obligado a hacer ni el camino que tuvo que recorrer para llegar a Antropía. Una buena mañana, te despiertas y allí estás, sin realmente haberlo deseado. Es así. No tiene sentido discutirlo. No hay vuelta atrás. Tienes que permanecer en Antropía a pesar del dolor, de las penas, de las irritaciones, de las picaduras de mosquitos, de los espasmos, de los ruidos y de los malos olores. Por supuesto, no todo es sombra en Antropía: hay el amor, la amistad, los placeres de la mesa, las sonrisas, la belleza, las caricias del viento, el brillo de los ojos, los juegos de la mente. Pero el precio que hay que pagar por estos raros manjares es muy elevado: el odio, la guerra, la tortura, la soledad, el aburrimiento, el miedo, el crimen y la indiferencia. Todo lo que es insoportable y que, sin embargo, hay que soportar. Sea como sea, tienes que hacerlo. De cualquier modo, Antropía no es un universo completamente cerrado. Se puede salir: existe una puerta, sí. Existe una, pero conduce a lo informe, y ¿quién quiere realmente fundirse en la Nada?

Rushnyk Ручник





Augusto Guedes

Ucrania

Fíos do bordado
tecen miradas,
paisaxes e pedras.

Mañá,
as escumas do vento
soña paisaxes
no bordo das estradas
que levan ao mar.

E as pedras no seu eterno soño
cantarán pequenos segredos
co seu discurso lento e deliberado
nos petos da historia.

E no rushnyk
a palabra traza novos horizontes
mentres soña...

Ucrania

Los hilos del bordado
tejen miradas,
paisajes y piedras

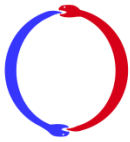
Mañana,
las espumas del viento
sueñan paisajes
al borde de los caminos
que llevan al mar

Y las piedras en su soñar eterno
cantarán pequeños secretos
con su discurso lento y pausado
en los bolsillos de la historia.

Y en el rushnyk
la palabra traza nuevos horizontes
mientras sueña...



Espuma de mar



Los datos de los concursos que se presentan en las tablas de esta sección corresponden a un resumen de las bases y tienen valor estrictamente informativo. Para conocer con detalle las condiciones específicas de cada uno de ellos es imprescindible acudir a la información oficial que publican las entidades convocantes.

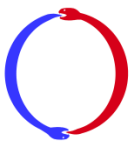
Solo se presentan convocatorias que no plantean en sus bases ningún tipo de discriminación por razón de sexo, raza o lugar de nacimiento, las que ofrecen premios en metálico y en las que pueden participar mayores de edad, sin perjuicio de que en alguno de los certámenes también puedan participar menores.

Aunque los Premios Pulitzer, que concede anualmente la Universidad de Columbia en Estados Unidos, tienen un gran número de apartados que tienen que ser interpretados en clave local o recogen aspectos que tienen un interés reducido o nulo fuera de ese país, algunos de ellos se escapan a esta norma y adquieren una trascendencia internacional y hacen que quienes los reciben alcancen un reconocimiento a escala planetaria.

El pasado seis de mayo, la Universidad de Columbia hizo pública la resolución de los galardones, con premiados y finalistas, en las diversas categorías que se agrupan bajo los epígrafes genéricos de “periodismo”, “literatura”, “teatro” y “música”. La nota de prensa correspondiente con todos los nombres galardonados puede ser consultada en este [enlace](#). En los diversos apartados, se presentarán algunos de los galardones concedidos cuando estos adquieran una dimensión internacional.

Novela

NOVELA	Convocatorias de concursos que se cierran en junio de 2024			
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Ciudad de Getafe	1	150 a 280	Ayuntamiento de Getafe	10 000
Ciutat de València	7	≥ 150	Ayuntamiento de Valencia	12 000
Felipe Trigo	9	150 a 300	Ayuntamiento de Villanueva de la Serena	20 000
Nostromo - La aventura marítima	10	≥ 50 000 palabras	Associació Amics de Nostromo	5 000
Desnivel de literatura de montaña, viajes y aventuras	15	Min 60 folios	Ediciones Desnivel	3 000
Rural Diputación de Córdoba	17	≤ 100 000 palabras	Diputación de Córdoba	12 000
Tristana	30	≤ 60 000 palabras	Ayuntamiento de Santander	8 000
Jaén	30	100 a 150	CajaGranada Fundación y CaixaBank	16 000



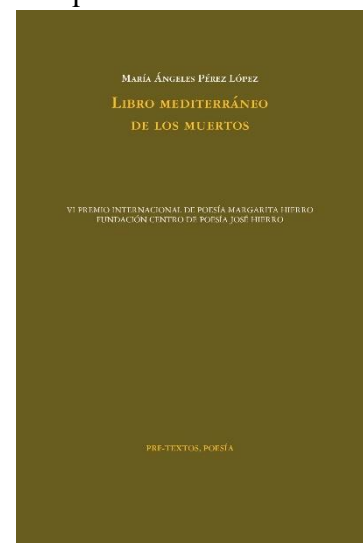
Relato corto y cuento

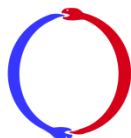
NARRATIVA CORTA		Convocatorias de concursos que se cierran en junio de 2024		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Arsenio Escolar	1	≤ 10	comité organizador con domicilio en Torresandino	300
Joaquín Lobato - Ciudad de Vélez-Málaga	1	8 a 15	Delegación de Cultura y Patrimonio Histórico del Ayuntamiento de Vélez-Málaga	3 000
Torreón de San Román	7	≤ 3	Ayuntamiento de Santibáñez de la Peña	650
Cátedra Diego Rodríguez de Estrada	10	2 500 a 4 500 palabras	IES Diego Rodríguez de Estrada y el Ayuntamiento de San Juan del Puerto	2.000
José Calderón Escalada	15	90 a 180 líneas	Ayuntamiento de Reinosa	3 200
Las Fuentes de la Edad	15	2 a 3	Asociación Las Fuentes de la Edad	700
Frida Kahlo De Rivas	16	6 a 12	Ayuntamiento de Rivas Vaciamadrid	1 600
"Transporte sobre ruedas" Asetra	16	≤3	Ayuntamiento de Rivas Vaciamadrid	100
Markerrelatos	27	500 a 2500	Club de Marketing de Granada	1 000
Ayuntamiento de Enguera	28	4 a 10	AYUNTAMIENTO DE ENGUERA	600
Rafael Mir	30	≤ 8	Ateneo de Córdoba	600
Jubilare	30	5 a 10	Colegio de Registradores	2 000
Joan Fuster	30	Min 10	Ayuntamiento de Almenara	400
Santoña	30	≤ 8 500 palabras	Ayuntamiento de Santoña	2 000

Poesía

La poeta vallisoletana **María Ángeles Pérez López** (1967), a quien hemos entrevistado en *Oceanum* hace algunos números, ha sido la ganadora del Premio Nacional de Poesía Meléndez Valdés, por su *Libro mediterráneo de los muertos* (Pre-Textos, 2022), un poemario calificado por el jurado como “poesía moral”, en el que han destacado que se trata de un “libro valiente y arriesgado”, con poemas en prosa “profundamente imaginativos y con hondas resonancias simbólicas” que tratan la tragedia de los inmigrantes que pretenden llegar desde África en pateras y acaban sus días bajo las aguas del mar Mediterráneo. El galardón, dotado con un monto económico de 4000 euros está concedido por el Ayuntamiento de Ribera del Fresno (Badajoz, España) para reconocer el mejor libro de poesía publicado en los años 2022 y 2023.

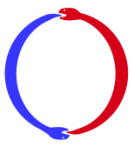
La trayectoria literaria de la poeta María Ángeles Pérez López se ha desarrollado de forma prolífica desde finales del siglo pasado y está reconocida con diversos galardones, como el Premio Tardor por *La sola materia* (1998), el Premio Ciudad de Badajoz por *Carnalidad del frío* (1999), el Premio Sarmiento de Poesía (ediciones de 2005





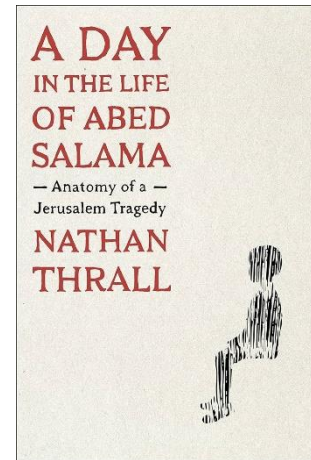
y de 2017), el Premio de la Asociación Cultural Tierno Galván en el apartado de Cultura (2014), el Premio de la Crítica de poesía castellana por *Incendio mineral* (2022) y el Premio Internacional de Poesía Margarita Hierro/ Fundación Centro de Poesía José Hierro (2022) por la misma obra que ahora ha sido galardonada.

POESÍA		Convocatorias de concursos que se cierran en junio de 2024		
Premio	Fecha	nº versos	Convocado por	Cuantía [€]
Joaquín Lobato - Ciudad de Vélez-Málaga	1	8 a 15 paginas	Delegación de Cultura y Patrimonio Histórico del Ayuntamiento de Vélez-Málaga	3 000
Emilio Alarcos	1		Principado de Asturias	6 200
Vendimia - Ayuntamiento de Cheste	3	50 a 100 paginas	Ayuntamiento de Cheste	500
Ciudad de Dueñas	6	50 a 150	Ayuntamiento de Dueñas	1 500
Ciutat de València	7	≥ 400	Ayuntamiento de València	6 000
Pulchrum	8	≤ 100	O_Lumen	400
Reinosa	15	75 a 150	Ayuntamiento de Reinosa	3 200
Las Fuentes de la Edad	15	75 a 100	Asociación Las Fuentes de la Edad	700
Santa Teresa De Jesús	16	14 a 100	Hogar de Ávila en Madrid	1 000
Jorge Manrique	17	≥ 500	Diputación de Palencia	6 000
Juegos Florales Tobarra	17	≤100	Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Tobarra	300
Vicente Núñez	17	500 versos	Diputación de Córdoba	12 000
Daya Nueva	17	30 a 100	Asociación Cultural Club Excelsior	1 200
Conrado Blanco León	20	≤ 70	Fundación Conrado Blanco	2 000
Charo González	20	≤ 70	Fundación Conrado Blanco	2 000
Fundación Loewe	20	≥ 300	Fundación Loewe	30 000
Tomás Morales	20	500 a 1000	Consejería de Gobierno de Cultura del Cabildo de Gran Canaria	8 000
Ayuntamiento de la Roda	21	42 a 80	Ayuntamiento de La Roda	1 200
Ayuntamiento de Enguera	28	60 a 100	Ayuntamiento de Enguera	600
Wetonia	28	≥ 400	Ayuntamiento de Malpartida de Plasencia	1 000
Juan Bernier	29	300 a 600	Ateneo de Córdoba	1 000
Pròixita	30	≥ 70	Ayuntamiento de Almenara	400
Ciudad de Lepe	30	400 a 600	Ayuntamiento de Lepe	1.200
Hierro / Fcpjh	30	500 a 1000	Fundación Centro de Poesía José Hierro (FCPJH)	6 000
María Rosal	30	600 a 800	Ayuntamiento de Fernán Núñez	2 000
Rima Enrieto	30	10 a 30	Área de Cultura del Ayuntamiento de Sancti-Spíritus, Hermandad de la «Rima Enrieto» y Grupo Poético Vallisoletano PerVersos	300



No ficción (ensayo, crónica, investigación y biografía)

Galardonado con quince mil dólares, el premio para “no ficción”, ha sido otorgado a *A Day in the Life of Abed Salama: Anatomy of a Jerusalem Tragedy* (*Un día en la vida de Abed Salama: Anatomía de una tragedia en Jerusalén*), de **Nathan Thrall**, publicado por Metropolitan Books).



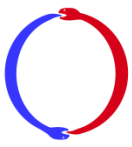
Se trata de un relato íntimo y finamente narrado de la vida bajo la ocupación israelí de Cisjordania, contada a través del retrato de un padre palestino cuyo hijo de cinco años muere en un accidente del autobús escolar que terminó incendiado y que los equipos de rescate israelíes y palestinos no pudieron socorrer a tiempo al verse retrasados por las estrictas normas de seguridad que imperan en la zona.

NO FICCIÓN		Convocatorias de concursos que se cierran en junio de 2024		
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Juan Uría Ríu	1	-	Principado de Asturias	6 200
Celia Amorós	7	150 a 400	Ayuntamiento de València	10 000
Montaña, viajes y aventuras	15	≥ 60	Ediciones Desnivel	3 000
Espasa	21	≥ 150	Editorial Espasa	30 000
Diego Muñoz-Torrero	28	≥75	Fundación Muñoz-Torrero	2 000
Archivo Hispalense	28	200 a 300	Diputación Provincial de Sevilla	3 000
Paidós	30	≥ 200	Ediciones Paidós	35 000

Otros géneros literarios

Dentro del apartado de “Periodismo” de los Premios Pulitzer, cabe destacar el galardón de reportajes sobre asuntos internacionales, realizado por medio de cualquier medio técnico y dotado con 15 000 dólares. Fue concedido al diario *The New York times*, por su amplia cobertura de los atentados perpetrados por Hamas el 7 de octubre de 2023 donde se da cuenta de los importantes fallos de la inteligencia israelí y de la sangrienta respuesta militar sobre los territorios de Gaza.

En el mismo apartado y con montos semejantes, también merece destacar que se han concedido galardones para las mejores columnas de opinión a **Vladimir Kara-Murza** (colaborador de *The Washington post*), de crítica para **Justing Chang** (*Los Angeles times*) y al mejor editorial para **David E. Hoffman** (*The Washington post*).



Convocatorias de concursos que se cierran en junio de 2024

TEATRO Y GUIÓN

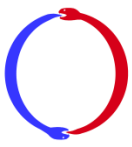
Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
ENTNAE-Ayuntamiento Pamplona	15	-	Ayuntamiento de Pamplona y la Escuela Navarra de Teatro	2 500

LIJ

Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
ENTNAE-Ayuntamiento Pamplona	15	-	Ayuntamiento de Pamplona y la Escuela Navarra de Teatro	2 500

CÓMIC E ILUSTRACIÓN

Premio	Fecha	nº páginas	Convocado por	Cuantía [€]
Ciutat de València	7	16 a 20	Ayuntamiento de Valencia	8 000
Cuentos para la Igualdad	12	≤ 25	Ayuntamiento de Dos Hermanas	1 000

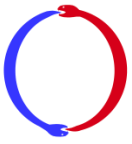


	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11
1					■				■		
2					■						
3	■			■	■						
4									■		
5						■			■	■	■
6					■	■	■				
7	■	■	■			■					
8			■								
9							■	■			■
10							■				
11			■				■				

Solución

HORIZONTALES **1** Casa rústica rusa. Prefijo de oposición. Computador personal. **2** Un gas noble. Nombre de varón. **3** Letra griega. Autor de *El inmortal*. **4** Personaje de *La Plaza del Diamante*. Letra griega. **5** Unidad de trabajo del S.I. Franja horaria. **6** En cierto sentido, consigna, divisa. Dios egipcio. **7** Siglas del grado de protección de los objetos. Al revés, Victoria, prestigiosa periodista. **8** 99, en la antigua Roma. Marañón, ilustre médico y pensador de la generación del 14. **9** Maligno personaje de *El señor de los anillos*. Harris, protagonista de *La Roca*. **10** Lombard, actriz de *Océanos de fuego*. Aversión. **11** Letal piloto de combate. Te diriges. País del sureste asiático.

VERTICALES **1** Prefijo negativo de origen latino. Casi un recipiente para guardar cosas o dinero. Zona diferenciada del resto que la rodea. **2** Al revés, partículas elementales de vida muy breve. Confusión, desorden. **3** Pierre....., autor de *El planeta de los simios*. Vocal repetida. **4** Prefijo privativo. Al revés, poeta romano autor de *La eneida*. **5** Símbolo del molibdeno. Expresión literaria no sujeta a cadencia ni medida. **6** Registro contable. Plural de consonante. **7** Esclavo espartano. Juego de estrategia, en cierto sentido. **8** Escritor portugués, Premio Nobel. Sufijo de alcoholes. **9** Arma blanca corta, pero sin vocales. Novelista español, autor de *Peñas arriba*. **10** Paolo Passolini, cineasta italiano. Un metal precioso. **11** Plaza de toros. Centro de dictador, opresor. Pronombre personal.



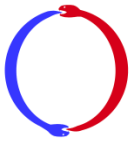
1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
11	12	13	14	15	16	17	18	19	20
21	22	23	24	25	26	27	28	29	30
31	32	33	34	35	36	37	38	39	40
41	42	43	44	45	46	47	48	49	50
51	52	53	54	55	56	57	58	59	60

Solución

<u>44</u>	<u>31</u>	<u>55</u>	<u>38</u>	<u>4</u>	<u>36</u>	<u>52</u>	<u>25</u>	Ajustado, apretado	
<u>57</u>	<u>6</u>	<u>29</u>	<u>56</u>	<u>14</u>				Bitá, bolardo	
<u>28</u>	<u>54</u>	<u>35</u>	<u>40</u>	<u>42</u>	<u>17</u>	<u>2</u>	<u>34</u>	<u>50</u>	Corta el pelo a un animal
<u>5</u>	<u>12</u>	<u>8</u>	<u>33</u>						Relaciones públicas
<u>37</u>	<u>47</u>	<u>3</u>	<u>43</u>	<u>49</u>	<u>9</u>				Custodio de mujeres de un harén
<u>16</u>	<u>19</u>	<u>46</u>	<u>24</u>	<u>53</u>	<u>18</u>	<u>30</u>			Comunicación
<u>21</u>	<u>48</u>	<u>20</u>	<u>11</u>	<u>1</u>	<u>39</u>	<u>26</u>			Compliquen, revuelvan
<u>22</u>	<u>10</u>								Sociedad deportiva

Texto: pensamiento de Noel Clarasó.

Clave, primera columna de definiciones: pieza teatral breve.



Obituario

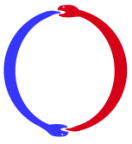
A finales del mes de abril fallecía el filólogo barcelonés **Francisco Rico** (28/4/1942-27/4/2024), académico de la RAE desde 1987, donde ocupaba la silla “p” minúscula, y reconocido experto en *El Quijote* en particular y en la literatura del Siglo de Oro en general. Profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona, recibió doctorados *honoris causa* por las universidades de Burdeos, Nápoles, Valladolid y Bolonia y la medalla de oro al mérito de las Bellas Artes (2016). Fue autor de un importante número de obras, la mayoría de ellas sobre su tema principal de investigación y estudio. También recibió varios galardones, entre los que cabe destacar el Premio Internacional Menéndez Pelayo (1998), el Premio Nacional de Investigación Ramón Menéndez Pidal (2004), el Premio Internacional de Ensayo Caballero Bonald (2013) y el Premio Internacional Alfonso Reyes del Colegio de México.



La noticia de la muerte del escritor estadounidense **Paul Auster** (3/2/1947-30/4/2024) se esperaba desde hace tiempo, tras ser diagnosticado de un cáncer de pulmón hacía algo más de un año. Paul Auster cultivó varios géneros literarios, entre los que hay que destacar la novela —quizá la faceta más conocida—, la poesía, el ensayo y la dramaturgia, con una abundante producción en la que también destaca su trabajo como traductor de escritores franceses. A lo largo de su carrera, ha recibido un buen número de galardones, como el Premio France Culture de Littérature Étrangère (1989), el Morton Dauwen Zabel Award de la American Academy of Arts and Letters (1990), el Premio Médicis Étranger por *Leviathan*, el Independent Spirit award (1995) para el primer mejor guion por *Smoke*, la mejor película americana en los Bodil Awards (1996) por *Smoke*, el John William Corrington Award a la excelencia literaria y el Premio Leteo (2009). También figuró como finalista del PEN/Faulkner Award de 1991 en la categoría de ficción por *The Music of Chance* y del Booker por *4 3 2 1*.



En el mundo de la literatura hay muchos más actores que el escritor, el editor y el lector. A menudo, se tiene la tendencia a olvidar la importancia de los agentes que ponen de relieve las obras de mayor calidad y les dan la publicidad suficiente para que lleguen a manos de los lectores. El periodista francés y natural de Lyon, **Bernard Pivot** (5/5/1935-6/5/2024) era



uno de ellos y puede decirse que divulgó la literatura entre el público francés a través de sus programas de televisión, de entre los que destaca *Apostrophes* (de Antenne 2, luego France 2) que se empieza a emitir a partir de 1975 en la tarde/noche de los viernes. Bernard Pivot también tiene una importante producción literaria, tanto en la narrativa como en el ensayo y en la no ficción. Recibió un buen número de galardones a lo largo de su carrera, entre los que cabe destacar el Premio de la crónica parisina de 1966; el Premio de la crítica de l'Académie française (1983); el 7 d'or (en 1985, 1987, 1995 y 2001 en varias categorías) por su programa estrella, *Apostrophes*; el Premio Henri-Desgrange de l'Académie des sports (1987) por sus crónicas deportivas; el Premio Samuel-de-Champlain (2003) de l'institut France-Canada; el Premio Alphonse-Allais (2009); y el Premio de los escritores gastronómicos del CML (2014) por la obra *Dictionnaire amoureux du vin*.

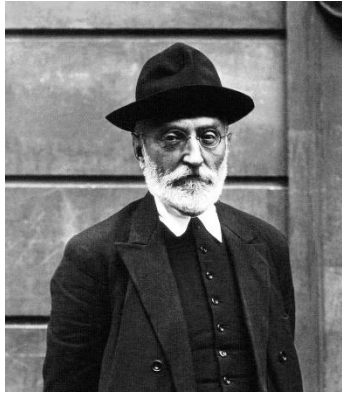
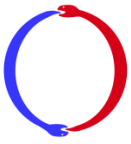


Aunque el relato breve es un género muy popular, no son muchos los escritores de primera línea que lo cultivan como primera opción y suelen centrarse más en géneros como la novela, la poesía, el ensayo o el teatro. Sin embargo, la escritora canadiense recientemente fallecida, **Alice Munro** (10/7/1931-13/5/2024) llegó a alcanzar el Premio Nobel de Literatura en 2013 precisamente con el relato corto y es considerada como una referencia en el tema. Aunque llevaba bastante tiempo sin escribir debido a su enfermedad, su trayectoria está repleta de premios y reconocimientos, además del mencionado Premio Nobel. Entre ellos, cabe citar el Governor General's Literary Award de ficción en inglés (1968, 1978 y 1986); el Canada-Australia Literary Prize (1977); el Writers' Trust of Canada's Marian Engel Award por el conjunto de su obra (1986); el Trillium Book Award en tres ocasiones, por *Friend of my youth* (1991), *The love of a good woman* (1999) y por *Dear life* (2013); el WH Smith Literary Award por *Open secrets* (1995); el Lannan Literary Award (1995); el PEN/Malamud Award (1997); el National Book Critics Circle Award por *The love of a good woman* (1998); el Giller Prize (1998 y 2004); autora del año y libro de ficción del año por *The love of a good woman* en el Libris Award de 1999; el Rea Award para relato breve (2001); el Rogers Writers' Trust Fiction Prize (2004) por *Runaway*; el O. Henry Award por *Passion* (2006), *What Do you want to know for* (2008) y *Corrie* (2012); y Man Booker International Prize (2009).





Extracto de
Andanzas y visiones españolas



Miguel de Unamuno

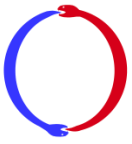
HACIA EL ESCORIAL



vacaciones de Semana Santa, siete días de asueto; a correr y a ver tierras, a orear los pulmones, la vista y el ánimo, a seguir conociendo España, abrazando su cuerpo. Fin de la salida El Escorial, pero por camino largo, tomándolo a sorbos, poco a poco, a modo de quien lo saborea.

Primera parada en Medina del Campo, la ya antigua conocida, la de la famosa feria secular, aquella en que dió su último suspiro la reina católica, Isabel la Grande.

Allí se alza la ruina del castillo de la Mota, donde entregó aquella mujer extraordinaria su alma magnánima a Dios. Se alza el torreón hecho jirones y a la caída de la tarde remontaba desde él al cielo de ocaso su vuelo una bandada de grajos. Los baluartes se van desnudando de su recubrimiento de ladrillo. Y aquella masa ingente donde se dictó aquel famoso testamento de Isabel la Católica, aquel en que dicese se habla de nuestra misión en África, mira al cielo con una inmensa resignación. Y una inmensa resignación desciende del castillo y se esparce por la llanura toda donde apunta el verde de las mieses.

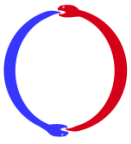


Lugar el más santo para meditar en lo que pasa y en lo que queda, en la España temporal y en la España eterna, allí, junto al castillo de donde voló desde la España terrena a la celestial aquella aliña de mujer fuerte. Alma de mujer, pero de mujer entera y varonil, como el alma de la patria que hizo, alma también de varona. Y otra varona, Teresa de Jesús, expresó un siglo después sus eternas ansias.

Érame una antigua obsesión la de visitar la ciudad de Olmedo. Atraíame a ella aquella parte de muralla, vestida de saúcos y plantas trepadoras, que al correr el tren se divisa. ¡Porque eso de ver al pasar un viejo pueblo, relicario de recuerdos, que duerme al sol guardado por sus murallas!..., ¿Qué habrá allí dentro? ¡Y luego el prestigio histórico! Veníamos de Medina la del Campo, de junto a aquel castillo en que la gran Isabel muriera: íbamos a Olmedo, donde se dió la batalla a que debiera el trono.

A mediados del siglo xv subió al trono de Castilla, por muerte de D. Juan II, aquel pobre rey Enrique IV, por sobrenombre —nada halagüeño ciertamente— el Impotente. Era un pobre varón —si es que lo era— de cuerpo amasado con linfa y alma hecha de poquedad, lo que necesitaban aquellos turbulentos nobles que le habían enfrentado a su padre. Miserable fué el reinado de este infeliz. El P. Sigüenza, uno de nuestros más castizos escritores sin duda, en su *Historia de la Orden de San Jerónimo*, dice que «como el rey don Henric quarto no tenía hijos herederos y en su gobierno procedía con tanta blandura, que todos imprimían en él lo que querían, estaba el Reyno y los grandes desgustados, todo lleno de inquietud, alborotos, divisiones; vivían unos como querían y otros como podían o los dexavan». Y así levantaron algunos frente a D. Enrique al infante D. Alonso, hermano del rey y de doña Isabel. Entre los nobles más turbulentos del partido adverso al rey, estaba aquel D. Juan de Pacheco, «hombre de grandes mañas, de quien se decía públicamente que tenía tanta arte en traer a su voluntad las de los que con él tratavan, que ponía sospecha si era más que ingenio humano»— dice de él nuestro P. Sigüenza. «Era el pobre rey —dice este mismo escritor— de claro entendimiento, mas de una voluntad remisa, ineficaz, sin irascible, y digámoslo así, apocada, de donde nacían tantos males».

¡Y tan sin irascible el pobre Impotente! Como que divorciado de su primera mujer, la infortunada Blanca de Navarra, volvió a casarse en 1462 con la princesa Juana de Portugal, de quien fué amigo D. Beltrán de la Cueva, gran maestro de Santiago por obra y gracia del rey, ya que por obra y gracia de D. Beltrán llegó el rey don Enrique a ser padre, siquiera putativo, de la princesa doña Juana, a quien dió la malicia en apodar la Beltraneja. Y aquel D. Juan Pacheco, el del ingenio más que humano, esto es, diabólico, púsose frente al valido y cirineo del matrimonio del rey, y protestó del reconocimiento de la Beltraneja, adoptando como heredero al

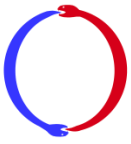


trono al infante D. Alfonso, hermano del rey. Los descontentos nobles destronaron al rey en efígie en las afueras de Ávila de los Caballeros, y vino la lucha entre D. Beltrán, que apoyaba a la Beltraneja, y los acaudillados por Pacheco. Y fue cerca de Olmedo, al pie de unos pelados cerros blancos, donde ambos ejércitos se encontraron, guiado uno por D. Beltrán y el otro por el belicoso arzobispo de Toledo, Carrillo. A esta batalla, que quedó indecisa, se siguió un período de anarquía, y la muerte del infante D. Alfonso, envenenado, trajo a la historia a Isabel la Grande, hermana de padre del pobre Impotente. La voluntad que a éste le faltaba tenía la ella, la varona. Y he aquí cómo entra Olmedo en los recuerdos de la gran reina.

El camino de Medina del Campo a Olmedo, más de veinte kilómetros, lo hicimos casi todo él a pie, parte en un carro de unos trajinantes en vino. Dejábamos atrás, destacándose sobre el cielo de la tarde, la mole del castillo de la Mota. A un lado y otro tierras de pan llevar, luego un pinar que atravesamos, una pequeña revuelta del camino para atravesar un río, el Adaja, el río de Ávila, que ofrece de pronto una rinconada de melancólico recojimiento, y al trasponer una cuesta las murallas de Olmedo y sus torres derritiéndose en la luz del atardecer.

Por una puerta de la muralla entramos en el pueblo. Uno de esos espaciosos pueblos castellanos, abiertos, claros, llenos de luz, llenos de anchura, con vastas plazas al pie de una iglesia de ladrillo que abriga tal vez a un álamo centenario, con su gran plaza de arquillos, donde toman el sol y comentan las últimas noticias de los diarios de la tarde los desocupados del pueblo. El vaho por dondequiera de una vida de sosiego, tal vez de modorra, turbada tan sólo de vez en cuando por unas elecciones o por alguna cacicada. Y en la plaza de junto a la iglesia mayor, al otro día de nuestra llegada, el de Jueves Santo, cuando la procesión va a sacar a la luz y el aire libres los viejos pasos, el trágico nazareno de manto morado y amoratado rostro, con su cruz a cuestas, en esa hora de tradición católica el grupo de las señoritas del pueblo y el grupo de los cinco o seis estudiantes que hay en él y que tienen a aquéllas por novias. De un lado las imágenes de la pasión y aquellos graves varones, de larga capa, con sus largas varas y sus birretes—casi parecían doctores—y de otro lado, haciendo como que miran al Cristo azotado, pero mirándose a los ojos, los novios del pueblo. Pasarán estas vacaciones de Semana Santa, se volverá el estudiante a Valladolid o a Madrid a proseguir sus estudios, y no olvidará aquella tarde de Jueves Santo, en que la plaza de su niñez vió a la novia, toda de negro, al pie del Nazareno, que murió por amor a los hombres.

La Semana Santa es una de las épocas del año que más suele ir unida a la historia de los regocijos y afables noviazgos de los pueblos, y ese trágico Nazareno que pasea en esos días lo morado de su manto y de su rostro por las abiertas plazas de los pueblos, ha sido y es uno de los más eficaces



casamenteros. ¿Quién que sepa el portugués no conoce aquella tiernísima poesía de João de Deus, titulada *Encanto*? Es aquella que empieza:

Passavas como rainha:

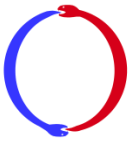
pasabas como una reina. Y anduvo con ella el poeta por Semana Santa de templo en templo, y ella en su traje austero y grave, toda de negro, que era un gusto ver no sé qué suave luz bañarle las manos, el rostro, una luz como la que baña a los ángeles del cielo.

Días solemnes estos de Semana Santa en los pueblos. Es el día en que se les ve al juez y al alcalde vestidos de levita y con su sombrero de copa alta, seguidos de la Guardia civil —ésta de gala— que haya en el pueblo, recorrer las estaciones. Y al verlo sienten los niños la singular solemnidad del día.

El posadero de la posada en que nos alojamos, un posadero típico del linaje de los cervantinos. Cocinero a la vez y que se jactaba de guisar cualquier plato sin echarse la menor mancha a la immaculada blusa corta. Y su hija, una muchachuela, decía al servirnos en aquel Jueves Santo unas rosquillas fritas con manteca de cerdo: «¡Ay, por Dios, que van ustedes a pecar! ¡Ay, por Dios!» ¡Y Él haga que no llegue nunca la cándida muchacha a otra comprensión del pecado!

Desde Olmedo fuímonos a Arévalo, otra ciudad isabelina de las que recorría y en que administraba justicia aquella reina andariega. Y este Arévalo fué de los más prontos, dicen, en acudir al llamado del rey de Navarra para batir a los moros en las Navas de Tolosa, por lo que figura en su escudo de armas un caballero saliendo de un castillo, tal como se ve, entre otras tallas, en piedra, en una graciosísima de la antigua albóndiga, Y este Arévalo fué de las ciudades que cuando la guerra de Comunidades de Castilla peleó contra los comuneros al lado del emperador, y de Arévalo fué el famoso alcalde Ronquillo.

Se tiende al sol de Castilla Arévalo, y a su cielo eleva las torres de sus iglesias y conventos en la lengua de tierra que forman la confluencia del Adaja con el Arevalillo. Es como en un promontorio, con escarpes pintorescos a los ríos. Y en la punta misma de esa lengua, en la altura que domina el emboque de ambos ríos y los dos puentes, álzanse las ruinas del viejo castillo. Un macizo torreón de piedra que habla de viejos enconos y de los días de la trabajosa fragua de la nacionalidad. Y dentro de las ruinas del castillo, en el recinto de sus desgastados muros las ruinas de un cementerio en que ya no se entierra.



¿Habéis visto algo más melancólico y más lleno de sentido trágico que un camposanto abandonado, que las ruinas de un cementerio? Penetrantes son las ruinas de la vida, pero mucho más las ruinas de la muerte, las ruinas de la ruina. Un viejo cementerio abandonado, una sola tumba vacía, es acaso lo más hondo de sentir que puede encontrarse en el peregrinaje de la vida. Recordé el «Dios mío, qué solos se quedan los muertos», de Bécquer, y aquella inmortal elegía de Tomás Gray al cementerio de aldea. Más de una vez los pintores han tratado el asunto a que suele titularse «la cuna vacía», pero es más hondamente trágico el de la tumba vacía. Y recordé también —¿por qué no ha de serme permitido citarme a mí mismo?— aquel final de uno de mis sonetos:

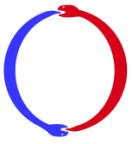
¡Hasta los muertos morirán un día!

Parecía aquel cementerio abandonado en las ruinas de un castillo una colmena sin abejas. Los nichos abiertos nos miraban.

La ciudad misma todo recuerda menos la muerte. El tópico ese de lo sombrío de los pueblos de Castilla es un embuste. Anchas y muy despejadas plazuelas en que niños, ancianos y adultos toman el sol, la gran plaza del mercado con sus soportales, mucho cielo arriba y mucha luz en el cielo. Y en derredor una vasta campiña de pan llevar, con acá y allá las manchas verdinegras de los pinares, y en el fondo, uniendo la tierra con el cielo, la sierra coronada de nieve. Y sube de la tierra una gran serenidad a juntarse con la serenidad grandísima que baja del cielo.

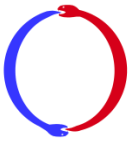
Y vive en estos pueblos una casta a la que se le está calumniando de continuo, una casta serena y cauta que no avanza un pie hasta que tiene bien asentado el otro, una casta sin impaciencia, que progresa paso a paso, sin fiebre progresista, porque no quiere tener que dar pasos atrás, recelosa si queréis, pero segura. Una casta que ha sido víctima de la leyenda y de la contraleyenda, cuya historia de hoy, de lo que hace, piensa y siente, está por rectificar como la historia de su antes de ayer, de lo que hizo, pensó y sintió.

No tenéis, en efecto, sino ver cómo las preocupaciones políticas del pasado siglo enturbiaron la clara visión de la lucha de los comuneros empeñándose en ver en estos nobles turbulentos y sus secuaces a los precursores de los liberales y demócratas de hoy, y en el emperador, que era acaso el verdadero demócrata, una especie de tirano que iba a ahogar libertades populares. Y así ha sido casi toda la historia que se hizo en España bajo la preocupación, de las luchas políticas del momento: una traducción, las más de las veces infiel, del pasado al presente del historiador. Y luego fueron los historiadores protestantes los que lograron imponernos en gran parte su tendenciosa y falsificada interpretación de la contrarreforma española, que era, una reforma también.



Recorriendo estos viejos pueblos castellanos, tan abiertos, tan espaciosos, tan llenos de un cielo lleno de luz, sobre esta tierra serena y reposada, junto a estos pequeños ríos sobrios, es como el espíritu se siente atraído por sus raíces a lo eterno de la casta.

Salamanca, abril de 1912.



EN EL ESCORIAL

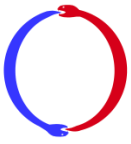


legamos a El Escorial el día de Viernes Santo por la tarde y a punto aún de ver, puesto el día, la entrada de la procesión en la soberbia iglesia del Real Monasterio. Iglesia en que lie entrado por vez primera al recordarse en ella la muerte de Cristo.

Porque aunque a alguien pueda parecerle mentira habiendo pasado tantas y tan largas temporadas en Madrid, jamás me había llegado antes a esa llamada octava maravilla, a ese monasterio que no debería haber español alguno españolizante —esto es, dotado de conciencia histórica de su españolidad— que no visita se alguna vez en su vida, como los piadosos musulmanes la Meca, y ello, aparte de sus ideas, ya sea para bendecirlo, ya para execrarlo.

Pues lo cierto es que apenas hay quien se llegue a visitar El Escorial con ánimo desprevenido y sereno, a recibir la impresión de una obra de arte, a gozar con el goce más refinado y más raro, cual es el de la contemplación del desnudo arquitectónico. Casi todos los que a ver El Escorial se llegan, van con antojeras, con prejuicios políticos o religiosos, ya en un sentido, ya en el contrario; van, más que como peregrinos del arte, como progresistas o como tradicionalistas, como católicos o como librepensadores. Van a buscar la sombra de Felipe II, mal conocido también y peor comprendido, y si no la encuentran, se la fingen.

En el tomo de las guías Baedeker dedicado a España y Portugal —y sabido es hasta qué punto estos tomos representan la ortodoxia del turismo— o como si dijésemos su escritor alemán Justi —tan conocido por su obra sobre Velázquez— hay un pasaje en que al hablar de El Escorial nos dice que es un ejemplo de lo que puede la voluntad y de lo que no puede. «La voluntad es todopoderosa, se dice —añade—; lo es en ciertos terrenos de la realidad, pero es incapaz de crear una sola obra de genio. Y es esta chispa divina lo que faltó a la empresa de Felipe II. Tuvo la desgracia de pertenecer a una época que no brillaba ni por la fuerza creadora ni por el gusto. No era, sobre todo, a propósito para crear un monumento del más elevado arte religioso. Se le impuso, pues, al conjunto, un dibujo geométrico riguroso y a la ejecución un estilo, del que exaltaron sus contemporáneos la noble sencillez y sus admiradores la majestad, pero al cual no se le reconoce hoy sino una aridez repulsiva. El procedimiento seguido por el regio director que lo prescribía todo, hasta el último detalle, su disposición sombría a quitar de los proyectos las formas que le parecían dema-



siado ricas o demasiado presuntuosas; todo esto y muchas otras circunstancias debieron paralizar el entusiasmo creador... Sin libertad, no hay ni belleza ni verdad.

«El espíritu de severa etiqueta que Felipe impuso a la corte de España y que tan deplorablemente obró sobre las fuerzas mentales de sus sucesores, revélase en su obra, que parece mirarnos con un poder de fascinación casi petrificante. El único encanto de El Escorial es formar como parte integrante del paisaje de que está rodeado, lo cual no había sido previsto por sus constructores.»

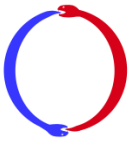
Este tan típico pasaje de Justi, en que se calumnia al Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, no menos que a su fundador, al prudente rey D. Felipe II, se le ha calumniado, es un modelo de juicio que quiere ser estético y no es sino político.

He dicho ya que nada hay tan difícil como gustar el encanto del desnudo arquitectónico. El desnudo escultórico y el pictórico, como suelen ser desnudo humano, están mucho más al alcance que el desnudo arquitectónico, y más si éste es de un templo. A mí por mi parte me ocurre que cuando veo en un edificio un adorno cuya función arquitectónica no comprendo, se me antoja que está allí para tapar una grieta o un defecto de construcción. Y al llegar a El Escorial, desde esta plateresca y en gran medida churrigueresca Salamanca, la mayor parte de cuyos edificios no pecan, ciertamente, por su sencillez y severidad, sino que están recargados de follaje, mi vista descansaba en las líneas puras y severísimas del Monasterio de El Escorial, en aquella imponente masa todo proporción y todo grandeza sin afanosidad.

Cree Justi que la época de Felipe II no fué una época de gusto, mas habría que preguntarle de qué gusto. Ciertamente que no del suyo. Pero esto del gusto es de lo más superfluo y variable que hay. Añade que no fué una época a propósito para crear un monumento del más elevado arte religioso, mas aquí habría que conocer no tanto el sentimiento estético cuanto el sentimiento religioso de Justi y de los que como él o detrás de él piensan. Lo de la aridez repulsiva merece un párrafo aparte.

Eso de hablar de la aridez repulsiva de El Escorial, como hablar de lo sombrío de su carácter, carece, en rigor, de valor estético, pues falta probar que lo árido y lo sombrío no puedan ser hermosísimos. Áridas son las pirámides de Egipto, árido es el desierto, mas yo no sé que pueda negarse inmensa hermosura a las unas y al otro. El desierto es a su modo tan hermoso como un bosque.

Es como cuando se habla del campo de Castilla, de los solemnes páramos de la Mancha y se dice que son áridos y tristes, queriendo decir con

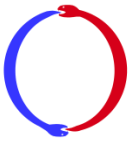


eso que son feos. Y debo confesar que a mí me produce una más honda y más fuerte impresión estética la contemplación del páramo, sobre todo a la hora de la puesta del sol, cuando lo enciende el ocaso, que uno de esos vallecitos verdes que parecen de Nacimiento de cartón. Pero en el paisaje ocurre lo que en la arquitectura: el desnudo es lo último de que se llega a gozar. Hay quien prefiere una colinita verde, llena de arbolitos de jardín, a una imponente masa de uno de los grandes gigantes rocosos de la tierra.

Saca en seguida a relucir Justi lo del carácter sombrío de Felipe II — este ya tradicional lugar común— y lo de que proscribiera lo demasiado rico y presuntuoso. Y luego viene lo consabido: lo de la libertad, la severa etiqueta de la corte de España, etc. Todo lo cual delata que en vez de un juicio estético se trata de un juicio político. Y no se olvide que Justi pertenece a la nación de Lutero, a aquellas tierras en que se llegó a llamar Felipe II el Demonio del Mediodía.

Tomad, en cambio, la estupenda *Historia de la Orden de San Jerónimo*, del P. F. José de Sigüenza, que la escribió en El Escorial y mientras éste se construía y que asistió a los últimos momentos de Felipe II. Los libros tercero y cuarto de la tercera parte de esta obra están dedicados a describir El Escorial, Y a fe que apenas se encontrará en castellano estilo que mejor convenga al del Monasterio que el estilo literario de la obra del P. Sigüenza, obra que es una especie de Escorial de nuestra literatura clásica —modelo de sencillez, de sobriedad, de majestad y de limpieza. También la obra del P. Sigüenza puede a primera vista producir un cierto efecto de monotonía y desnudez, ya que en ella se suceden los relatos de las vidas de aquellas recojidos varones jerónimos, no de otro modo que en el Monasterio se suceden las ventanas de sus celdas, todas unas a otras iguales. Pero ¡qué descanso en la lectura de esas vidas! Soy de los que han leído las 1.240 páginas en folio y de apretada letra de los dos tomos de esa historia en su edición de la Nueva biblioteca de autores españoles, que bajo la dirección de D. Marcelino Menéndez y Pelayo publica la casa Bailly Bailliere, y es continuación del Rivadeneyra, y aseguro que esa prolija lectura fué para mi espíritu un descanso tan grande como el de contemplar la masa del Monasterio desde un prado de la Herrería en que tendí mi cuerpo. ¡Raro placer en tiempos de agitación febril! Porque ni la obra del Padre Sigüenza es para hojeada deprisa o leída de viaje, acaso en un tren, ni El Escorial para contemplado de lijero y de paso. El desnudo necesita siempre tiempo, mientras que la hojarasca impresiona desde luego, aunque luego esa impresión vaya amortiguándose.

Hay que leer en el P. Sigüenza el breve relato de la batalla de San Quintín, ganada a Felipe II por el duque de Saboya contra el duque de Guisa y los franceses el día de San Lorenzo de 1554, y que fué el motivo de fundarse para la Orden de San Jerónimo el real monasterio de El Escorial. «El hazimiento de gracias de Filipo por todos estos favores —dice el

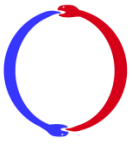


historiador jerónimo— no fué para que se rematase en un día ni siete, ni parase en solo el hombre; propuso con mucha resolución edificar un ilustrísimo templo al martyr español, que fuese tan famoso en todo el mundo como su glorioso nombre, donde de día y de noche se celebrase su memoria y se hiziessen y diessen a Dios para siempre bendición y gracias». Y sigue la descripción del monasterio, la única que haya digna de él, y acaba con su comparación con otros edificios famosos, principalmente con el templo de Salomón, que ni el P. Sigüenza ni ninguno de su tiempo ni de muchos siglos antes vió.

¡Y qué bien entendía el buen jerónimo, el del estilo severo y desnudo, la severidad y desnudez del edificio en que trabajaba! Era el estilo de la verdad, porque, «la verdad —nos dice en otra parte— ama mucho la claridad y la desnudez, y la que no es assí, no es verdad». Y él, el buen monje, gustaba de la casta desnudez, pues al hablarnos de un cuadro del Ticiano que representaba a Santa Margarita, nos dice que era «valiente figura, aunque algo corrompida una singular parte della, por el zelo indiscreto de la honestidad; echáronle una ropa falsa en un desnudo de una pierna, que fué grosera consideración». Y cosa grosera debía de parecerle echar falsos adornos sobre el desnudo de los edificios, ya que «no consiste la architectura en que sea deste orden o aquél —nos dice en otro lugar— sino que sea un cuerpo bien proporcionado, que sus partes se ayuden y respondan, aunque no sea sino unas piedras cortadas de la cantera, assentadas con arte, una encima o enfrente de otra, que vengan a hacer un todo de buenas medidas y partes que se respondan».

Alguien se ha atrevido a llamar el Escorial portugués a aquel monasterio, también de jerónimos, de Belén, cercano a Lisboa, prototipo del más hojarascoso estilo manuelino. Fué el mismo rey D. Manuel I el que ha dado nombre al estilo, el que a fines del siglo XV fundó esa casa con las riquezas que del Extremo Oriente afluían a Portugal. Y no cabe, en verdad, oposición mayor al arte escurialense. ¡Eso si que no es árido! Pero es hojarascoso y no de más fruto estético. Pues en arte como en naturaleza no da más fruto de permanente belleza lo que más hoja cría.

Hablando del cual monasterio de Belén, el P. Sigüenza en otra parte de su obra nos dice así: «Y como la arquitectura moderna está siempre adornada de follajes y de figuras y molduras y mil visajes impertinentes, y la materia era tan fuerte, labrávase mal y costaría infinito tiempo y dinero: lo que agora está hecho muestra bien lo que digo. Tiene esta fachada del mediodía mucho desto ansí en la iglesia como en el antecoro y dormitorio, que es todo mármol, y lleno de florones, morteretes, resaltos, canes, pirámides y otros mil moharrachos que no sé cómo se llaman ni el que los hazía tampoco». Y él, el buen jerónimo, acostumbrado a cantar dentro de aquel templo de El Escorial, todo robustez maciza, al hablar del templo de los Jerónimos de Belén nos dice que «es de una sola nave... y cruzero es

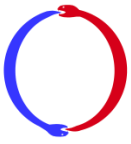


admirable de mucha grandeza, sustentado sobre unos pilares muy flacos y delgados puestos por gentileza más que por necesidad: cosa que a cualquier hombre dé buen juyzio en esto ha de ofender en viéndolo». Y añade el siguiente razonamiento de una gran profundidad en estética arquitectónica diciendo así: «Fióse el arquitecto en la fortaleza de las paredes que avían de ser poderosas a sufrir y sustentar el peso y la fuerza de la bóveda. Y quiso espantar a los que entrassen viendo como en el ayre una máquina tan grande: locura e indiscreción en buena arquitectura, porque el edificio es para asegurarme, y no que viva en él con miedo de si se me viene encima». ¡Y que a seguro y sin miedo de que se le viniese el templo encima, cantaría en el coro de aquel formidable templo de su Escorial, que siendo tan grande parece se nos achica y ciñe por gracia de sus proporciones!

Es como aquellas «pieças de mucho desenfado —de que el mismo P. Sigüenza nos habla— alegres, claras y de grandeza que aunque algunos se les ensangosta, a otros se les ensancha el alma viéndose en ellas». Y el alma se ensancha al entrar en aquella iglesia, de columnas como torres, donde nos sentimos a seguro, y donde está la grandeza tan templada y como humanizada por la proporción, que sin perderla parece la fábrica ensangostarse para ceñirse a nuestra seguridad y abrigo.

Grandeza proporcionada y desnudez, y nada de florones, morteretes, resaltas, canes, pirámides y otros mil moharrachos, cuyos nombres ni los que los hacen saben, pues no son cosas definidas y con función propia, tal es el carácter de ese edificio que repugna por su aridez a los que no se detienen lo bastante a dejarse emparar de su austero encanto.

Entra por mucho en juicios como el de Justi, lo repito, la preocupación política o religiosa. Porque no son muchos los que piensen como pensaren y aun siendo muy progresistas y muy literatos, saben ver todo lo que de intensa pasión, puesta al servicio de su causa, había en aquel Don Quijote de covachuela que fue Felipe II. Este hombre singular, preocupado de la salvación de las almas de sus súbditos, fue como dice muy bien Martín A. S. Hume en su excelente historia de España (*The spanish people, their origin, growth and influence*) en su sombrío orgullo, su mística devoción, su poderosa individualidad, la personificación del espíritu de su pueblo, fué «el primer rey verdadera mente español de toda España», identificóse con la obsesión nacional que era «una creencia en la misión especial de los españoles para extirpar la herejía». Llegaron a constituir nuestros abuelos —añade Hume— «una nación de místicos, en que cada persona sentía su propia comunión con Dios y era capaz, en consecuencia, de cualquier sacrificio, de cualquier heroísmo, de cualquier sufrimiento por esta causa». Y ese espíritu severo, desnudo y fuerte habla en las piedras de El Escorial a, quien quiere oirlo, piense éste como pensare.



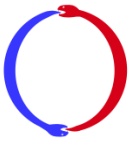
Leed en el mismo P. Sigüenza el relato de la última enfermedad y muerte de aquel Don Quijote de despacho u oficina, cuya arma fué la pluma de mandar. Oídle cuando al recibir el sacramento quédase luego con su hijo a solas y le dice: He querido que os halléis presente a este acto, para que veáis en qué pára todo. «Como en todo fué tan rey y de tan alto ánimo este príncipe parece que aun quiso reynar y enseñorearse sobre la muerte», nos dice el jerónimo. Murió con el crucifijo mismo que su padre el emperador entre las manos. Mandó al arzobispo le leyese la pasión de San Juan. Cerca de la una de la noche fué a hablarle su confesor, y él dijo a los jerónimos que le rodeaban: «Padres, decidme más que quanto más se allegava a la fuente tanto crecía más la sed». Cuan do D. Fernando de Toledo fué a darle una de las velas de nuestra señora de Monserrat, el rey le dijo: «Guardadla, que aun no es tiempo», y a las tres de la, mañana, al presentársela de nuevo «le miró riéndosele y tomándosela de la mano dixo: Dadla acá, que ya es hora».

«Las últimas palabras que pronunció y con que partió deste mundo, fué dezir como pudo, que moría como católico en la Fe y obediencia de la santa iglesia romana; y besando mil vezes su crucifijo (teníale en la una mano y en la otra la candela y delante la reliquia de San Albano por la indulgencia), se fué acabando poco a poco, de suerte que con un pequeño movimiento, dando dos o tres boqueadas, salió aquella santa alma y se fué, según lo dizen tantas pruebas, a gozar del reyno soberano. Durmió en el Señor el gran Felipe segundo, hijo del emperador Carlos quinto, en la misma casa y templo de San Lorenço, que avía edificado y casi encima de su misma sepultura, a las cinco de la mañana, cuando el alva rompía por el Oriente trayendo el sol la luz del domingo, día de luz y del Señor de la luz; y estando cantando la missa del alva los niños del seminario, la postrera que se dixo por su vida y la primera de su muerte, a treze de setiembre, en las octavas de la Natividad de nuestra señora Vigilia de la Exaltación de la Cruz, el año MDXCVIII, en el mismo día que catorce años antes avía puesto la postrera piedra de todo el quadro y fábrica de esta casa». Allí fué escrita en el real monasterio de San Lorenzo del Escorial la muerte de su fundador, por el padre fray José de Sigüenza, de la Orden de San Jerónimo, hoy extinguida, que fué de esa muerte testigo.

Salamanca, mayo de 1912.

A collection of various colored pencils is arranged in a row on the right side of the image. The pencils are in various colors including red, blue, green, yellow, purple, orange, and black. Some pencils have erasers or decorative patterns. On the left side, there is a small green leaf and a small purple object. The background is a plain white surface.

Cuentos didácticos



Pravia Arango

Texto adaptado del manuscrito aljamiado del XVII *Libro de los castigos...*, editado en números anteriores de *Oceanum*.

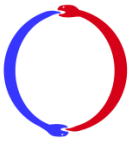
Sentencias del rey David

Cuentan que en los tiempos del rey David, la gente aplicaba la justicia como se hará el Día del Juicio Final; esto es, del siguiente modo.

Un día vino un hombre y se quejó ante el rey David de que el ganado de un vecino le había comido un campo de trigo listo para segar. El rey mandó personas al campo que lo comprobaron. Así que David mandó que le diesen al agricultor el ganado, pero el ganadero comenzó a quejarse. David, entonces, consultó con su hijo Salomón para ver si había obrado con equidad y este dijo:

—Padre, has juzgado bien. Es más, añado que el agricultor se sirva de la lana y de la leche, y que el ganadero siembre el campo de trigo y cuando esté en las mismas condiciones, que cada uno se torne con su campo y con su ganado.

David se alegró de la sentencia de Salomón y todo el mundo se maravilló.



Otro día unas vacas comieron el campo de trigo de un hombre que recurrió a la justicia de David. El rey mandó darle las vacas al dueño del trigal, pero el ganadero protestó puesto que las vacas valían mucho más que el campo. David ordenó poner al dueño de las vacas en la picota, pero la gente repuso que se trataba de un hombre honrado, a lo que el rey añadió:

—Mañana llevadlo a la fuente del valle, preparad allí una horca y ahorcadlo.

La gente creyó que el rey había enloquecido, pero lo hicieron. Cuando subieron al ganadero a la horca, este dijo:

—Por el Señor de los cielos y de la tierra, esto es justicia divina merecida porque en esta fuente maté al padre del dueño del trigal y me apropié de sus vacas. Luego las llevé a otro campo y de aquellas proceden estas.

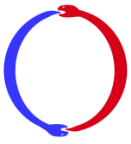
La gente quedó maravillada por el acierto de la sentencia.

Llegaron dos hombres malvados y acusaron a una mujer de aparearse con un perro. David llamó aparte a cada uno e inquirió por la apariencia del perro. Uno dijo que era blanco con manchas negras y el otro señaló que negro con manchas blancas. Así que David castigó a ambos como merecían.

Era tal la fama de David que las personas acudían a él en multitud de manera que no tenía tiempo para servir a Alá. El rey le pidió un ayudante y descendió la cadena de la verdad a Jerusalén de modo que cuando alguien se acercaba con la verdad, esta lo tocaba y cuando no la traía consigo, la cadena permanecía inmóvil. Un día un mancebo prestó cien doblas a un hombre y cuando se las fue a pedir, el deudor respondió que nada le debía. Como no llegaron a un acuerdo, acudieron a la cadena de la verdad, pero antes, el deudor cogió cien doblas, las puso en una caña y se la entregó al mancebo para que la sostuviese mientras iba ante la cadena; esta tocó al deudor. Entonces, el mancebo, ya sin la caña, se acercó a la cadena, que también lo tocó. Pasado un tiempo, cuando la cadena se dio cuenta de la maldad que había hecho, subió al cielo y nunca más se la vio.

El rey Salomón y el mancebo de la botella de vidrio

Salomón quiso saber hasta dónde llegaba el fondo del mar y lo que había allí. Así que eligió cien entre los demonios más listos y fue seleccionando hasta quedarse con dos. Mandó a uno al fondo del mar y regresó diciendo que solo había visto peces que se comían entre sí: los grandes a los chicos.



Envió al segundo, que no llegó al fondo, pues encontró a un ángel que le dijo:

—Ni tú ni nadie, excepto Alá, puede conocerlo. Hace cien años yo estaba aquí y encontré a un marinero reparando su nave afectada por un golpe de mar; pues bien, a aquel se le cayó la azuela y aún hoy no ha llegado al fondo.

Con estas palabras el demonio se alejó, pero vio una botella de vidrio que andaba a merced de las olas sin deterioro alguno. El demonio volvió a Salomón y le contó lo acaecido con el ángel y con la botella. Al oírlo, Salomón envió a cien genios por la botella. La encontraron y se la llevaron. Dentro, había un muchacho vestido de blanco.

—¿Eres ángel, genio u hombre? —preguntó Salomón.

—Hombre —respondió el mancebo.

Salomón lo invitó a salir de la botella. Accedió y contó que cuando sus padres habían sido viejos, los había cuidado, lavado y limpiado como habían hecho ellos consigo. En un tiempo dado, sus padres habían muerto y entonces el hombre había pedido a Alá que lo apartase del mundo para no pecar con vicios y apetitos terrenales. Ante la petición, Alá había enviado a dos ángeles que lo habían puesto en la botella. De esto hacía ya veintisiete años.

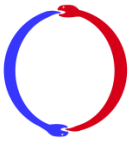
Salomón quiso saber cómo se alimentaba. El mancebo contó:

—Cada mañana un ave me trae una vianda blanca que sacia mi sed y apetito. Sé cuándo es de día y de noche por esta rendija que se vuelve blanca o negra según el momento del día.

Salomón invitó al mancebo a quedarse con él, pero este rehusó porque prefería esperar a la justicia de Alá en la botella, así que los genios lo devolvieron al mar.

Alí, Fátima y la limosna

En una ocasión Alá puso a prueba a Alí y Fátima. Sus hijos estaban enfermos y Fátima propuso a Alí hacer tres días de ayuno para que Alá los sanase. Así lo hicieron. A la mañana siguiente comenzaron a ayunar. Ya por la noche, Alí llegó con un cuenco de sopa para cenar cuando un pobre llamó a la puerta y les pidió algo de comer pues llevaba dos días sin hacerlo. Alí le dio el cuenco. A la mañana siguiente, apareció otro pobre que pidió comida a Alí que se la dio porque llevaba tres días de ayuno. Al tercer



día, con la mesa preparada, llegó otro pobre pidiendo comida que llevaba cuatro días de ayuno. Al día siguiente, Fátima mandó a Alí al mercado para que vendiese la colcha de la cama y comprase algo pues el hambre resultaba insoportable. Alí vendió la cubierta por cinco dírham de plata, pero de regreso encontró a un hombre que pedía ayuda para su mujer e hijos y Alí le entregó los dírham. En casa, cuando Fátima le preguntó qué traía para comer, Alí le contó lo sucedido.

—¿No podrías haberte quedado con dos monedas? —sugirió Fátima.

Alí repuso que no se le había ocurrido. Al rato, este salió de nuevo y se topó con otro hombre, que iba a vender una hermosa camella. Aunque Alí no tenía nada, el vendedor se la fio y después de regatear, fijaron el precio en cien doblas. De regreso a casa, Alí se encontró con un árabe que le compró el animal por ciento diez doblas. Tras esto, buscó al vendedor de la camella para devolverle las doblas, mas no lo encontró. En ese momento el mensajero de Alá lo llamó y le dijo:

—Alá te ha probado y ha visto que eres de los sufridores. Quienes te pidieron limosna eran cuatro ángeles que constataron que has cumplido humildemente. También eran ángeles el hombre con mujer e hijos, el vendedor de la camella y el comprador del animal. Ahora tienes ciento diez doblas para ti y no debes nada a nadie.

Variantes del cuento de la limosna

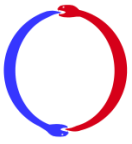
Había una mujer que repartió un día ciento cincuenta mil dírham a los pobres y por la tarde mandó a una criada a que saliese a buscar algo para la cena.

—Válgame Alá, señora, ¿no podía haberse quedado con cuatro o seis monedas para comprar carne para la cena?

—Calla, doncella —respondió la mujer—, no me angusties, que no me he acordado de mí.

* * *

A un muchacho le dieron como limosna una bolsa de dírham de plata y los repartió entre los pobres. A la tarde se acercó a la orilla del río para buscar qué comer y se encontró con un caballero que llevaba su montura a abrevar. Al comenzar el diálogo, el caballero se sorprendió de que el chico buscase qué cenar pues lo recordaba de la mañana y se había fijado en que repartía monedas; por tanto, le preguntó:



—¿Por qué no has guardado alguna para cenar?

—Porque no pensé que llegaría este momento —respondió el mancebo.

* * *

Cuentan que salió un día una mujer a las afueras de la ciudad y llevaba un niño y un pedazo de pan. Entonces se topó con un lobo que le arrebató al niño. La mujer echó a correr y encontró a un pobre a quien dio el mendrugo como limosna. En ese instante el lobo soltó a la criatura y la mujer cogió al niño sin heridas, pues la limosna del pan había logrado que Alá lo protegiese.

Un hombre que desobedecía a Alá estaba sentado a las puertas de la villa y vio que una mujer salió a las afueras, se puso encima de un animal muerto, sacó un puñal de la manga y cortó un pedazo de carne y después se fue a casa. El hombre, intrigado por lo que había visto, llamó a la puerta de la mujer. Ella le preguntó qué deseaba, a lo que el hombre respondió que quería saber la verdad sobre aquel trozo de carne que había cortado. La mujer contó:

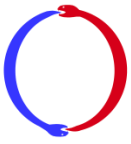
—Tengo tres hijas que no han comido en tres días. Me puse a pensar y temí que, si pedía limosna a los vecinos, al día siguiente me la reclamarían. Pensando estas cosas llegué a la puerta de la villa, vi el animal muerto y corté un pedazo. Luego lo puse a cocer con la esperanza de que Alá me lo perdonase.

El hombre fue a su casa, cogió cien dírham y se los dio a la mujer. Además, le rogó que mantuviese la limosna en secreto. Pasado un tiempo, el hombre murió y en ese momento se oyeron voces de ángeles, también su cuerpo olía a almizcle. De este modo fue enterrado con gran galardón por parte de Alá.

El devoto tentado

En otro tiempo había un religioso que vivía en la montaña de la ciudad y era tan puro en el servicio de Alá que el rey lo visitaba cada día. Al lado de la vivienda el religioso tenía una fuente que le proveía del agua necesaria. Una noche fría, llamó a la puerta de la vivienda una mujer desnuda y el religioso, desde dentro, preguntó quién era. Ella respondió:

—Soy una pobre mujer que ando perdida en esta montaña oscura. Ábreme, en favor de Alá, tu Señor y el mío.



Él se apiadó y le abrió. Ella entró y pidió que encendiese el fuego para calentarse. Así se hizo. Entonces el hombre vio a la mujer desnuda, que era muy hermosa.

—Pero, mujer, ¿no ves que no puedes andar desnuda delante de mí?
—se quejó el buen hombre.

Y ella replicó:

—No tienes salida. Esta noche yacerás aquí conmigo.
—¿No sabes que los fuegos del Infierno son horribles? —replicó él.

No obstante, la mujer insistió en que yaciesen juntos, pues Alá era piadoso y sabría perdonarlo. El ermitaño propuso:

—Voy a poner un dedo en este fuego. Si lo puedo soportar, también podré sufrir el fuego del Infierno.

Así lo hizo, pero en ese momento Alá envió un ángel para que le quemase la mano. La mujer, al ver la paciencia del ermitaño, profirió un grito desgarrador y cayó muerta al suelo. Entonces el religioso vendó su mano, cubrió a la mujer con su túnica y continuó con sus quehaceres al servicio de Alá. A la mañana siguiente, el diablo, bajo la apariencia de un anciano, fue a la ciudad y se presentó ante el rey diciendo:

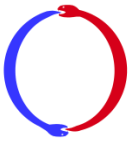
—¡Qué maldad más grande ha cometido el religioso de la montaña anoche!

El rey quiso saber lo acaecido y el anciano contó:

—El caso es que llegó a la ermita una mujer extraviada y el religioso la acogió y yació con ella, pero no contento con eso, la mató y allí la tiene.

El rey, horrorizado, partió con sus caballeros a la montaña y allí encontraron a la mujer muerta. A continuación, trajeron el cadáver y al religioso a la ciudad. Este no dejaba de declararse inocente; no obstante, el rey ordenó que lo apresasen, lo paseasen metido en una tina por las calles y lo matasen. Muerto el religioso, la mujer resucitó por obra de Alá y dijo:

—Qué maldad más horrorosa habéis hecho con la muerte de este hombre que no tenía culpa de nada porque incluso me rechazó por temor a Alá. Hasta puso la mano en el fuego y se la quemó como podéis comprobar. El sufrimiento del hombre era tal que grité y caí muerta de horror. Luego, él vendó su mano, me cubrió con la túnica y siguió al servicio del Único. Ahora ya está en el Paraíso casado con cincuenta huríes. Vosotros asumiréis el pecado por dejaros guiar por el diablo maldito.



Dicho esto, la mujer tornó a quedarse muerta y todos permanecieron tristes y pensativos.

El devoto tentado (variante)

Entre los de Bani Israel había un hombre que sirvió a Alá durante setenta años sin apartarse ni el pestañeo de un ojo. Junto a este había otro que era el peor hombre de todos. Un día pasó por la puerta de la casa del hombre malo un muchacho que iba a la Guerra Santa y le pidió algún arma. Tras la negativa del primer momento, el malvado lo mandó esperar y le entregó una espada. En ese momento, Alá lo perdonó por su buena obra.

Pasó el tiempo y un día el devoto de Alá durante setenta años caminó por delante de la casa del hombre que regaló la espada. El devoto iba acompañado de Jesús, que sugirió que lo saludasen, pero, aunque le insistió en que era un mandato de Alá que ya lo había perdonado por una buena obra, este se negó y dijo:

—He servido a Alá setenta años y no lo he desobedecido en nada y ¿tengo que saludar a este que no ha hecho sino el mal desde que nació? De ninguna manera.

En ese momento Alá reveló a Jesús que el sitio que le tenía reservado en el Paraíso al devoto se lo había cambiado para el hombre que había regalado la espada, y el devoto ya tenía lugar en el Infierno por no haber cumplido su mandato. Así ocurrió. Cuando murió quien había servido a Alá durante setenta años fue al fuego del Infierno por su menosprecio.

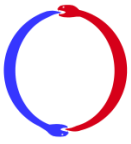
Moisés pide agua

Salió Moisés con mucha gente a pedir agua, pero Alá no se la daba. En esto que oyó una voz:

—Moisés, echa a un murmurador que está entre vosotros y te concederé agua.

—Señálamelo, mi Señor.

—Si lo hago, también seré murmurador. Separa a los buenos, que estos me rueguen y me apiadaré de todos.



Moisés se sentó en una piedra y fue llamando uno a uno para que le contasen sus pecados. Resultó que todos tenían muchos. Cuando hubo terminado, Moisés se percató de que un viejo tuerto no había acudido a su presencia, por lo que lo llamó y le preguntó por qué no se había presentado.

—Soy tuerto, las gentes me rehúyen porque les doy mala suerte. Por eso no he venido ante ti.

En ese momento Moisés lo inquirió por sus pecados y el viejo le confesó que una vez que pasaba una novia y su ojo izquierdo se distrajo en mirarla puso el cuchillo en la cuenca del ojo, lo sacó y dio una vuelta por la ciudad con el ojo en el cuchillo. Este era su único pecado.

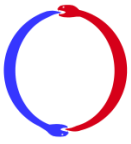
—Pues solo tú eres digno de rogar a Alá —sentenció Moisés.

El viejo se puso a orar y Moisés se acercó a sus compañeros, que le preguntaron por qué no rezaba. Él les comentó que también era pecador, por lo que solo el tuerto era digno y limpio. Alá oyó la oración y les envió tanta agua como necesitaban en aquella tierra y en todo el reino del faraón.

El mercader y el sueño del marinero

Había un mercader muy rico que no pagaba sus diezmos e impuestos. Este envió a un criado a una lejana ciudad para que comprase mercancías y le dio diez mil doblas. Como el sitio estaba allende el mar, el criado se embarcó. En el barco, comenzó a pasear por la cubierta de la nave con la caja de las monedas en las manos con tan mala suerte que resbaló y cayó al mar. Los marineros lo rescataron, pero no consiguieron lo mismo con la caja. El criado, una vez en tierra, como temía la reacción del mercader, escapó sin decirle nada.

El mar arrojó a la orilla la caja de las doblas. Un marinero la encontró y empezó a buscar al dueño del dinero, pero en ese momento el marinero se quedó dormido por deseo de Alá que le mostró en sueños a un hombre muy hermoso que se le presentó como mensajero de Alá y le comunicó que el Único deseaba que repartiese el dinero entre los pobres como limosna de un mercader muy rico que no había pagado sus impuestos hacía muchos años. También le reveló que Alá lo había enviado para que la caja se cayese al mar y no la encontrase nadie más que él. Acto seguido, le contó cómo los pecados de este mercader se limpiarían por obra de una mujer muy buena. En efecto, le desveló que había una buena mujer que tenía una hija muy hermosa que deseaba casarse con el más fuerte de los vecinos, pero ambos eran muy pobres. Como madre e hija eran vecinas del mercader deudor, este se asomó a la ventana durante varias noches y vio a



la doncella y al mancebo, cada uno a un lado de la puerta de la casa llorando de deseo. La madre también los veía y los animaba diciendo: *Vuestro Señor Alá os dará tesoros porque a quien os ayude le hará un lugar en el Paraíso.* Al oír esto decidió ayudar a la pareja y para ello entró en su casa y cogió todo lo necesario para la boda: vestidos y dírhams para la ofrenda. Entonces llamaron a otros vecinos como testigos del casamiento y se celebraron las nupcias. La madre de la novia bendijo al mercader y le pidió a Alá que lo llevase al Paraíso, petición que Él recibió con agrado. En ese momento Alá me envió para que echase las monedas al mar y llegasen a los pobres por medio de tu mano.

El marinero se despertó asustado y pensativo a causa del sueño que se repitió tres veces. Decidió buscar al mercader para contarle la historia y para ello envió un mensajero al rico comerciante, que lo puso al día. En este punto, el comerciante loó a Alá y le comentó al mensajero que lo sucedido en el sueño del marinero se había cumplido sin faltar ni una letra y que Alá le había perdonado sus pecados y también a la madre de la doncella por creyente y piadosa. Cuando el marinero estuvo enterado de lo anterior, repartió las doblas a los pobres, pidió perdón a Alá y prometió cumplir todos sus mandamientos.

El mercader (variante)

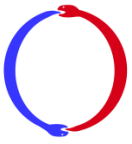
Murió un hombre en una ciudad y fueron a cavarle la fosa, pero al apartar la tierra, surgió una culebra de fuego. Consultaron, pues, al alfaquí, que les dijo que en todas partes ocurriría esto. Llamaron a la mujer y le preguntaron por el oficio del marido, ella dijo que era mercader de trigo y cuando molía, echaba las sobras en la harina que vendía. Entonces todos entendieron lo sucedido.

Mahoma y el muchacho

El profeta Mahoma salió una vez con su gente y encontró a un chico que llevaba una torta de pan y una alcuza de agua. Los acompañantes del profeta se dispusieron a comer y dijeron:

- Chico, ¿nos das el agua y el pan para que podamos beber y comer?
- Sí, de muy buena gana —repuso el muchacho.

Cuando hubieron acabado, Mahoma le dijo si quería acompañarlos, el chico aceptó y lo esperaron mientras el mancebo se despedía de sus padres, pero el padre le denegó el permiso de irse con el profeta aduciendo



que se trataba de un mal hombre y un gran hechicero. El muchacho, entonces, dijo a su padre que estaba equivocado, pues era un hombre bueno de palabra y obra y que se iba con él. Así, el adolescente dejó su casa. Cuando llegó donde Mahoma, este le preguntó por el permiso paterno y el chico contó la verdad. Mahoma preguntó:

—¿Quieres volver con tu padre, ir conmigo o morir e irte al Paraíso?
—Morir e ir al Paraíso —afirmó el chico.

El profeta rogó a Alá para que recibiese el alma del muchacho y lo llevase al Paraíso. Y así sucedió.

Otro muchacho (variante del cuento anterior)

Unos padres tenían un hijo único. Lo casaron y le dieron muchos bienes. El muchacho comenzó a repartir limosna y a hacer obras buenas de modo que sus padres temieron que no le quedaría nada y fueron a consultar al califa. Los padres le dijeron:

—Te rogamos que llames a nuestro hijo y le digas que pare de gastar, pues se va a quedar sin nada y nos traerá gran daño.

El califa llamó al chico.

—Muchacho —dijo—, me maravillo de que siendo tan joven gastes de esa manera tus bienes con los pobres. No puedes dar y tener. Piensa que aún te queda mucha vida.

—Señor califa —respondió el mancebo—, si tuvieses la intención de irte de esta tierra a las tierras de Yemen, ¿qué harías con tus bienes y tu casa?

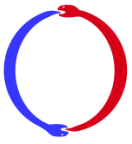
—No dejaría nada y me llevaría hasta los clavos de las paredes —repuso el califa.

—Pues mi voluntad es irme al otro mundo por lo que no tengo ninguna excusa, y no quiero llevarme mis bienes, ni siquiera los clavos de las paredes.

El califa no supo responderle.

El rey devoto

Cuentan que en tiempos pasados había un rey viejo que dejó preñada a su mujer. El niño creció y el padre, para agasajarlo, organizó una cacería. En



el monte, salió al paso del séquito real un venado, estos comenzaron a perseguir la pieza de tal manera que el rey quedó solo y oyó una voz que le dijo:

—¿No te das cuenta de que eres viejo y el tiempo se te va en deleites y placeres mundanos? Deja el mundo y estarás a salvo del fuego del Infierno porque si continúas así, estarás perdido para la otra vida.

El rey quedó tan turbado que cuando regresaron sus hombres y le dijeron que habían cobrado la pieza, les dijo:

—No voy a regresar, id vosotros a la ciudad. Os encomiendo a mi hijo, a mi mujer y mi reino. Voy a estar al servicio de Alá el resto de mi vida.

Sus hombres intentaron disuadirlo, pero se mantuvo firme; por tanto, le hicieron una capa con la manta de su caballo y el rey se despidió de todos hasta el Día del Juicio Final. Empezó a caminar y en su viaje encontró a otro hombre y se dirigieron juntos a la ciudad. En una calle enlodada se encontraron con un caballero que iba con su séquito, por lo que los dos hombres se arrimaron a la pared para que pasasen; no obstante, al caballero se le enlodó el borceguí y la chinela. Airado, dijo:

—En mala hora has venido, don salvaje, ¿por qué me has ensuciado el pie?

A continuación, el caballero abofeteó al rey devoto, que respondió:

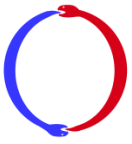
—Dadle a este cuerpo vil, que merece aún más porque no quería dejar esta vida terrenal para ponerse al servicio de Alá.

Cuando el caballero avanzó dos pasos, Alá lo castigó convirtiéndolo en mármol. El compañero le comentó:

—Seguro que Alá ha oído tu maldición al caballero y por eso lo ha petrificado.

—No —señaló el rey devoto—, no he maldecido a nadie, pero Alá cuida de sus siervos.

Pasados veinte años, el hijo del rey devoto peregrinó a La Meca, donde se hallaba también su padre, pero este no quiso verlo por temor a que el amor a su hijo lo apartase del servicio de Alá.



El religioso y el león

Otro día estaba un religioso en la montaña sirviendo a Alá y salió un cazador detrás de una gacela, pero tras el hombre iba un león que lo alcanzó y lo mató. Esto ocurrió con varios hombres más, de modo que el religioso rogó a Alá que le aclarase lo sucedido. En ese momento el Único dio la palabra al león:

—La gacela es el mundo, los cazadores son los hombres que están muy embebidos en los asuntos terrenales y yo soy el Ángel de la Muerte que los he alcanzado.

El optimista y el pesimista

Dos jóvenes se alejaron de la ciudad a una montaña para servir a Alá. Allí estuvieron mucho tiempo hasta que un día decidieron volver para ver cómo estaba. Llegaron a las puertas y se hallaron con jugadores de bolos y otras diversiones. Entraron y encontraron mucha gente jugando con tableros, damas, cartas y otros placeres. Visto aquello, decidieron regresar a la montaña. Allí uno empezó a llorar amargamente y el otro, a reír a carcajadas.

—¿Por qué lloras? —dijo el que reía.

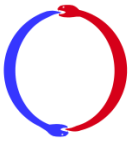
—Por dolor de aquella gente, pues cuando mueran, dónde irán sus almas. ¿Tú por qué ríes?

—Porque Alá no me ha creado como ellos y me ha puesto en el camino de los buenos.

El hijo borracho

Cuenta Malik Dinar este gran ejemplo. Un año peregriné a La Meca y cuando hube acabado y visitado la tumba de Mahoma, quería volver a Basora, pero se hizo de noche y dormí en una casa. Cuando dormía oí una voz que dijo: *Alá perdona a todos los que hayan peregrinado, excepto a Abd al-Rahman, pues Alá está muy enfadado con él.* Me desperté espantado y con amargura y me propuse no abandonar La Meca hasta conocer la historia de Abd al-Rahman porque, tal vez, yo pudiera ayudar a su perdón.

Así que me acerqué a las puertas de la ciudad y allí encontré gente a quien pregunté si conocían a Abd al-Rahman, a lo que respondieron que sí, que era un buen servidor de Alá, ayunaba y daba limosna como el que más y que estaba en tal lugar.



Fui donde me indicaron. En el lugar hallé un muchacho con las manos atadas al cuello que gritaba: *Este es el galardón para el que desobedece a su padre y a su madre. Mi destino será el fuego del Infierno. Y lloraba amargamente mientras lo decía. Entonces lo saludé, me devolvió el saludo y me llamó por mi nombre, Malik Dinar. Sorprendido, quise saber cómo sabía mi nombre, a lo que me comentó que había tenido un sueño premonitorio donde salía mi nombre. Quise saber más del sueño, pues pensé que tendría algo maravilloso y hete aquí lo contado.*

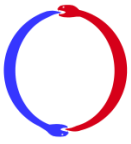
Yo era un muchacho bebedor de vino, desobediente con mis padres e incumplidor con las oraciones. En uno de esos años de perdición, en Ramadán, mi piadosa madre preguntó a mi padre por mí. Este le dijo que yo estaba borracho como de costumbre de modo que no me enteraba de las cosas, entonces mi madre dijo a mi padre que me llevase ante ella. Así que mi progenitor se sentó a la cabecera de mi cama y me conminó a arrepentirme de mi pecado de ebriedad y a pedir perdón pues, además, estábamos en Ramadán, un mes propicio para el arrepentimiento y el perdón. Insistió mucho en que me levantase, me limpiase, orase y pidiese perdón, pero yo me negué y le pedí que se marchase. Volvió a insistir tanto que le di una bofetada tan fuerte que cayó al suelo y empezó a llorar diciendo que la luz de Alá había desaparecido de mi cara y que a la hora de la muerte no podría decir: *No hay dios sino Alá y Mahoma es el enviado de Alá.*

Mi padre regresó donde mi madre y le contó todo lo acaecido. Por la mañana, cuando el mancebo estaba sobrio, mi madre me recriminó el comportamiento y me recordó mi terrible pecado. En ese momento puse todo al servicio de Alá, dejé el vino y me alejé de los placeres y di limosna. Salí huyendo de mi casa. De esto hace veinte años; ruego a Alá a todas horas, pero Él no ha recibido mi arrepentimiento. Desde aquello, cada año viene un muchacho que dice: *Alégrese todos cuantos están en La Meca y han peregrinado, pues Alá los ha perdonado a todos, excepto a Abd al-Rahman, pues el Único está sañudo y airado con él.*

Cuando escuché su historia lamenté su mala suerte si su padre se hallase muerto y la buena si estuviese vivo. Él dijo:

—Malik Dinar, mi padre está vivo en tal lugar. Hace veinte años que vive allí.

Fui donde me había señalado el chico y encontré una cabaña y un viejo con muchos años, pero que aún conservaba la luz y la hermosura de sus ojos. Cuando nos saludamos, conocía mi nombre, pues la noche anterior, en un sueño premonitorio, Mahoma le había desvelado que por la mañana saludaría a un amigo de Alá de nombre Malik Dinar. Me preguntó si iba por el asunto de Abd al-Rahman, asentí y lo animé a que lo perdonase



para que Alá también lo hiciera. Cuando estábamos en esto, vino un hombre que nos comunicó que Abd al-Rahman ya estaba con la beodez de la muerte.

El padre y yo salimos hacia el mancebo y lo encontramos con la cara ennegrecida y vuelta hacia Oriente; este ya no podía hablar. Le dije:

—Abd al-Rahman, di: *No hay dios sino Alá y Mahoma es el enviado de dios.*

El mancebo no habló. Entonces dije a su padre:

—Habla a tu hijo porque si muere así, lo hará fuera del Islam.

—Mi querido hijo —señaló el padre—, di: *No hay dios sino Alá y Mahoma es el enviado.*

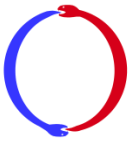
Y yo añadí:

—Mira a tu padre que viene, te perdona y se alegra de ti. Di: *No hay dios sino Alá y Mahoma es su enviado.*

Entonces el mancebo dijo las palabras y Alá blanqueó su cara. Volvió la cabeza hacia su padre y hacia mí y le pregunté por qué no había pronunciado las palabras la primera vez que yo se la había pedido. El mancebo contó:

—En el momento en que hablaste por primera vez, bajó un ángel con una porra de hierro en la mano y me amenazó con pegarme si decía algo, pero cuando tuve el perdón de mi padre, bajó otro ángel con ropaje blanco, puso su mano en mi cara y me animó a decir las palabras. El ángel me contó además que tenía el perdón de Alá. Por eso las pronuncié.

Murió el mancebo y fue bañado, amortajado y enterrado, Alá se apiade de él y de todos nosotros. Llor a Alá, Señor de todas las cosas.



Moisés pastor

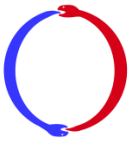
Un día Moisés estaba pastoreando su ganado en un valle con muchos lobos cuando sintió un sueño tan pesado que se encomendó a Alá, dejó el ganado y se echó a dormir. Cuando despertó, vio que no faltaba ninguna res y un lobo tenía un cayado en el cuello y estaba acostado al lado del rebaño. Moisés pensó: *Lo que Alá quiere guardar es guardado y lo que quiere dañar es dañado, pues Él es poderoso sobre todas las cosas.*



Nuevos horizontes

Emaús

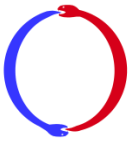




Osvaldo Becker

No sin dudar, de pronto, cerró la puerta de madera con tal vehemencia que nos hizo asustar a todos los que estábamos adentro (nos cagamos en las patas con el ruidazo) sentados en las sillas, en el sofá e incluso en el piso de cerámicas blancas mientras mirábamos videos musicales y comíamos *snacks* y panchitos. Jamás, y esto es algo que realmente puedo asegurarlo hoy con una mano en el corazón, hubiéramos imaginado ni por un instante que esa sería la última vez que lo veríamos.

Lo conocimos en la escuela secundaria, en el último año, en quinto, retraído, solo, sentado en su banco bien en el fondo del aula descascarada. Sobresalía de su asiento: la imagen incluso resultaba tierna. Era, apodo ineludible, “el nuevo”. Venía de muy lejos, de El Palomar. Eso estaba a una hora de colectivo más o menos. Es el día de hoy que jamás fui a esa localidad. Era muy alto y parecía no importarle nada: su mirada destilaba un dejo bucólico, como esas vacas a la vera de la ruta. Poco a poco, con el correr de las semanas, fuimos averiguando quién era Federico, Federico José, Federico José Aranguren, y a la vez fue haciéndose más sociable con todos nosotros que, si bien no éramos el símbolo de la fraternidad universal, sí poseíamos ya, a fuerza de años y años, un lazo de compañerismo, bastante endeble por cierto. ¿Íbamos a aceptar que se incorporara a nuestro círculo?



Finalmente, y menos por nobleza que por una suerte de diversión, lo incorporamos a nuestro círculo, pero lo hicimos condenándolo a esa pátina del que viene de afuera, el foráneo, del que no pertenece a la íntima cofradía desde un primer momento.

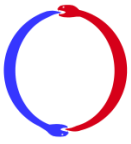
Su nombre era Federico y se enojó con todos nosotros y por eso se fue, dando un portazo que a un par de chicas les hicieron gritar “oh” o “ah”. Nosotros no pensábamos que era para tanto un leve comentario sobre su forma de comer. A lo largo de la noche su nombre monopolizó nuestra charla matizada de asombro y de alguna que otra risa que quiso ser balsámica, neutralizadora de un clima que se había vuelto tenso.

Federico era de otra clase social. Ya su apellido rimbombante y su modo de hablar lo denunciaban. No se comía ninguna ese, ejercía el dominio de la ye pastosa y mostraba un léxico que de tanto en tanto desencadenaba en nosotros un rictus de ignorancia. La frutilla del postre: era *rugbier*. Lo más cerca de ese deporte en nuestro caso era haber visto algún fragmento de un partido por la televisión.

Antes de pegar el portazo nos puteó en todos los colores. No era bueno para decir palabrotas Federico. De todos modos, no reparamos en eso, sino en su cara transfigurada, un gesto que nunca habíamos visto en él. Estiró la boca para uno y otro lado y se le tensó el cuello mientras, por ejemplo, me decía a mí que me fuera a la recalcada concha de mi abuela, o, mientras, para dar otro ejemplo, le decía conchuda a Laura. Justamente a Laurita, que siempre lo trató como queriendo traducir sus reales intenciones de las que todos ya nos percatábamos hacía meses.

Si bien tomaba colectivos, todos los días que nos despedíamos después de salir del colegio, sabíamos que una vez llegado a su casa, su panorama se trastocaba en piscina, mucama y parque immaculado que rodeaba un caserón lujoso con artefactos que nosotros ni siquiera sabíamos que existían. Lo notábamos en su ropa, que era muy distinta a la nuestra. Todas sus prendas y su calzado tenían las etiquetas de las marcas caras que nosotros solamente veíamos en los negocios del *shopping*, la ñata contra el vidrio.

Cuando nos gritó que nos fuéramos a la mismísima mierda, yo llegué a advertir una lagrimita al lado de su ojo derecho. Claro, podríamos ahora decir que estaba muy envalentonado por la circunstancia, pero yo creo que esa lagrimita muy bien estaba diciendo “Yo no quiero saber nada con lo que estoy haciendo: yo solamente les estoy gritando porque estoy pasando por un infierno y bueno, me estoy descargando con ustedes”. Así y todo, no creo que esa haya sido una fiel traducción porque desde esa noche no le vimos nunca más el pelo.



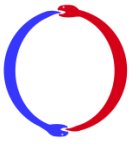
Federico tenía mucha facha. No lo envidiábamos porque sabíamos que directamente jamás íbamos a poder llegar a la suela de sus zapatos, así que cualquier tarea de amilanarlo iba a resultar muy poco fructífera, incluso patética. Con los días, las semanas, se convirtió en nuestro centro permanente de atención. A todas las chicas las tenía cautivadas, pero igualmente no nos daba celos eso.

Dije que no sin dudar, porque cuando se incorporó ya lo hizo con un algo de violencia. De hecho, escupió en el piso como símbolo de desprecio hacia todos nosotros que hicimos de inmediato un silencio de sepulcro. Agarró su mochila, también con bronca y se dirigió hacia la puerta con pasos seguros, fuertes, desde su altura implacable. Nos miró de a uno, pero lo hizo en un barrido que duró pocos segundos. Todos nos vimos cohibidos. Luego diríamos que pensábamos lo peor, porque nunca lo habíamos visto encolerizarse de esa manera. En realidad nunca lo habíamos visto encolerizarse por nada. Y eso que estábamos al tanto de sus estados de ánimo todo el tiempo. Quizás, por alguna infidencia estúpida y mínima, de la que jamás me percaté, que pulverizó el sentido de los secretos, se enteró de que su mamá quedó enganchada conmigo desde aquella primera vez que me acosté con ella. O quizás su propia madre se lo haya confesado tras vivir angustiada desde la noche que le dije que nunca más iba a tener relaciones sexuales con ella. Eso es algo que evidentemente nunca voy a saber.

Federico era un tipo fachero, rico y entrador: ¿qué más se podía pedir a la vida para un adolescente con acné? El tipo de chabón al que cualquier ropa le quedaba bien por más que se pusiera una chomba de tela arpillera: seguramente cualquiera habría dicho que marcaría tendencia con una creación tan “rústica”. Una vez me di cuenta de que tenía puestas unas zapatillas con las que yo soñaba vanamente porque jamás mis viejos iban a poder comprármelas. Bueno, al día siguiente llevó otro par de ese mismo modelo de zapatillas, pero en otro color. Me parece que nunca más vamos a ver un espécimen como él en nuestro círculo, en nuestra cofradía miserable. Muchas veces caminamos cuarenta o cincuenta cuadras porque no tenemos guita para el bondi. En cambio, supimos que en más de una oportunidad un auto de vidrios polarizados venía a buscarlo a la puerta de la escuela, una escuela pública adonde él vino a parar y cuyo motivo siempre ignoramos. Una vez nos dijo algo sobre que se había peleado con no sé quién en el Emaús. Cuando sonó el portazo, me asusté, pero por un instante me do-lió hipotetizar que ya no lo iba a volver a ver. La deriva de la charla nocturna no impediría que pensara en Federico una y otra vez.

El concurso de calabazas





Ginés J. Vera

A Andrea Melamud, por su impagable labor, mes tras mes. Gracias.

A Edgar Allan Poe, por abrirme la puerta a las letras; gracias, maestro.

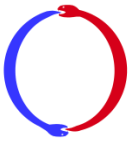
Una buena novela es cualquier novela que le hace a uno pensar o sentir. Tiene que meter el cuchillo entre junturas del cuero con el que la mayoría de nosotros estamos recubiertos.

Virginia Woolf



Como cada año, al llegar Halloween, mi familia me pregunta por qué no me gusta celebrar ese día y, lo que es más grave, por qué odio las calabazas. Nunca hasta hoy les he contado la razón, pero mis hijos son ya mayores, así que he decidido hacerlo, aunque presumo que no van a creerme.

Me crie en un pueblo del Medio Oeste, famoso por su feria de la cosecha en otoño y su concurso regional de calabazas. Esos días, llegaban granjeros de todos los condados cercanos con sus enormes calabazas para competir por el primer premio. La rivalidad durante los últimos años había estado entre un granjero de Miskatonic y la viuda Eudora. En realidad, no recuerdo que nadie la llamase Eudora. Los muchachos la llamábamos la bruja de las calabazas o, simplemente, la bruja. No solo por su aspecto arisco, de anciana de cuento; también por los rumores que circulaban sobre ella. Vivía a las afueras de nuestro pueblo, en una casona con un gran patio trasero, rodeado por una alta empalizada de madera. Además de cultivar calabazas, al parecer, vivían un montón de gatos, descarriados, recogidos por ella, decían. Lo cierto es que armaban un escándalo terrible con sus maullidos cada vez que estábamos cerca. En verano, nos gustaba ir al río,

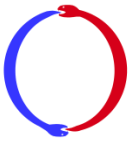


en bicicleta, por el sendero pasada la propiedad de aquella mujer. Todo y que cuando terminaban las vacaciones, merodeábamos por los alrededores de la casa buscando un orificio o una grieta en la empalizada para comprobar si eran ciertos los rumores.

Mi amigo Otis y yo pedaleábamos despacio subiendo la cuesta, dejábamos con cuidado las bicicletas y tratábamos de descubrir si, otro año más, la bruja ganaría el concurso. Llegué a sentir cierta simpatía por el granjero de Miskatonic, lo veíamos llegar con su camioneta y descargar su enorme calabaza ante la expectación popular. Anunciaba medio en broma que ese sería el año en que se llevaría el premio. Más tarde, como si su olfato se lo advirtiera, Eudora arrastraba de la parte trasera de su carromato una calabaza aún más grande y rojiza. Se limitaba a subir al estrado en la plaza, mirando con asco a quienes se le acercaban demasiado. Apenas pronunciaba palabra, recogía el premio de manos del alcalde y se marchaba entre tímidos aplausos. Después, el granjero de Miskatonic anunciaba cada año que donaba su calabaza a los organizadores de la feria. Lo cual suponía calabaza asada hasta reventar y una gran fiesta, sobre todo, a la hora de cortarla en dos.

Las calabazas de la bruja no eran comestibles; o eso decían los rumores, pues tal como las traía, volvía a empujarlas rodando al fondo de su carromato. También se rumoreaba que con las calabazas preparaba un brebaje que le confería la fuerza y la longevidad. No era muy normal, decían, que a su edad pudiese cargar y descargar ella sola calabazas tan enormes. Por más que Otis y yo tratamos de averiguar el misterio, cada otoño, solo llegamos a escuchar maullar a los gatos al otro lado de la empalizada. Hasta aquel año terrible.

Por culpa de un rayo que cayó en el colegio, las clases se hubieron de retrasar. Otis propuso a los de la pandilla acercarnos a la casa de la bruja. Cuando llegamos, los gatos empezaron a maullar. Aunque teníamos miedo, uno de los chicos insistió en asomarse por encima de la empalizada, ayudado por Otis, sujetándolo mientras aquel se alzaba. Le preguntamos qué veía, cuando una de las tablas se quebró y Otis resbaló medio cayendo al interior. Comenzó a gritar que le sacásemos de allí, protegiéndose la cara. Los gatos, enloquecidos, trataban de atacarlo. En realidad, se afanaban por escapar saltando sobre él. «¡La bruja, la bruja!», gritó alguien, al verla asomarse al porche con una escopeta. La oímos bramar que abandonaríamos su propiedad o si no... Los últimos en recoger las bicicletas fuimos Otis y yo, pedaleamos deprisa, hasta el pueblo, oyendo disparos detrás de nosotros. Al parecer, la policía fue a la casa y se la llevaron sin que supiésemos más de ella. Otis no se atrevió a regresar nunca más, pero yo no pude resistir la curiosidad de saber si era cierto lo que me había contado.

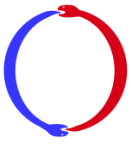


Días antes de Halloween de ese año, dejé la bicicleta apoyada en la empalizada. Me encaramé a ella para descubrir, en medio del huerto, una única calabaza, enorme como un pupitre. Las matas verdes parecían haberse secado a su alrededor como el maullido de los gatos encerrados. De repente, me pareció ver uno; no muy grande. Se movía con dificultad, atrapado en uno de los tallos de la calabaza. Un instante después, dejé de verlo. Pensé que quizás se habría tumbado o escondido detrás, pero los tallos rastreros se agitaron de nuevo. Esta vez, para atrapar a otro gato despistado que venía hacia mí. Maulló al tiempo que la planta lo arrastraba, atrayéndolo hacia la enorme calabaza. Ya no tuve dudas. Me alejé de la empalizada nada más ver cómo el animal desaparecía entre las rugosas protuberancias de la calabaza. No dejé de pedalear hasta llegar al pueblo. Desconozco si quedaban más gatos en la casa o si el calor terminó deshaciendo la calabaza tal y como creí adivinar en sueños. En mis pesadillas, los tallos de la calabaza me atrapaban, enredándose a mis pies, acercándose lentamente hacia uno de sus pliegues, a modo de horrible boca. Hubo rumores de que a causa de los incidentes no habría concurso ese año. Pero el día de Halloween, el alcalde entregó el premio al granjero de Miskatonic. Tuve un mal presentimiento cuando anunció que donaba la gigantesca y rojiza calabaza a los vecinos. Sentí mareos cuando los hombres se dispusieron a cortarla en dos. Todos me miraron, tras lanzar un grito, viendo caer las dos mitades, al tiempo que un gato negro se cruzaba corriendo entre mis piernas.



**Poemas dedicados a
María Paz Moreno Paéz
y a Isabel Tejadas Balsas**





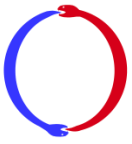
Encarnación Sánchez Arenas

Como un cazador de mariposas
que ha roto su red,
persigo en vano las brillantes formas
que vuelan ajenas a su propia belleza.
Estudio su comportamiento,
sus hábitos reproductivos,
sus estrategias de huida ante el peligro,
el brillo de sus alas según la hora del día.
Llevada por el deseo de poseer una palabra,
la atrapo,
rompo sus alas,
y la coloco junto a las otras para poder admirarla.
Prendida de un leve alfiler, la conservo
y salgo en busca de un nuevo espécimen,
más bello aún si cabe.
Después de todo, ¿qué es un poeta
sino un coleccionista de palabras hermosas?

De El vientre de las iguanas de María Paz Moreno Paéz

ADMIRACIÓN DE LA PALABRA POÉTICA

Cada palabra poética encierra un escondrijo
donde se posan los restos de un alma errática.
Cada palabra poética se mantiene en desequilibrio
sin barras paralelas que se unan en un punto.
Cada palabra poética busca puntos de contacto
en el infinito que son irremediabiles ante la conciliación.
Cada palabra poética persigue un asidero
donde descansar las noches gélidas.

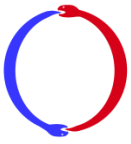


El coche aparcado en la cuneta,
mi padre vigilante al pie del árbol.
Encaramada en la morera, yo arrancaba
hojas para mis gusanos de seda.
Regresábamos después a casa,
oliéndome a savia el jersey y las manos,
y era un festín delirante el contemplar
aquel ejército de bocas desdentadas
arrancando al verde un tierno crujido.
poblándose las hojas con cada bocado
de pequeñas lunas húmedas.
El universo en una caja de zapatos.

“*Bombyx mori I*” de *El vientre de las iguanas* de María Paz Moreno Páez

GUSANOS DE SEDA

Ya se incuban en sus huevos
Los gusanos de seda.
Explotan sus tejidos ante la presión.
Come el gusano su fibra vegetal
y alienta y alimenta las telas de seda.
Un universo de gusanos que cumplen el ciclo rotatorio
de una muerte enterrada directamente en la tierra.
Es el ciclo biológico de la vida
que el gusano encierra entre sus secretos.

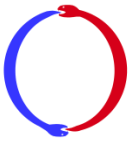


Mi calor es antiguo como fósforos de madera
 Todo me lo hago con sueño
 Sigue sin haber más evidencia
 entre mis piernas o invernadero
Fuera de mi cuerpo el aire me observa
 Me lee el manual del tiempo
 El método del adiós
aunque yo no sepa o no quiera
 Porque a quién le importa
 Para qué
 entonces estas entrañas
Este camino en mi piel que no lleva a ninguna parte
 El amor inédito
 donde alguna vez los otros fueron la droga

“Imposibilidad” de Isabel Tejada Balsas en *El alma irreversible*

LO IMPOSIBLE

Se fragua un no a ninguna parte.
Ahora no pueden ser los sueños sospechados.
Quisiera volar y no puedo,
cruzar el Atlántico a nado
y no puedo.
Quisiera pisar las ascuas
de mis amores pasados
y no puedo.
¿Espero a que las cenizas estén frías?
Y afortunadamente queden solo cenizas
que sí puedo pisar,
entre los imposibles de la destrucción.
Lo imposible me circunda,
lo posible me desvela
campos magnéticos de lugares recónditos.



Para amurallarme no te hacen falta brazos
Sólo tus ojos urgentes me recogen
obvia y me rodean
sin pretender de mí lo que hay detrás
Eres y estás como el mar artesano de su orilla
a pesar del invierno
sin expectativas
sin entender
aquí

“No Soy lo que Soñaste” de Isabel Tejada Balsas en *La sonrisa del camaleón*

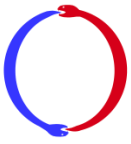
UN SUEÑO OBVIO

Aquí estoy pretérita
de congojas nítidas,
de barcos naufragados,
de sospechas fraudulentas,
sin menoscabar tu crédito
sin fuelles férreos
sin astilleros de madera carcomida.

Aquí estoy latente,
sin resortes a los que fragmentar,
sin especulaciones llenas de mentiras,
sin asideros pusilánimes
de sospechas intrigantes,
de respuestas sin preguntas,
de preguntas sin respuestas.



La gaviota



Goyo



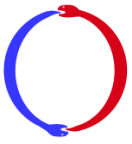
e había introducido en el escueto balcón, limitado por un forjado negro de barrotes próximos y la puerta de acceso al exterior en el edificio moderno frente a mi piso, al otro lado de la calle.

Mi mujer me lo advirtió a media tarde. Podíamos verla con claridad en el balcón del segundo piso, intentando liberarse aleteando con frenesí cada poco tiempo. A veces y con desesperación escurría su cabeza y pecho entre los barrotes inútilmente, tomando descansos prolongados posada sobre la jardinera vacía y volvía a reanudar sus maniobras evasivas. Estaba encarcelada. Había perdido su bien más preciado.

Bueno, pensamos, en cualquier momento los moradores de la vivienda abrirían el balcón y resolverían su cautiverio...

Evoqué que hacía algún tiempo, en nuestro patio de luces, una hermana de su especie estuvo atrapada varias horas en brava pelea con las cuerdas de tender la ropa y los cubretendales. Iba ascendiendo de nivel poco a poco, posándose sobre las tapas de plástico de los tendedores y descansando entre maniobras. A veces tocaba descender..., al fin alcanzó el quinto y último piso, descansó en una tapa y alcanzó la libertad.

Al anochecer permanecía quieta sobre la jardinera y los intentos de liberación eran más espaciados. Resolví bajar, cruzar la calle y llamar al



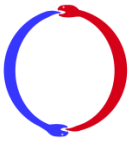
segundo, no sabía si izquierda o derecha, sin éxito, porque no obtuve contestación. Dos vecinas del edificio con las que me crucé en el portal me indicaron que el piso era el segundo izquierda, habitado por una señora que venía de forma esporádica.

Tendrá, pensé, que continuar en su prisión, ojalá resista la noche, que era muy fría, y la inanición. Sentí lástima, ya sé que en general estas aves resultan antipáticas, son ruidosas, carroñeras y oportunistas en su alimentación, pero sentí lástima.

Allí seguía a la mañana siguiente con sus intentos. ¿Llamaré a la Sociedad Protectora de Animales?, ¿tal vez a los bomberos? Vi un vehículo de la Policía municipal y a dos agentes que cumpliendo con su deber repartían multas y decidí comunicarles el problema y acompañé a un agente para que desde la acera evaluara la situación. Se lo comunicarían a una institución que yo desconocía, y continué el paseo matutino. Una hora después el ave ya no estaba, quizá por el éxito de sus intentos o con alguna ayuda.

The image shows the spine of a multi-volume book set. The pages are light-colored and have rounded corners. Several colorful ribbons (red, blue, black) are used as bookmarks, protruding from between the pages. The text 'La enciclopedia' is printed in a dark green, serif font across the middle of the spine. There are also some black decorative elements, possibly tassels or small pieces of fabric, attached to the spine.

La enciclopedia

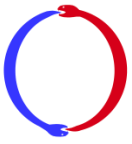


Miguel Quintana

Una enciclopedia es el libro de registro de lo muerto y de los muertos.
De algunos vivos también. El libro de las cosas, de las nubes, de los vientos.
De las almas, el libro de las lilas y los cuervos;
un libro de barcos, de batallas y esfuerzos;
un libro de derrotas sin número; un libro plagado de encuentros;
un libro de registro de muertos, de muerte y nacimientos;
un libro de flores, de flores e insectos; una enciclopedia es un libro,
un libro de muertas, de muertes y de muertos.



*T*iene ojos de larga vista, José, decías tú que Dios tenía ojos de larga vista. ¿Pensarás todo lo que dices y lo crearás? ¿Lo dices sin creerlo? ¿Lo piensas sin creerlo? ¿Piensas otras cosas que no dices? Qué auténtica maravilla estar convencido uno de lo que piensa, de lo que dice, de lo que escribe, sin asomo siquiera de duda, pensando que todos los que no coinciden con tu pensamiento están errados o son ignorantes o malvados que mienten y quieren endosarte fábulas. No debiste jamás de poner en duda el más mínimo punto. Aunque haya mucho que hablar de ello y... Parece que tu deseo corre parejo con lo que dices del deseo de tu biografiado, el deseo de acometer la lucha con el enemigo común. Jerónimo gasta su tiempo de juventud en prepararse para esa lucha contra el demonio, mundo y carne, y a estos dos últimos los tiene por el suelo, pues lo



deja todo para buscar la ciencia que desengaña y no hincha ni desvanece. Un desierto extendido. Un gran desierto, inhabitable para el hombre, morada propia de fieras y serpientes, de que hay grande copia. Cuántas fieras y serpientes. Sí, hay serpientes en las arenas ardientes de los desiertos, donde los animosos siervos de Jesucristo van a instalarse, huyendo la vanidad, respeto y gusto del mundo, serpientes y fieras, y gran copia de ellas. Tenían los animosos siervos de Jesucristo por menos peligrosa la compañía de los áspides que la de los hombres, por lo que al desierto Jerónimo y sus compañeros Heliodoro, Inocencio e Hilas rompen las cuerdas de los inconvenientes y posponiendo todo se hacen moradores nuevos del desierto haciendo con el cuerpo compañía a las fieras y con el alma a los ángeles. José. Me pierdo.

Pienso que tendría que hacer un paréntesis, ¡paréntesis!, en la lectura o estudio de tu obra y acabar tres o cuatro obras que tengo empezadas. Tendría que acabar esa obra de la que han hecho ya innumerables ediciones, innumerables para mí, porque para el editor seguro que son numerables y bien numeradas, aunque, por cierto, no sé, también tendría que ir rematándote, o bueno, empezar contigo de verdad. No sé por qué ha de ser todo acabar, sin embargo. Aunque, la verdad, es que tengo pendientes como espada de Damocles sobre mi mesa la *Historia natural*, las *Oraciones fúnebres*, todo el segundo de William...

Por cierto, no tengo *Shakespeare* en la Enciclopedia. Ando cerca, con varios de la R, pero el tomo correspondiente a William no. ¡Joder, lo tiene ella! El artículo de Shakespeare. Joder, y necesito verlo. *Toc, toc*.

—Quién es —me pregunta, como si fuera una voz interior ilimitada, o insondable.

—Yo soy.

—Qué quieres.

—Quería ver lo que dice del Mercader —me atrevo apenas a declarar.

—El mercader, qué mercader.

—El de Venecia.

—Para qué —me extrañó que se interesara por la finalidad de aquello, evidente para mí.

—Diablos, para qué va a ser.

—No sé, para qué es.

—Diablos, abre la puerta y déjame consultar mi enciclopedia.

—Qué.

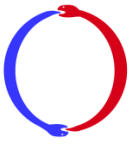
—Mi enciclopedia.

—¿Te refieres a mi enciclopedia?

—Quiero ver lo que pone del Mercader.

—Te lo digo yo: el mercader tenía mercancías que mercar.

—Abre la puerta y déjame entrar.



Y si por un casual abre la puerta y te deja pasar para consultar en tu enciclopedia lo que se dice del Mercader de William, ¿crees que ibas a consultar lo que dice una húmeda enciclopedia del siglo pasado y pasado, de un mercader de Venecia que...? ¿Lo crees? ¿No te quedarás prendado de sus ojos, por sus ojos hipnotizado, y dejarás de saber ni media coma ni medio punto de un mercader veneciano que...? No, no, seguro que no. Veamos. *Toc, toc.*

—Otra vez, otra vez tú, ¿qué quieres ahora?

—Ahora quiero ver tus ojos, o beber de tus ojos, ¿se puede beber de tus ojos?

—Mis ojos pueden ser cicuta, nadan en un medio venenoso, y si bebes de mis ojos morirás.

—Oh, ¿crees acaso que no quiero morir? No soy cobarde. Sé, sé que desde que nací solo he hecho que respirar a cada instante una dosis pequeña de muerte, una porción casi imperceptible, por eso ahora no me molestaría beber la cicuta de tus ojos de una vez.

—¿Cómo, no te molestaría! ¿Qué es eso? ¿Habría de ser una *molestia*? —claro está, me pasaba de la raya...

—Espera, quiero decir... —quise rectificar, matizar tal vez.

—Sé lo que quieres decir —me cortó ella.

—¿Qué suerte! ¿Y si empezamos de nuevo? A ver, ¡*toc, toc!*

—Dime, errante buscador de Shakespeare, ¿acaso quieres emparte del artículo de la Enciclopedia sobre un poco astuto mercader que se vio envuelto por sus malas artes en un caso de...? ¡Oh, perdona!, es que ya no recuerdo bien el caso del Mercader —dice ella abriendo la puerta, y deja en su sonrisa dibujada la silueta de su mentirijilla.

—Pues ya que estamos metidos en estos gastos, no me importaría tanto, la verdad sea dicha, el Mercader como otras.

—Otras... ¡Ostras, ya veo! ¿Tal vez Romeo?

—No, no me gusta... Me gustaría más explicarte cómo me birlaste de malos modos esos tomos, pero me aburren las explicaciones.

—¿Para qué usas tú los tomos que me faltan a mí? —pregunta ella con cara ingenua. ¿Hay caras ingenuas? Debe de haberlas. Ella es una cara ingenua cuando pregunta.

—¿Coimes, para qué voy a usar los tomos de una enciclopedia! —hago como si me asombrara.

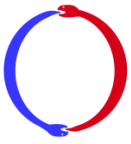
—¿Por qué dices *enciclopedia*?

—Me gusta mi palabra, es una palabra más enciclopédica que enciclopedia.

—¿Quieres decir más vasta?

—¡Eso! ¿Pero por qué se te ocurre pensar que una palabra pueda ser vasta?

—Sí, vasta, ¿por qué no?



—Quiero decir que hace un rato hoy pensaba yo que había unas palabras más vastas que otras, aunque no tenía claro qué quería decir, porque en puridad, en puridad, no sé qué diablos quiera ser una palabra vasta.

—¿Por qué dices dos veces *en puridad, en puridad*?

—Debe de ser un tic.

—¿Nervioso?

—No, intelectual.

—¿Hay tics intelectuales?

—Oh, demasiado.

—¿*Demasiado* intelectuales, o *demasiados* tics?

—Lo que tú quieras.

—Pues lo que yo quiero...

—Lo que yo quiero, ya que estamos en estos trasiegos de información, sería visitar también el resto de tu casa para consultar precisamente alguno de los tomos de la Enciclopedia que yo no tengo y tienes tú. ¿Qué haces?

—¿Cómo que qué hago!

—Sí, a qué te dedicas.

—Por qué no preguntas *¿estudias o trabajas*?

—Bien, ¿estudias o trabajas?

—Qué, ¿estudiar no es trabajar? ¿Trabajar no es estudiar?

—Me importa un bledo.

—No, en serio, contesta.

—Pues bien, tenías que haber dicho *por qué te interesa Shakespeare*.

—¿Shakespeare? ¿Quién no tiene interés por Shakespeare?

—Oh, no, no, pero dime.

—Te digo.

—Por qué dices *cicuta*.

—¿No hay venenos dulces?

—Oh, por Dios... Es amarga la cicuta.

—No sé, los que la han probado no debieron de quedar con ganas para hablar de ella y aclarar si era amarga o dulce.

—¿Desde la tumba no se habla?

—Deber de ser. Pero hay muertos muy parlanchines.

—Si son parlanchines no están muertos.

—Todo pudiera ser.

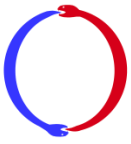
—Pudiera ser que tuvieras ojos tan dulces como la cicuta amarga.

—No sé si la cicuta es amarga o es ácida.

—La cicuta ácida, la cicuta amarga..., al fin, la dulce cicuta.

O algo muy parecido. Podría fijarme mejor en tus labios, podría mejor asirlos, podría. Podría. Pero allá dentro debe de tener arrinconada la enciclopedia, mi...

—¿Dónde tienes los tomos?



—Los tomos, ah, los famosos tomos de la enciclopedia, ¿para qué quieres saberlo? Quiero decir, que qué más te da saber que estén, por ejemplo, junto al brasero.

—¿Tienes brasero?

—Lleno de flores.

—Ah, brasas como flores, sí, me gusta, un brasero de flores, un montón ardiente de flores, qué flores.

—¿Qué pasa con las flores?

—Digo, ¿de qué clase de flores estamos hablando? ¿Caléndulas, por ejemplo?

—Yo hablo de las flores que habitan en mi brasero.

—También me gusta, también me gusta que en tu brasero habiten flores. ¿Y junto a las caléndulas del brasero yacen abandonados en el suelo los tomos?

—¿De la *enciclopedia*?

—Pensé que no te gustaba la palabra.

—Sí, *me gusta*... ¿No es una palabra más *vasta*? ¿Tal vez, basta?

—Oh, sí, es vasta, ¿no te lo decía yo? Es tan vasta que tiene..., iba a decir infinitos..., pero no, no es infinita. Es finita.

—Sí, es finita, porque solo tengo unos cuantos tomos, los que me faltan vete a saber quién los tendrá. Cuando los compré me dijo la vendedora que el domingo anterior se los había vendido a un tipo extraño.

—Sí, bastante extraño, porque apenas el tipo extraño regateó nada y compró un montón de tomos por el doble de dinero del que me habían pedido unos instantes antes.

—Entonces es mejor cambiar *extraño* por *bobo*, ¿no crees?

—Es posible. Pero déjame pensar, flores con brasa alimentadas por ideas.

—¿Ideas? ¿Cuáles?

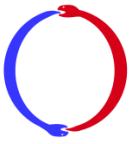
—La enciclopedia, llena de ellas.

—¿De brasas, de flores, llena de ideas?

—¡De flores, brasas e ideas, llena, llena de ellas!

Optimismo. ¡Pero cielos, San Jerónimo!

José, oh, cielos, tu santo mancebo había ido al desierto ardiente donde habitaban las sierpes, los escorpiones y los chacales, por lo menos, ¿no era así, José? Pero, claro, más venenoso eran los hombres, mucho más que los áspides y las mujeres. No, las mujeres mucho peor aun, bellos ojos sonrientes, bellos labios, bello torso, bellas manos, mujeres veneno, no sé dónde lo leí, pero era clarísima tu misoginia, José, tan clara tu misoginia. Qué horror, la mujer, casi nada más que puro veneno mucho más mortífero que la uña del escorpión o el diente de un áspid.



Veneno, sí, sus ojos y sus labios, más sus ojos, o no, me equivoco, está detrás, el dulce veneno está detrás, mejor, está dentro, posiblemente en la lengua, o debajo del pecho, no sé, pero dentro. No sé dónde, pero dentro.

—¿Por qué piensas que tengo veneno?

—Porque me matas.

—¡Cielos! ¡Qué original!

Sí, debería decírselo. A la cara. Sí, así. *Toc, toc.*

—¡Ah, otra vez tú! ¿Qué quieres ahora?

—Mira, necesitaba ver el artículo, no sé. Es que, mira, no es *arborescencia*, sino..., pero es que no lo sé, se trata de la cualidad esa por medio de la cual las hojas de un árbol o de un arbusto cualquiera envejece y muere, digo, se seca, queda acartonado, arrugado, muerto, ¿cómo se llama esa cualidad? No es *arborescencia*, sino, sino...

—¡Lo ignoro! ¡Y no me importa!

—Dios mío, ¿por qué no te importa?

—¡No me importa saber en función de qué extraña cualidad se acartona una hoja, se seca, cae al suelo y es pasto lento del silencio y de la nada!

—No puedo creer que no te importe por qué camina una hoja hacia... ¡Dejemos que el aire, o el viento, dejemos que la entierre el hielo, dejemos! Por cierto, me interesaría también el primero, el primer tomo.

—El primer tomo de mi enciclopedia..., ese. ¿Por qué?

—Quisiera saber cómo, en qué, cómo comienza la obra, el prólogo, bajo qué auspicios, vamos, qué razón hay o se aduce para, ya sabes, el prefacio, ver el preámbulo, vamos, leer el prólogo.

—¿Con morrión?

—¿Qué?

—¿O quieres leer el galeato?

—Supongo que tiene prólogo, lo habrás visto tú en el primero.

—No lo recuerdo bien, pero mira, sí recuerdo en cambio que en la portada dice que es una edición profusamente ilustrada.

—Qué gracia, eso lo pone en la portada de todos los tomos, pero el...

—¿Te gusta la palabra *profusamente*?

—Sí, me gusta porque me sugiere tal vez setas, hongos, bosques, maleza en..., bosques abandonados y colonizados por una profusión de..., me sugiere un reino de setas.

—¿La palabra *profusión* te sugiere un reino de setas?

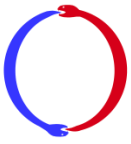
—Sí, en el que reina una amanita, coronada su testuz por...

—Por una guirnalda envenenadora del viscoso muérdago.

—No me sugiere venenos esa palabra.

—Pues a mí también me gusta profusamente ilustrada, y sí, es verdad, está muy ilustrada, láminas, dibujos, fotos, esquemas, fórmulas...

—Es que la enciclopedia que no esté ilustrada de forma profusa no es enciclopedia, ni siquiera *enciclopedia*. ¡Dónde va a ir a parar una enciclopedia que se precie sin láminas!



—Recuerdo ahora que también habla de cientos de soberbias láminas en color.

—Sí, ya te dije, láminas.

—No, pero me refiero a *soberbias*, soberbias láminas. ¿No admites la posibilidad de la existencia de láminas que acaso sean, para su bien, soberbias?

—Bueno, no solo la admito, sino que también te estoy diciendo que me sorprendió, digamos de forma agradable, que dijese soberbias láminas. Y en efecto, claro que hay láminas soberbias. Recuerdo alguna en mis tomos, pero como te dije me interesaba echar un vistazo al prólogo, ver la filosofía sobre la que se apoya la obra.

—Pues no sé. En realidad, no me he puesto a consultar ese dato. Hasta pudiera ser que no tuviera prólogo... Y, por mera curiosidad, ¿para qué quieres tú ahora? O, mejor, ¿qué uso vas a darle tú a esta obra?

—No estoy seguro, es probable que ninguno, porque ya me dirás qué diablos vas a hacer con la mitad de ella, pues en definitiva es una obra de 26 tomos y yo tengo 13, supongo que tú tienes el resto, los otros 13.

—No los he contado.

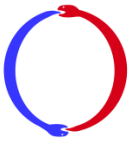
Y entonces ella se pone a reír. Reír. Es interesante esto de la risa. Interesante, a fuer de ameno.

—¿También te gusta la palabra ameno?

—Es un lugar ameno gustar del lugar ameno a base de palabras.

¿Pero..., San Jerónimo? En las Batuecas, y su epistolario, quieto. Con lo que lo usó José.

José Martínez de Espinosa. José de Espinosa Martínez. El caso cierto es que es de Espinosa. Claro, hijo de Martínez no tiene sentido. O es Martínez o nada. ¿No era o César o nada? También lo decía Papá, Wolfgang, ¿no lo decía también él? Aunque vete a saber si es mejor ser César infeliz que nada feliz, que, por cierto, no sé si habrá habido alguien que haya sido feliz y sea César. Y tú, José, que también llegaste a César, ¿fuiste feliz? Oh, tú sí lo fuiste. Debiste de creer con gran firmeza. Esta debe de ser la llave, esa debe de ser la clave. Crees a pies juntillas que te puso Dios ahí en el mundo, que te ha llevado a cualquier sitio adonde has ido, que ha estado sosteniendo el aire a tu alrededor para que alimente tus pulmones, que esmalta el cielo por la noche con estrellas para el espectáculo de tus ojos y el ensanche de tu espíritu, crees que cualquier cosa de aquí, cualquier penalidad está bien, porque ¿no, no es así? Y por ello, porque crees que esa es la voluntad de Dios, eres feliz, incluso entre las miserias humanas, que por cierto te tocaron en varias ocasiones, porque sabes que allá la margarita que no se marchita... Algo así, ¿no? La margarita que no se marchita te espera del lado de allá. Obediencia. Humildad. ¿Humildad? Debiste de luchar. Porque no sé si eres humilde, vamos, humilde del todo. Pues sabes que eres hombre inteligente, que te adorna la lectura de



casi todo y que la usas como si fueras un ángel cuando escribes. Si un ángel escribiera, te imitaría o escribiría como tú. ¿No te imitó Cervantes? Esta debe de ser la llave que abre puertas negras, pues qué puede haber más negro que una puerta por donde se accede a las dudas, y si tienes en la mano esa llave de la fe abres lo que sea, es la mejor ganzúa para atravesar cualquier paraje, quiero decir abrir cualquier puerta y salir y atravesar cualquier paraje por muy caliginoso que se encuentre y llegar a la luz, ¿no? Siempre hay túneles, en cualquier camino hay túneles que horadar, somos topos o gusanos en busca de la luz, y esa llave que llevas en la mano es como el hierro atraído por el imán de la luz, ¿no? La fe esa, la llave es abandonarse a los arrullos de los cuentos, y creo recordar cuentos, ¿será mejor oírlos que escribirlos? ¿O contarlos?

Veamos *cuento*, *cuenta*, ¿tengo el tomo? El tomo correspondiente. Veamos, cuen, cuento, no, primero cuenta, no, no, pero no tengo el tomo, ¿ves? ¡Maldita sea! ¡Y qué diablos es ahora un cuento! ¡O una cuenta! Las cosas, claras, y el chocolate, espeso, ¿no? No, no debe de estar el tomo. Quizás está en el seis. Sí, porque el cinco va de tal a tal y sigue entonces en el seis que va de cual a cual, donde entran claramente la cuenta y el cuento. Es decir, la palabra *cuenta* y el término *cuento*. *Quod erat demonstrandum*. Déjate de cuentos, también se dice.

Toc, toc. No sé si estará hoy. ¿Hoy? ¿Por qué digo hoy? Hoy es hoy, y es todo lo que hay. Ayer y mañana duermen: el uno, el sueño eterno; y el otro, el eterno despertar. Total, para qué.

Toc, toc. Hoy no está esta. O tiene pegadas las sábanas. Las sábanas. Pegadas. Y yo buscando cuentos. O barajando cuentas. Pegadas las sábanas. Cuántas cuentas se hacen con las sábanas pegadas. Pero eso si se tienen los ojos como platos. Planos, los platos. Parece que un ojo está más abierto si es como un plato plano. Pero el ojo nunca es plano. Ah, maravillosa curvatura la del cristalino. ¿Es el cristalino el de la curvatura? No estoy seguro, porque mira que es complicado lo que es iris o pupila o córnea o cristalino, es horrible esto de la oftalmología. *Oftalmología*. Cuando pienso en esta palabra veo mejor. O peor. Ya no lo sé. Si es que es lícito decirlo.

¿Qué decía? Ah, pegadas las sábanas. *Toc, toc...*

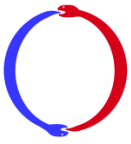
—... ábreme, mujer envuelta en sábanas de ensueño, que busca puerto seguro la insegura llave de mi fe en tu puerta, abre, ábreme y abandona las sábanas al silencio de su incierta suerte en cualquier rincón de tu oscura alcoba, ¿tienes el tomo seis?

—Qué, qué dices.

—¿Qué es *cuento*?

—¿Cómo dices?

—Cuenta, cuenta, dime lo que es, míralo, debe de estar en el tomo seis.



—El tomo seis...

—¡Pero cómo tan tarde yaces aún atrapada en el lecho por los vaporosos brazos del sueño! ¡Cómo no te impele con energía incontenible el arrollador deseo de beber en el vaso del día el licor dulce que mana de, que mana de, que mana de...!

Veamos, hay que empezar de nuevo...

—... sí, creo que está en el seis, quisiera saber lo que es *cuento*.

—Bien, quieres saber lo que es un cuento, y está en el tomo seis, ¿lo tengo yo?

—El seis, sí, porque con seguridad yo no lo tengo, si mi memoria no tiene demasiado grandes los agujeros. Tengo el cuatro, el cinco y el siete, qué risa, el cuatro, cinco y siete y, ya sabes, otros más, pero si mi memoria no me deja errar, podría afirmar que..., afirmar con rotundidad, que el seis lo tienes tú, querida, y dentro de él está el cuento.

—¡Pero diablos, si apenas..., si apenas ha..., diablos, si aún es de noche!

—¿Dónde tú ves la noche..., si nada más abrir tú tus ojos nace el día?

—Oh, Dios, cuentos, si es de noche.

—¡No quieras decirme que aún deseas volver otra vez a la tumba del sueño!

—Venga, Dios mío, venga, venga y pasa y mira el seis y el siete y el ocho y el mil.

—¡No hay enciclopedia de mil tomos!

—Cuentos.

—¿Sabes? Me interesa el concepto de cuento relacionado con la fe.

—¿La fe?

—Sí, la fe. No la esperanza ni la caridad con las que habitualmente hacen ese trío teologal de niños, sino solo la fe.

—La fe sola, sin las otras, está muerta, ¿no?

—Sí, algo así debió de pensar alguien, quizás, alguna vez.

—Por consiguiente, sigo, qué más te da saber, tener, disfrutar de fe si...

—¿Si qué? ¿Si no hay obra?

—Sí, nada. También lo creo yo.

—Ah, ¿sí? Sí. Ya me parecía.

—¡Bien, ahí está la dichosa!

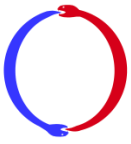
—¿Cuála?

—Oh, sabes que odio... ¿Sabes que odio esa palabra que, además, no existe?

—Una maravilla. ¡Es bien maravilloso odiar algo que no existe! Te envidio, me gustaría odiar solo cosas que no existan.

—Deduzco, pues, y no sé si están bien engrasados los engranajes de mi lógica, que odias lo que existe.

—Sí, es posible que haya escasez de grasa en ellos.



—¡Dios mío, sacarme de la cama para engrasar la lógica..., quiero decir...! ¿Para qué? ¿Para ver un cuento, la fe, o cómo era eso, un trío infantil teologal! ¡Dios mío, y aún no...!

—Y aún la aurora no ha abierto sus azafranados brazos, ¿no querías decir esto?

—Esto decae, tengo sueño, ¿qué hora es? ¿Qué día es? ¿Dónde estoy? ¿Quién eres tú?

—Pero no entiendo cómo puedan pegársete tan como lapas unas sábanas a tu cuerpo..., aunque es bien propio de ignorantes no entender cosa tan palmaria, la verdad. Ignorante.

—¿Murmuras algo?

—Sí, quiero decir, no, no murmuro, mira, parece el comienzo de un soneto, *No murmuro ni proclamo...*, pero no, ya va mal con *proclamo*, pero lo que te digo es..., sí, quería preguntarte, ¿conoces a Fray José de Sigüenza?

—¿Qué? ¿Cómo?

—Fray José de Sigüenza.

—Bueno.

—¿Sí?

—Conocer, me suena..., espera, sí, recuerdo algo, Fray José de Sigüenza.

—El mismo, ¿le conoces o no le conoces?

—Vaya pregunta más tonta, ¿qué es conocer?

—Diablos, si leíste o no algo de él.

—Es igual lo que te diga ahora sobre ese fraile, a estas horas, aún de noche, aun riendo en el cielo las estrellas. Incluso mi mala estrella.

—Ostras, riendo en el cielo...

—Pues sí, porque otro gallo cantaría si ya me hubiese duchado, desayunado y..., pero qué absurdo preguntarme estando aún en camión por un fraile.

—Veamos, déjame ver la enciclopedia, veamos... ¡Cuánta humedad! Como en la mía, cuánta humedad tiene, por qué no la has intentado eliminar, eliminar la humedad, que parece que va a comérsela, comerse la enciclopedia.

—Oh, Dios, no digas *enciclopedia*, me revuelve no sé qué, y al final voy a no saber cómo se dice de verdad.

—Para qué quieres saber cómo se dice de verdad.

—Joder, para decirlo cuando proceda.

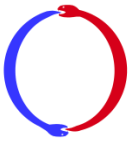
—¿Dices cuando procede la verdad?

—Qué es la verdad.

—Diablos, es cierto, es cierto, bueno, déjame ver, el seis, ¡mira, ya están medio comidas estas hojas por la humedad!, o por el tiempo, el tiempo las come y la humedad las bebe, bah.

—¿No te gusta ni a ti mismo tu misma tontería?

—Así es, pero veamos *cuento*, a ver *cuenca*, cuenca, ¡contra, cuánta cuenca!, *Cuenca*, a ver, ahora en 1293 María de Molina, coimes, Fernando IV, don Álvaro de Luna y el obispo Barrientos, don Lope Barrientos, ¡pero esto es una mina!, don Álvaro de Luna, oh, qué guapo esto de Álvaro de Luna,



¿qué nombre más guapo hay que Álvaro? Y si es de Luna la cosa llega ya más lejos, don Álvaro de Luna o la fuerza del sino, ah, esto es otra cosa y no tiene nada que ver, bien, Enrique IV, también, también va de perlas Enrique como etiqueta para un hombre, ¿no crees?, Enrique, o la importancia de llamarse Enrique, ¿no? Me temo que..., doña Isabel, quieto, Isabel, ¡pero diablos, aún estoy en Cuenca!, cuenco, cuenda, cuenta, ¡alto, cuenta!, aquí está la cuenta, más abajo estará el cuento, ¿no? La cuenta y la razón. La cruz y la raya. Cuenta va delante de cuento, y es necesario que así sea, pues no hay buen cuento sin mala cuenta. O lo que genera una mala cuenta.

Diablos. ¿Qué es la verdad? Yo soy la verdad. Toma. Trae, yo soy la verdad, si trae la verdad. Trae la verdad, José. Quedas lejos, José, pero solo tengo, sin embargo, que alargar mi mano para abrir la caja de tu música. San Jerónimo. La vida del santo de Belén. O algo así. Sí, José, tu Vida es una encantadora caja de música que embelesa el oído del que escucha. Se me cae la baba leyéndote. A pesar de las sombras. De las sombras, como sabes. Sombras. No me interesan las sombras. Solo tu música embalsamadora, embaucadora. ¿Embaucadora? Sea, y encantadora. Tu prosa en mi mente, me siento cobra a la que un hábil tañedor de dulzainas orientales adormece, o desenrosca y eleva y danza el baile del sueño. Encantado. O embaucado. Qué más da. Al fin y a la postre, unas hojas, unas páginas, unos labios que pronuncian, un ritmo, cadencias. Pródigo el otoño, embauca al suelo con dulzainas orientales, las sopla el viento para que produzcan música vegetal ocre, amarilla, rojiza y camino del silencio. Total, qué música no calla al final. O unos ojos. Sí, unos ojos pueden encantar tanto, José, como tus hojas o tus páginas. Ojos. ¿Estaban asustados los ojos de ella cuando aparecí yo protestando por la infidelidad? ¡La infidelidad! ¡Bastante le importaba al individuo aquel que me hubiera hecho una promesa dos o tres semanas antes! ¡Infidelidad! ¿O era una semana antes? A nadie le importa nada nunca. O algo así. Maldito individuo, gracias a él me birló ella media enciclopedia. Pero por otra parte no sé por qué me quejo tanto, total, la enciclopedia está entera aquí y allá entera y llena de humedad.

—¡Dios mío! ¡Qué de humedad tienen estos volúmenes! Como los míos —digo.

—Sí, a esta se me ocurrió meterla en algún sitio.

—¿En un horno?

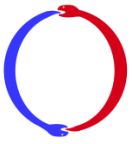
—Estaría bien en un horno una enciclopedia...

—Todavía no me has dicho para qué quieres media enciclopedia —digo.

—¡Me harás vomitar si sigues diciendo *enciclopedia*! ¿Para qué la quiero?

—Sí, eso he preguntado.

—¡Cielos, para qué se usa una enciclopedia!



—No lo sé, yo solo la quiero porque quisiera hacer una nueva edición de la *Vida de San Jerónimo*, de José Martínez de Espinosa..., aunque también pudiera ser José de Espinosa Martínez.

—Es, o lo parece, un asunto espinoso... —y sonrío.

—No, José no tiene espinas.

—¿No decías que era Fray José?

—Sí, Fray José de Sigüenza.

—El hermano de Sigüenza... ¿Y para editar una obra de Sigüenza quieres esta enciclopedia? —parece asustarse de semejante suposición.

—En efecto.

—¿Para editar una obra de Sigüenza?

—No sé, lo dices como si fuera un delito editar la *Vida de San Jerónimo*, aunque, bien vistas las cosas, es posible que sea, como piensas, delito, el delito que supone cualquier idea absurda, si es que hay ideas y al mismo tiempo que sean absurdas. Pero, sí, ahora vuelvo a pensar que es delito, y vuelvo a pensarlo porque no es la primera vez que lo hago, porque considerando lo que hoy se escribe y lo que se lee y lo que se habla y lo que se comenta, y haciendo otros dos o tres considerandos que ahora me ahorro, resuelvo en sentencia firme y sin posibilidad de recurso alguno ni otra instancia, que es delito de lesa inocencia intentar en estos días resucitar la vida tantas veces citadas del olvidado hermano de Sigüenza, porque, vamos a ver..., ¿qué libros has leído tú últimamente? ¿Qué libro estás leyendo ahora? Veamos, veamos tu mesita de noche, dice mucho de un durmiente lo que en su mesilla de noche dormita.

—¿No tengo mesita de noche! —exclama.

—Diablos, es verdad, pero entonces ¿dónde pones tú las gafas, las pastillas y las zapatillas?... Pero, de todas formas, tiene poca importancia una oveja negra en cualquier rebaño de albas, algodónosas y nubosas ovejas, ni tampoco importa demasiado a un abundante y oloroso cocido de garbanzos que uno de sus individuos sea, como la pez, negro, por consiguiente sigue en pie el principio general, y es que dice mucho de su dueño una mesita de noche, pues está claro que... Muy claro, ¿o no? Sí, tú misma, si vieras la mía, sabrías de un plumazo de mí más que yo, pero esto no ha de desviarnos de donde íbamos.

—¿A dónde íbamos?

—Siempre vamos al mismo sitio —le digo.

—¿Y siempre venimos también del mismo sitio?

—Sí, siempre venimos del mismo sitio y siempre vamos al mismo sitio.

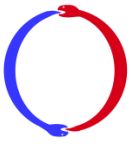
—¿Y el mismo sitio de donde venimos es el mismo sitio a donde vamos?

—Esa pregunta no era para hoy.

—¿Habría un mañana para formularla? —me dice.

—Esta pregunta era de ayer. O tal vez no. Qué importa. Si saber cambiara las cosas. Si el saber cambiara las cosas.

—¿No dices que tu mesita de noche podría hacerme saber de un plumazo quién eres?



—Un plumazo. De un plumazo. Por cierto, también me interesa la palabra *pluma*, veamos, pues, ¿la tienes tú o yo? Pluma, la p, la pe, piano, pl, es un grupo consonántico explosivo, como si tuviera dentro plutonio. ¿El plutonio explota? No lo sé, pero si no explotara debería explotar solo por tener desde el principio un grupo consonántico explosivo, así que *pluma*, ¡diablos, no tienes pluma!, luego debo de tenerla yo.

—O sea, Fray José de Sigüenza, ¿eh?, resulta que quieres hacer una edición de una obra de Sigüenza, ¿una edición crítica? Supongo, claro. Interesante cuando menos, pero ¿por qué te interesa ese autor o esa obra?

—¡Por la música! —digo.

—¿Cómo? ¿Cómo que por la música? ¿No es una biografía de...?

—Del mismo, pero más o menos.

—¿Qué?

—Digo que es más o menos una biografía; de hecho, es bastante menos biografía.

—Bastante menos biografía que qué.

—Que una sinfonía.

—¡Diablos!

—Sí, que una sinfonía de la lengua.

—¿Y es por eso por lo que quieres hacer una nueva edición?

—Sí.

—Oye, me interesaría echar un vistazo a esa sinfonía, ¿tienes...? —me pregunta.

—¡Cómo no voy a tenerla! Claro. ¡Cómo no voy a tenerla! Y por eso, y por eso voy a reproducirla, claro.

—Es curioso.

—Los que son curiosos son tus ojos.

—No, ocurre que..., lo que ocurre es lo que ocurre, quiero decir que...

—Quiere decirse que esa maravilla doble o gemela produce curiosidad, por decirlo así, quiere decirse que tus ojos son un nocturno.

—¡Un nocturno! ¿Un nocturno qué? Pues nocturno puede ser un gusano, un sapo, un reptil, un murciélago, o si quieres, el lejano son de una campana llamando a vísperas, por decir algo. Pero no sé qué cosa nocturna sean mis ojos.

—Un nocturno de Chopin, sí, si pudiera colgarme de tus ojos sentiría dentro de mí todo como si germinasen en mis entrañas los nocturnos de Chopin.

—¡Eh, ele, ele la cursilería más...!

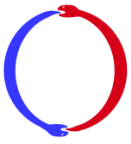
—¿Más qué?

—No hay palabras a mano.

—Pues tienes material en esta enciclopedia...

—Jo, cómo habría de decirte que me molesta esa palabra.

—¿Hay cosas que te molestan? Pensé que eras solo hija de un deseo inocente o descendiente lejana de la noche, y resultas ser también alimentada de sangre, y pareces también estar tú sustentada por huesos y recubierta de carne.



—Así es, si así te parece.

—Pues si procediera, quisiera decir que lamento por mi parte haber recibido carne mortal, y lamento, si fuera así, habértela dado a ti, y lamento finalmente que hayamos de alimentar en el horno de la nada un insignificante trozo de escoria sin llama.

—Mi no entender.

—No te preocupes por ello, tampoco yo, tampoco entender, y acaso sea la mayor suerte esta de no entender, ¿no crees?

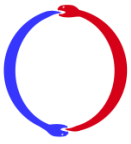
—¿Apología de la ignorancia, y a estas horas?

—Tal vez apología, aunque se puede dudar con fundamento que la ignorancia no necesite de apologías.

Sí, ahora mismo, ahora mismo debería coger a Fray José por las solapas. Solapas. Pudiera ocurrir que no las tuviera. Las tenía todas consigo el bueno de José. Sabía tenerlas y habérselas. Sabía habérselas, por lo menos, con el papel. El papel y las palabras. En el papel hay también imágenes. Podría. Podría ser una urna. La urna de las palabras. ¿Estaría bien? Urna de palabras. No, *una urna de palabras*. Especificando, porque lo primero que la gente piensa cuando oye la palabra *urna* es urna de cenizas. O de votos. Urna de ceniza. También sugiere cristal. Una urna de cristal. En la que reposan los huesos de algún prócer. Qué menos para un prócer que sus huesos sean el contenido de una urna de cristal. O votos. La voluntad. El pueblo ha hablado. La respuesta de las urnas. Pero en plural. No se dice lo que dice la urna. Urna de cenizas y cristal. No. Urna de cenizas cristalinas. Pudiera ser. Cristalina urna de cenizas voluntarias. Huesos santos, huesos próceres. Plebiscito. Eso, José, democracia. Pero como ves me aparto y aparto del camino demasiado. Es decir, el tiempo me camina y no me agarro, no me agarro a tus solapas y me meto en berenjenales. Pero parece como si en este berenjenal, en el que sustituyo a las propias berenjenas por palabras, fuera el caldo de cultivo, ¿se dice así?, en el que encuentro el pulso. El caldo de cultivo donde encuentro mi pulso, el caldo berenjenal donde palpita mi pecho, no sé cuántas veces al segundo, ¿se dice al segundo o es menos impertinente decir al minuto?, el caldo en el que chapotean mis pies, donde se refleja mi cara. Quién sabe. No sé quién, pero alguien lo sabe. Alguien lo sabe todo. Es curioso, no hay nada que no se sepa. O, formulado distinto, nadie sabe. *Quod erat demonstrandum*. Todo lo sabe alguien. Jamás hay un silencio, ¿se dice sepulcral?, sobre cualquier cosa. Jamás. Lo que no se sabe no existe. Y si no existiera, habría que inventarlo. Eso. Inventarlo. ¿Se puede decir descubrirlo? Tal vez. Desafortunadamente, José, no esté yo en las mejores circunstancias para cogerte por las solapas, que diga, tu vida del santo varón Jerónimo para. Editar.

Editar o meditar.

Meditar, construir una urna. Volvamos a la urna de cenizas cristalina en la que depongo. Depongo. Deponer, había entonces buenos diccionarios. Buenos. Debían de ser un ejército de guerreros cultos, avezados, avezados...



avezados en la comprensión del mundo, y venían a parar todo el fruto de sus guerrerías, digo de sus fazañas librescas, digo intelectuales, digo. Digo, viene su labor ímproba a caer en los brazos de la humedad y a ser diluida entre las garras del polvo. Humedad y polvo. Por cierto, ¿tengo yo, o lo tiene ella, el tomo correspondiente a José? Sigüenza. Vendrá, supongo, por *Sigüenza*. Allá, en Sigüenza, le parieron a este mundo, casi de forma deshonrosa, si es que hay deshonra alguna por nacer. Mejor dicho, allá en Sigüenza viniste un día a este deshonroso mundo a balbucir. ¿Ella o yo? ¡También sería estúpido que lo tuviera ella! Porque significaría que no lo tendría entonces yo.

—¿Tienes, querida, el tomo de José? —le pregunto de pronto.

—¿José de Arimatea? —responde ella también pronta.

—¡Cómo!

—Que si quieres saber de José de Arimatea —me repite ella.

—No, nada de Arimatea y todo de Sigüenza, vamos, de momento. ¿No te gusta Sigüenza? —le pregunto yo.

—No he estado nunca allí.

—¿Qué?

—Que no conozco Sigüenza.

—Pues has de saber que tenemos allí una iglesia, varias casas y un castillo.

—Suficiente, amigo, suficiente es eso para llegar a ser infeliz —contesta ella dejándome desconcertado.

—¿Infeliz dices?

—Digo infeliz, más o menos, que tampoco vamos ahora a exagerar, o sea, bagaje ese suficiente para ser tanto feliz como infeliz, quiero decir.

—Ya sé lo que dices y sobre todo ya sé lo que quieres decir y, por ende, lo que no quieres decir, y ahora en lo que estamos, que es estar en Sigüenza, quieres decir y dices que el castillo, la iglesia y los ermitaños, y los ermitaños... —Me pierdo entre ortigas...

—Nada de ermitaños. No, no va de ermitaños el asunto, ni de hombres de castillo ni de iglesia, sino de José. Pero no de José de Arimatea... —dice ella.

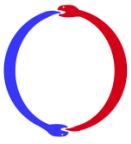
—No. José Martínez de Espinosa. Tal vez, José de Espinosa Martínez. ¿No?

—¿No pudiera ser de Arimatea, digo, José Espinosa de Martínez, o quizás José de Espinosa de Martínez o, venga ya, José de Martínez de Espinosa?

—Todo es como se quiere que sea.

—O sea, Sigüenza, el escritor. Creo recordar ahora haber en mi infancia, ay, lejana, oído o leído o visto o tocado acaso un libro, o quizás un cuaderno manuscrito, intitulado *El libro de Sigüenza*, ¿no?

—Pregúntale a tu lejana infancia, ay. Mi lejana infancia, si no fuera que me esperara la prosa de José preguntaría, sí, por qué no, a mi lejana infancia por un libro, posiblemente un cuaderno manuscrito, intitulado... Pero si se titulaba *El libro de Sigüenza*, difícil que fuera un manuscrito en un cuaderno.



—No creas, hay misterios más difíciles que eso, y fácilmente sesudos hombres que no dormían los desataron. ¿Es misteriosa Sigüenza?

—Veámoslo... Oh, pero albricias y albricias mil, que tienes aquí el tomo de marras.

—¿Ves? ¡Tanta prosopopeya y resulta que tienes tú el tomo casi en tus manos!

—Pues sí, querida, aquí está el tomito, mira, *Sigüenza*, diócesis episcopal sufragánea del arzobispado de Toledo, etc., etc., *Sigüenza*, partido judicial de la provincia de Guadalajara, etc., etc., *Sigüenza*, ciudad, etc., etc., hay que leer todo esto despacio y sin prisa, claro, que son malos consejeros, las prisitas, digo, malos consejeros, por ello hay que ir despacio, y pasar luego a *Sigüenza*, *Fray José de*, poeta e historiador español, dice que...

—¿Qué dice?

—Que amaba los estudios desde muy niño. Pero mira, hay más *Sigüenzas*, un pintor, otro escritor y otro pintor. Pintor y grabador español, nacido en Valencia en uno de los primeros años del presente siglo, dice. El presente siglo.

—¿Cuál es el siglo presente?

—El que no es ni está ausente, ni abstinerente, ni impertinente.

—¿Hay siglos impertinentes?

—Tantos hay acaso como impertinentes en un siglo.

—¿Y el grabador, el grabador y pintor de Valencia llamado Sigüenza que vino con el presente siglo al mundo?

—Vino a pintar y grabar, cosa nada impertinente, ni ausente, ni astrin-gente, a no ser que...

—A no ser que el pobre tuviera la olla podrida, como otro que yo me sé, y grabara entonces *pocheces*, ¿se dice así?

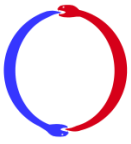
—No, creo que son podredumbres, sí, *podredumbres*, aunque también algunos clásicos, creo, dan licencia para decir *podre*, por consiguiente, en plural, *podres*, y el bueno del valenciano grabador, grabador tanto como pin-tor, pintor, pintor..., y ya no sé por dónde iba.

—Un pintor que nació con un siglo.

—Ah, ya, no con un siglo así como así, sino con el siglo presente, sí, querida, el famoso ya don Mariano Sigüenza y Ortiz.

—¡Qué barbaridad! ¡Me encanta el nombre completo del grabador y pintor!

—Pues así es que Mariano, que vino a nacer en Valencia cuando nacía también el siglo presente, Mariano, digo, es decir, dice el tomo, Mariano vino a nacer en el seno de una familia dedicada al arte de la sedería, y habría que investigar qué sea este arte, asistió a clases de dibujo y pintura, copiando obras de otros pintores, haciendo ejercicios por aquí y allí, y se dedicó después al grabado en cobre, y prosperó tanto en esto al parecer que dio clases de ello en una gran Academia, pero las luchas políticas, habrá que investigar después que sea esto exactamente, le vinieron a quitar de su puesto en la Academia, y tuvo entonces que dejar el empleo público y dedicarse con su arte a lo parti-cular, pero resulta que el grabado no le daba para vivir, por lo que hubo de



volver a la pintura trabajando, dice el tomo, trabajando algunos asuntos de devoción, y añade, fíjate, añade que en los últimos años de su vida, perdida toda su fortuna y obscurecida su razón...

—¿Dice *obscurecida su razón*? —me interrumpe ella.

—Así, tal como suena, mira, míralo aquí, ¿te parece raro? ¿No puede decirse *obscurecida la razón*? Ya que, ¿no se oscurece con frecuencia la razón tanto en pintores o grabadores como en pastores o albañiles, traten o no asuntos de devoción?

—Oh, cómo va a tratar un albañil un asunto de religión.

—¿Cómo? ¡Pues poniendo ladrillo sobre ladrillo!

—Bueno, deja el albañil y acábame con el pintor.

—Pues bien, el caso de Mariano, el tristísimo caso de don Mariano Sigüenza y Ortiz, valenciano nacido con un siglo, es que al final de su vida se le oscurece la razón, la fortuna se le esfuma y tiene que reducirse al estado triste, ya digo, tristísimo, de mendigo, estado en el que ha de implorar y hambrear su sustento casa por casa, digo, es decir, dice el tomo, de puerta en puerta.

—El pobre Mariano limosneando su sustento, con su razón oscurecida, de puerta en puerta por Valencia, ¡sí, triste estampa! ¿Cómo dice que murió?

—Ah, sí, aquí dice que murió, y la verdad sea dicha, me da una pena enorme saber que este hombre, al que le arrebatan las luchas políticas, al que le empujan a abandonar el grabado y dedicarse a la pintura con asuntos devotos, al que le obligan a mendigar de puerta en puerta y además con la razón oscurecida por un hado contrario, digo, me da una enorme pena que Mariano muera, sí, querida mía, que muera como dice este tomito en un establecimiento de beneficencia por el citado año.

—¡No has citado ningún año!

—Bueno, yo no, en efecto, pero el tomo sí, mira, ahí arriba ya lo había dicho.

—¡Pobre, sí, pobre Mariano! A mí también me da tanta pena...

—¿Qué es lo que te entristece, que muera, su locura, su indigencia, o que no pudiera ser, como al parecer hubiera preferido, grabador en cobre, digo, para ganarse el cobre?

—¿Importa acaso que me entristezca una cosa más que otra, o la otra menos que la una?

—No, nada importa, y Mariano seguirá bajo tierra o entre las estrellas con toda su locura, con toda su indigencia, y el cobre que no pudo grabar.

—Qué pasa con ese cobre.

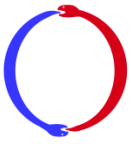
—Poco importa también, poco.

—Veamos los otros *Sigüenzas*.

—¿Otros *Sigüenzas*?

—Sí, los que cita el tomo.

—Ah, sí, veamos, hay otro, un *Sigüenza y Chavarieta*, Joaquín de nombre, ¡canastos, también pintor! Parece como si no supieran hacer otras cosas los *Sigüenzas* sino pintar. A ver, este Joaquín fue al parecer de Cuenca, estudió en Madrid y París y gustaba, por ventura, su pintura a Isabel.



—¿Isabel?

—Nuestra reina Isabel, segunda del mismo nombre, que reinó, o algo así, por los años... ¡Anda, si le encontramos al pintor de autos por 1872 conservador del monasterio de El Escorial, donde había estado...! ¡Diablos, Fray José de Sigüenza! Y además se le nombra profesor de dibujo en el monasterio, y tal y tal y etc. y etc. Más *Sigüenzas*.

—¿Más Sigüenzas? ¿Para qué?

—Pues queda otro *Sigüenza* interesante, *Sigüenza y Góngora*, *Carlos de* era su nombre de pila, poeta y escritor que nació en 1645 y murió en 1700. Por lo que se deduce que vivió alrededor de 55 años. Toda una vida, de todas formas.

—Una vida.

—Entre plumas o pinceles. Entre palabras. ¡Como si las palabras fuesen pensamiento y el pensamiento realidad! Oh, si las palabras fuesen pensamiento y el pensamiento realidad. En vez de deseo.

—¿El pensamiento es deseo?

—No sabemos. La eternidad de la memoria. ¿Herrera?

—Es posible. ¿Por qué citas a Herrera?

—¿Lo cito?

—Sí, creo.

—¿Está prohibido citar a Herrera?

—Creo que tratábamos de *Sigüenza*, *Fray José de*.

—¡Es verdad, José!, ¡San Jerónimo! Se me ha ido el santo al cielo con otros Sigüenzas pintores, grabadores o poetas. Del Sigüenza poeta no he hablado. Pero no hay que hablar, escrito está ahí, y lo escrito, escrito está.

—¿Por qué citaste antes a Herrera?

—No sé, me empujó el Destino, ¿no crees? Herrera, aquel poeta.

—Aquel Garcilaso. El mismo.

—Leíste, supongo, a Garcilaso en su día. Era tan fácil leerle. Era tan fácil bañarse en sus palabras. Era tan fácil ser herido por sus dardos.

—A mí me hirieron poco.

—*¡Oh, más dura que mármol a mis quejas y al encendido fuego en que me quemo, más helada que nieve, Galatea!*

—Me hería poco.

—*Estoy muriendo, y aún la vida temo; témola con razón, pues tú me dejas, que no hay sin ti el vivir para qué sea.*

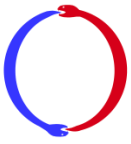
—Parece que te leíste al amigo.

—¿Te hirieron poco sus dardos?

—Eran dardos dulces, si es que hubiera dulzura en algún dardo. Que sí debe de haber.

—Dulzura en un dardo, en el encendido fuego en que me abraso. Quemarse. Encendido fuego, más helada que nieve. Fuego y nieve, Galatea, pues si tú me dejas, no hay para qué el vivir sea, fuego y nieve, Galatea, y me dejas muriendo, y aún la vida temo. Oye, ¿cómo es que te hirieron poco?, ¿cómo es que no se clavó en tu pecho la suave queja de Garcilaso cuando lamenta...?

—Olvídate de los lamentos, ¿no estabas con San Jerónimo?



—Sí, las cartas. Sobre todo, las cartas. Sigüenza es lo que más utilizó para esbozar y construir la biografía.

—No sé si eso será así, no sé.

—Te lo digo yo, mujer. Pero dejemos este tomo y cojamos la *Vida*, mira, aquí, en el Discurso Cuarto del Libro Segundo cuenta cómo Jerónimo, Heliodoro, Inocencio e Hilas rompieron las cuerdas de los inconvenientes y, pospuesto todo, con ánimos determinados dieron consigo en este desierto asperísimo, haciéndose nuevos moradores de él, haciendo con el cuerpo compañía a las fieras y con las almas a los ángeles.

—¿¡Pero ese libro lo tenía yo!/? —se sorprende ella.

Las cuerdas de los inconvenientes. Cómo atan los inconvenientes. La atadura de los inconvenientes. Rotas, rotas las ataduras, el ánimo determinado, hay que darse con el desierto asperísimo. Desierto asperísimo, morador de un desierto. No, sin el *un*. Morador de asperísimo desierto. Eso es un endecasílabo, ritmo. Haciendo con el cuerpo compañía a las fieras y con las almas a los ángeles. Habría que investigar la idea. ¿Propia de José, ajena? Por otra parte, ¿está convencido de lo que dice? Sí, claro. Oh, no, claro.

—¿Crees, hermosa usurpadora de mi enciclopedia, que José barre hacia dentro de su casa, siguiendo sus propios intereses vitales? —le pregunto.

—¿Intereses vitales?

—Él es profesional, digámoslo así, profesional de la apología de la hagiografía, y por ello lógicamente barre teniendo en cuenta su profesión.

—¿Te refieres a que es un cínico que no cree lo que escribe? —me pregunta.

—Tal vez.

—¿Sabes? Yo es que no he leído esa obra, de hecho, no he leído casi nada de Sigüenza, me parece que casi nada..., sí, algo..., ya recuerdo, creo recordar que leí la *construcción de El Escorial* o algo así, sí, y la *muerte de Felipe Segundo*..., sí, creo recordar ahora que me impresionó algo..., no, que me impresionó mucho, me parece —dice ella, y en su cara inscribe jeroglíficos de duda.

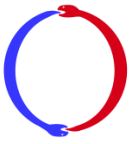
—No te impresionó mucho si casi no te acuerdas.

—Hombre, digo que me impresionó la muerte, vamos, el relato. Felipe al parecer era muy santero, o sea devoto, o sea supersticioso, y debía andar el día entero colgado de reliquias y relicarios impetrando del Altísimo le fueran sus pecados perdonados, y debía por ello estar por toda Europa buscando con ahínco restos de santos y comprándolos, digo, ¿cómo se dice?, ¿no son reliquias?, es que no sé ahora lo que significa reliquia.

—Debe de ser el resto de un santo, sí, o algo que estuvo en la vida del santo, y por eso es un recuerdo. ¿A quién se venera, al santo o al resto? ¡Dios mío, qué importa! Sigue, sigue con Felipe según Sigüenza.

—Ah, sí, Felipe Segundo en el cuento de Sigüenza. Soberbio, chico.

—¿Pero no decías que no recordabas bien, aunque te había impresionado?



—Así es, me impresionó, no recuerdo bien, y además es soberbio el verbo de Sigüenza, sí, verbo creando la agonía y muerte del santero y relicario Felipe el Segundo, ¿te parece así bien?

—A mí me parece bien todo lo tuyo, es mi debilidad, haz lo que hagas, hasta me parece bien ahora que me hayas birlado media enciclopedia.

—Oh, sigues diciendo eso, te juro que ya no sé cómo se dice de verdad.

—La verdad no se dice.

—¿Qué se hace entonces con la verdad?

—La verdad se es. Yo soy el camino, la verdad y la vida.

—¡Toma! Esto sí. ¡Jeroma! ¿No se decía en tu infancia *¡Toma, jeroma pastillas de goma!*?

—¡Recojostras! Me pierdo. ¿En la infancia? Fue feliz mi infancia.

—Topicazo.

—¿Sí?

—Cualquier tiempo pasado, los pájaros no anidan hogaño.

—O sea. En los nidos de antaño.

—O sea, que te parece bien. No. O sea, que te parece bien que te haya birlado. No. Que te haya birlado, como dices, media enciclopedia. ¿No? Por lo tanto, no veo que te quejes tanto, si te parece bien.

—¡*Moradora en asperísimo desierto!* Diablos, ya no vale, son doce ahora.

—No entiendo nada, ¿qué dices? —dice ella.

—Digo que me parecía un magnífico endecasílabo, pero resulta que si cambio el sexo me va a sobrar una sílaba, aunque..., espera, es igual *moradora* que *morador*, ¿no?, porque en ambos casos el verso tiene doce sílabas, ¿no? A ver, cuéntamelas.

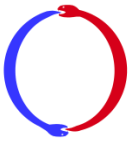
—Es lo que pasa a veces por cambiar de sexo, que sobran sílabas, pero de todas formas sigo sin entender.

—Mejor, mira, escucha; escucha a José que habla, o comenta mejor, unas palabras de Jerónimo que escribe en una carta hablando del yermo, dice: *Aquí nos ha pintado el Santo su aposento, con breves palabras, desnudo de todas las comodidades que ha menester esta miserable vida del hombre, el suelo seco, abrasado, sin hierbas, sin plantas ni árboles que defendiesen el resistero; no había cedros empinados; no palmas vistosas ni derechas que deleitasen el gusto con la fruta, los ojos con la hermosura; no corrientes ni arroyos de aguas que refrescasen el aire y diesen apacible son a los oídos; ningún linaje de descanso ni fresco; finalmente, un desierto muy desierto de hombres; hombres, digo, que no pasan sus deseos de lo que es suelo, que como tales no buscan tan estéril suelo. Aquí, pues, se aposentó este que no pretende otra cosa de la tierra; aquí se encarceló de su voluntad este divino mancebo*, etc. Este es José y su prosa. ¿Te gusta?

—Sí, he reconocer que me entra por el oído su retórica y me produce placer, la verdad.

—¿El placer de la retórica? No pensaba que pudiera la retórica constituir un placer.

—Es que piensas poco.



—¿Tú crees?

—Al parecer tal vez sea eso, pero no compro pensamientos, así pues, no tienes que hacer alarde. ¿Y tú sí piensas mucho y está tu mollera llena de pensamientos?

—Oh, no, no quiero decir eso, no quiero decir..., no quiero maldecir ni cosas por el estilo, no sé, ya no sé. No, no tengo llena la mollera de pensamientos, ¿sabes?, no pienso, pienso que..., es decir, he llegado a la conclusión de que no pienso, y seguramente por eso existo.

—Oh, sí, gracioso, gracioso en exceso.

—Verás, quiero decir que no predomina, no pesa en mí el pensamiento, sino que vivo de emoción, me alimento de emoción, me alimento de los sentidos, como con los sentidos, mis sentidos van fuera a buscar la vida y la encuentran allá y me la traen a casa ya bien masticada, yo solo tengo que tragarla y ya está, vivo de emoción o soy emoción solo, casi nada más.

—¿Y entonces Sigüenza?

—Oh, José no tiene pensamientos graves ni abundantes, sino música, agradabilísima música que arrulla el oído, ¡que no es poco!

—Ya, que te crees tú eso. Abunda, claro que tiene abundancia.

—¿De qué, de pensamientos?

—Sí, por supuesto.

—¡Anda! ¿Pero no decías que no te acordabas de él ni de lo que leíste de él, sino solo un poquillo de Felipe Segundo? Digo, de la historia de la construcción del Escorial.

—Sí, pero poco a poco voy recordando.

—Recordar. Qué es vivir sino recordar.

—No, vivir no es recordar, recordar es intentar no enterrar la vida pasada.

—No, vivir es recordar, el pasado por definición siempre está bajo la losa, si quieres bajo una hermosa tabla de mármol bruñido y grácil, si quieres decirlo así, mármol esbelto y delicado, pero que a la postre no es otra cosa distinta a una piedra que tapa la huesa donde se pudre el estómago del pasado.

—Vale, guapo. No, en serio, vivir no es recordar, la vida no es memoria. Vivir es ejecutar el presente, y si quieres también, planificar el futuro.

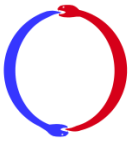
—¿Tienes en la caja más tópicos?

—Recordar casi no es nada, un mero intento de prolongar la agonía de la vida moribunda, un vago intento, un inútil intento de mantener tenso el hilo.

—El hilo, ¿qué hilo?

—El hilo, sin más, ¿no lo entiendes?

—De todas formas, qué importancia tiene que se entienda o que no. Qué importancia. Sí, porque las cosas siguen su curso y a este no lo para o lo acelera ni lo desvía una mente que comprenda o una mente que ignore o que quiera ignorar por dónde va ese curso o por dónde pudiera ir. Poca importancia tiene, sí, entender o ignorar. Además, ¿qué es entender? Yo, la verdad, ni entiendo ni sé qué es lo contrario. Intuyo que el curso de las cosas está trazado y se está cumpliendo, o se está cumpliendo al mismo tiempo que se traza en



un mismo acto, pero siempre por completo independiente de mi voluntad o de mi esperanza o de mi acción. No, no tengo fuerzas para cambiar el curso del río de las cosas. A no ser que...

—¿A no ser qué?

—Sí, a no ser que considere que fuera de mi esperanza o de mi voluntad o de mi propia energía haya algo, ¿tú crees que haya algo fuera de ti?

—Sí, creo que al menos estás tú —afirma con cierta energía.

—¿Yo?

—El mismo, ¿no? ¿No existes tú ahí, fuera de mí, ahora? Además, ¿no hay también, por ejemplo, unos tomos de una enciclopedia que...?

—Ah, la enciclopedia... Sí, esta es real, es un almacén de conocimiento real, conocimiento... Por cierto, cómo me birlaste, y de qué manera más mala, la mitad de la enciclopedia.

—¿Ya no dices *enciclopedia*?

—Cómo me la birlaste.

—De eso nada, de birlar nada de nada, amigo, que yo llegué de forma inocente junto aquel paisano sin saber nada de nada, estuve curioseando por allí y de bóbilis, bóbilis, vi que aquel individuo tenía entre otras muchas cosas interesantes unos cuantos libros que parecían tener buena pinta, y me puse a revisarlos y me encontré que era una excelente enciclopedia, así que estuve durante un buen rato leyendo varias entradas y me convenció, la famosa enciclopedia me convenció de que era una buena oferta, o un buen negocio, si quieres.. Pregunté al hombre el precio, me pareció bien y, ni corta ni perezosa, se los compré, pagué y él me los puso en unas cajas de cartón, y llamó después a un chico para que me los llevara. Y entonces, me parece, apareciste tú, y reclamabas, o algo así, no sé qué, y...

—¡Hombre, menos mal que aparezco yo! Anda, sigue, sigue contando tu milonga.

—¿Milonga? ¿Por qué dices milonga? Fue así, en su literalidad, como te lo digo.

—Sí, pero me parece que te dije ya en aquella ocasión que yo tenía algo así como un contrato o pacto verbal de caballeros con aquel caballero, y que yo acudía ese día allí para cerrar, por decir así, el contrato o pacto, y lo que pasaba es que habías llegado tú en el ínterin, al parecer media hora antes, y me habías birlado los libros y hasta el propio pacto.

—Otra vez la palabra, no me gusta *birlar*, así que..., y, por otra parte, yo no hubiera tenido inconveniente en...

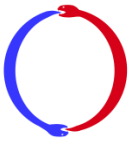
—¿En darme los libros?

—No, en sortearlos, hacer un simple sorteo y, a cara o cruz, ver si, ¡zas!, la Fortuna te sonreía a ti o bien me elegía a mí. ¿Qué te hubiera parecido?

—¿La diosa Fortuna?

—Sí, la mujer de ojos vendados.

—Esa diosa..., todas las veces que me he encontrado con ella, cuantas veces me haya cruzado con ella en la calle, en el monte, en el río, en el cielo..., ha seguido con su venda en sus ojos y de forma ciega ha tornado siempre



hacia otro lado su cabeza, claro está, a otro lado distinto de donde me encontrase yo.

—Quieres decir que nunca te ha sonreído la Fortuna.

—Eso es.

—Pues mira qué ocasión más estupenda hubiera sido para tentarla y que te hubiera sonreído allí.

—No sé, tal vez sea todo un cuento demasiado cruel.

—¿Dónde ves tú el cuento, o dónde la crueldad?

—¿No crees acaso tú que todo esto de la fortuna sea un cuento cruel para adormecer a ingenuos e imbéciles?

—Quizás a imbéciles, pero ¿los sabios no son tocados por la Fortuna?

—No, un sabio desprecia cualquier fortuna, como tantísimas veces se ha dicho.

—En fin, que no te interesa sortear los tomos... Es que así acabaríamos de una vez con esta historia tan tonta que cuentas.

—¿Es rara la historia, es tonta la forma que tuviste de birlarme unos libros sobre cuyo dominio tenía yo puestas mis...?

—¿Tus qué? —interrumpe ella el torrente de queja que intentaba yo deslizarle.

—Mis espuelas, ¿podría decir *espuelas*?

—No sé, parece impertinente decir espuelas, porque cómo se van a poner las espuelas sobre ningún dominio sobre unos libros. Unos libros que estaban libres, libres cuando llegué, y como estaban libres ellos y estaba libre yo para comprarlos, y como estaba libre el vendedor para venderlos, pues resulta que...

—Resulta que me los birlaste, ¡y si solo me hubieras birlado unos libros! Es como si Fortuna ahora me hubiera abierto un ojo, un ojo solo, tampoco nos pasemos de largo. Porque pasarse de largo en este caso sería pensar que Fortuna coja la venda que oculta sus ojos y la arroje al suelo y te mire, digo, me mire, me mire con sus dos ojos, con sus ojazos...

—Pues cualquiera tiene la fortuna de tener dos ojos, así que...

—Sí, que coja y se desvende sus ojos y los torne amicalmente, sonriéndose, e incluso haciendo con uno de ellos un guiño hacia ti, digo, hacia mí.

—¿Qué será eso!

—¿Te imaginas que te guiñara un ojo una diosa?

—¡Cielos, complicidad con toda una diosa!

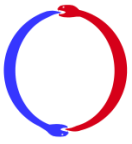
—Pudiera ocurrir un gran revuelo en las alturas del empíreo, porque...

Los lugares teológicos, ¿sabes...?

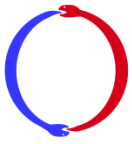
—¿Pero no habíamos quedado que Dios *estaba* en todos los lugares? O tal vez, ¿eh, panteísta?, que *era* todos los lugares —dice ella.

—¿Habíamos quedado? No sé si me acuerdo.

Ser y estar. Razón y ser. *Razón y ser de las estructuras*, había una vez un libro. De las estructuras mentales. Pues, ¿qué es una estructura? Un sistema. Niebla. Orden. *Ordo, ordinis*. Dorado orden. *Ordinis aureus ordo*. Fantástica sintaxis Ovidio *Metamorphosis* Cicerón siempre me pareció vete



a saber por qué sosainas Tulio sosainas ¿no conocía la sal? El agua y la sal tirado en la playa empujado ya de arena sal sol agua empapado de viento como gaviota o nube o como un caballito o un erizo o vegetales algas profundas de lejanos litorales.



Créditos de fotografía e ilustración

Portada y contraportada: “La Falaise de Étretat” de Ansgar Scheffold.

10	Fund. Miguel Delibes	59	Festival de Teatro de Almagro
13	Ştefan Dimitrescu	59	David Shankbone
14	Lleó Audouard Deglaire	60	Librairiemollat
14	Henri De Braekeleer	60	MacDowell
15	Heinrich Kühn	61	Turismo Madrid
16	Ebbe Sadolin	62	Agence de presse Meurisse
18	Andrew Levine	74	Markus Spiske
23	Kate Bezzubets	90	NASA
27	Andre Taissin	91	Leah Hetteberg
36,37	El Greco	95	Dzmitry Dudov
45	Mulyadi	104	Hulki Okan Tabak
46	Ashkan Fororuzami	107	Elisa Calvet B.
51	Samara Doole		

Con el agradecimiento de **OCEANUM**



Oceanum 2605-4094